



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span 5874.1.31

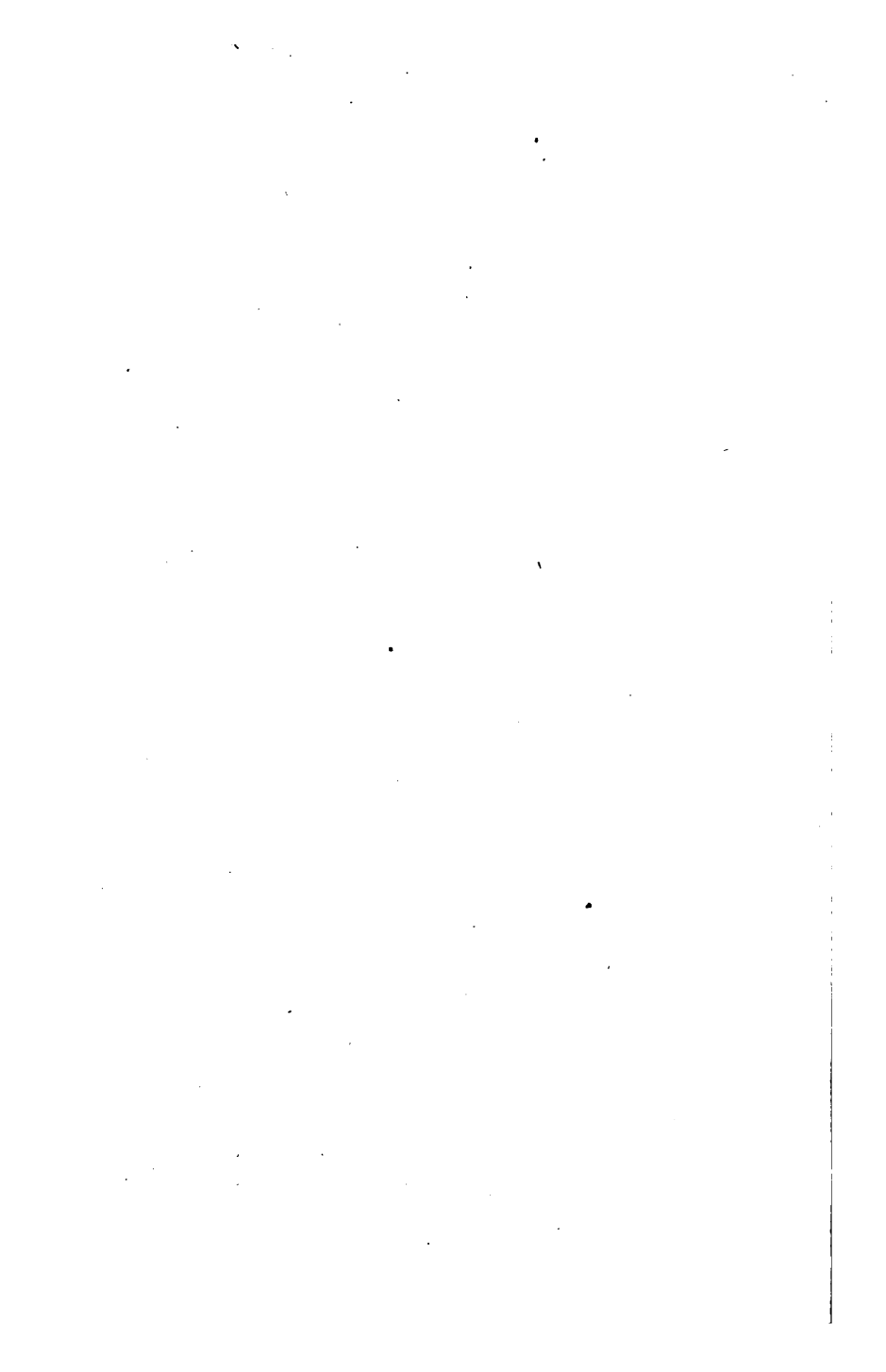


Harvard College Library

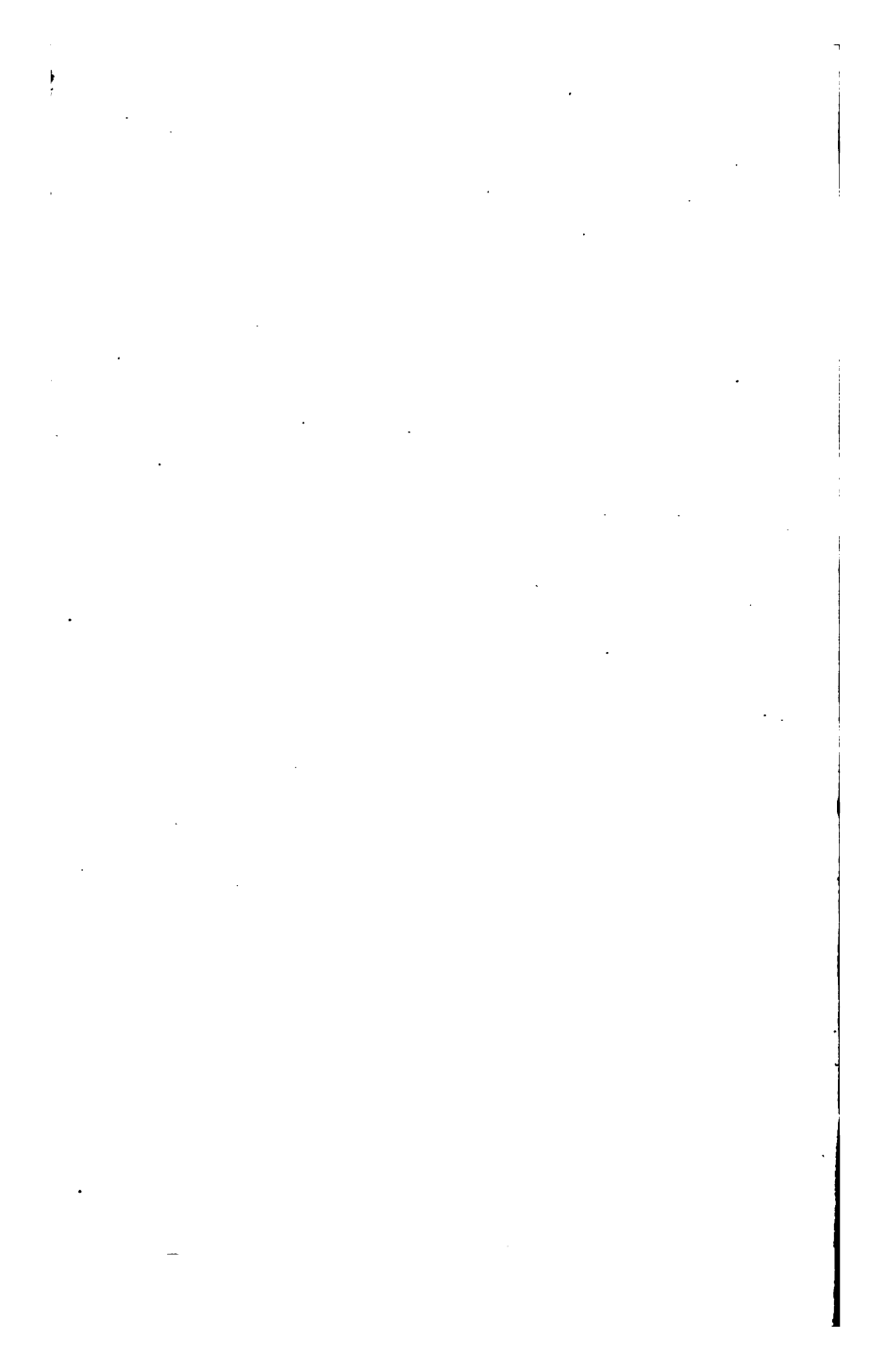
FROM

José Augusto Escoto
Matanzas, Cuba









Span 5874.1.31

Antonio Peña y Goñi

Cajón de sastre

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE J. DUGAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6.

1894

37-6

Harvard College Library

Aug. 21, 1919.

Gift of

**Jose Augusto Escoto,
Matanzas, Cuba**

S-parv 5874.1.31

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que determina la ley.



MI RETRATO

SR. D. FELIPE PEDRELL,

Director de *La Ilustración Musical*.—BARCELONA.

Mi querido amigo: ¿Con que quiere Ud. un retrato mío para publicarlo en las columnas de la *Ilustración Musical*?

Va benissimo. En mi deseo de complacer á Ud. y hacerme digno del honor que me dispensa, he ido á casa de Fernando Debas, nada menos que el primer fotógrafo de SS. MM. y AA. RR., héle dicho que me hiciese una fotografía ideal, una fotografía que se hallase á la altura del periódico que Ud. con tanto acierto dirige, me ha complacido, y ahí va mi augusto retrato con todas sus consecuencias.

Diga Ud. de mi parte al grabador que eche el resto; dígale Ud. que destaque bien los ras-

gos más salientes de mi fisonomía, dejándolos tal cual son, sin retoques ni enmiendas, sin afeites litográficos, sin libertades artísticas de pura convención.

Que los lectores de la *Ilustración Musical* tengan de mí una idea exacta; que saboreen la naturalidad de mi rostro, la viveza conejil de mi mirada, la tenue sonrisa de mis labios, la característica expresión, en suma, que necesariamente debe revelar mi *vera efigies*.

Es preciso que ella diga lo que soy en lo moral y en lo físico, lo que puedo, hago y valgo, lo que declaro sin rubor y lo que oculto *sournoisement* en los más recónditos pliegues de mi espíritu y de mi alma, mi *yo* y mi *no yo*, mi persona y mi entidad.

Es necesario que mi retrato destile vida y derrame pasión; que palpite, que ande, que corra; que se perciba el movimiento de una sangre medio anémica y las atropelladas carreras de unos nervios desquiciados.

Hace falta que mi fotografía adquiera tal relieve en el magnífico marco de la *Ilustración Musical*, que todos sus lectores me conozcan ó me adivinen y puedan exclamar asombrados:

—¡Es él! Es él, tal como lo ha hecho Dios ó nos lo habíamos figurado nosotros, con sus buenas cualidades y sus defectos, con sus apasionamientos consuetudinarios, con sus arrebatos de todos los días, excesivo en todo, así en el elogio como en la censura, exagerado en el sentir, exagerado en la expresión, hecho de acciones y reacciones súbitas, cuerda demasiado tendida, cuerda demasiado vibrante que grita como un energúmeno, lo mismo cuando pisa un insecto que cuando admira á un león.

Esto es, amigo Pedrell, lo que desearía dijese mi retrato. Otras cosas no las puede decir nadie más que yo, y esas me las digo á mí mismo, porque entiendo que no interesan por ahora á los demás.

Ardua va á ser, por lo tanto, la tarea del grabador, pero la culpa es de Ud., que no mía, y á Ud., á Ud. solo, debe exigírsele la responsabilidad. Voy á explicarme.

* *

Al solicitar mi fotografía para la *Ilustración*, no me ha pedido Ud. datos biográficos como es uso y costumbre en casos tales.

Jamás ha podido Ud. dispensarme tan señalada merced; si no estuviese ligado á Ud., hace años, por los vínculos de una sincera amistad, bastaría esa omisión para unirnos *usque ad mortem*.

La citada preterición, que conceptúo desde luego voluntaria, quiere decir que me separa usted de la masa común de los biografiados *fin de siècle*, de esa plaga de los infinitamente pequeños, ególatras insoportables que se pintan á sí mismos como el león de la fábula, y quieren hacer creer á los demás que son lo que ellos pretenden ser.

Yo también he navegado por esas aguas, como biógrafo, y tengo entre mis papeles documentos curiosísimos de la humana vanidad; uno, sobre todo, en el cual cierto artista á quien hace años pedí apuntes de su vida, me mandó un montón de cuartillas en las cuales se leían cosas como la siguiente:

“A los catorce años nuestro Pepito era una verdadera celebridad.,”

No se llamaba Pepito el artista en cuestión —que ya murió y Dios le haya perdonado,— pero escribía su nombre de pila en diminutivo,

con lo demás que he citado y es textual. ¡Y estaba trazado todo de su puño y letra!...

¿Cuántas biografías de esas le han mandado á Ud.? ¿Cuántos... Pepitos le han escrito á usted en esos ó parecidos términos?

Al hacer una excepción en favor mío ha demostrado Ud., pues, que me conoce y me ha dado Ud. á entender que también le conozco yo.

¡Gracias, querido Pedrell, mil gracias!

..

¡Una biografía mía! ¿Para qué? ¿*Cui prodest?* ¿A mí?...

Hay quien delira por las ostras y hay muchos á quienes repugna el succulento molusco. Donde dice "ostra," ponga Ud. "exhibición," y en cuanto me haya Ud. colocado en la categoría de los ostrófobos, queda resuelto el problema.

Quiere decir que la exhibición me repugna. ¿Por qué? ¿Qué se yo? ¿Acaso sabe alguien por qué le repugnan las ostras? Será una predisposición del paladar, del exófago, del estómago, ¿*chi lo sa?*

Con la exhibición ocurre lo mismo.

Será una predisposición del espíritu, de los nervios, del temperamento general, ¿qué me importa?

Una sola vez en mi vida he alcanzado la disparatada honra de ser *actualidad*: cuando tuve, hace algunos años, un ruidoso asunto con el matador de toros Mazzantini.

¿Sabe Ud. lo que hice entonces? Encerrarme en casa y no salir de ella hasta que se zanjó el asunto y dejé de ser actualidad.

Yo vivo en mi casa, en la hermosa soledad del hogar, rodeado de los míos, estudiando el arte, buscando la verdad, en un silencio, en una penumbra que son mi consuelo y mi encanto.

Los ruidos de la calle no me atormentan los oídos; no voy á los cafés, no voy á los círculos, no soy ateneísta, no pertenezco á ninguna sociedad de elogios mutuos, no conozco á los "chicos de la prensa," y si observo la malhadada costumbre de no ir jamás á la montaña, tengo, en cambio, inmensa satisfacción cuando algunas veces, contadísimas, ocurre que la montaña viene á mí.

Soy un enfermo y un solitario. ¿Qué le i

porta al público saber dónde ni cuándo he nacido, ni si he roto un plato en mi vida ó me entretengo diariamente en destrozar la vajilla de mi casa?

Y, además, ¿quiénes somos nosotros para interesar á nadie con esos *menus* de la tontería?

¿Somos acaso aptos para juzgar á los demás con quienes vivimos, ni son ellos aptos para juzgarnos á nosotros? ¿No estamos demasiado cerca de todo cuanto pasa á nuestro alrededor? ¿No nos dominan demasiado las amistades, las preocupaciones, las *coteries*, no nos ciega el humo de las batallas para que podamos ver claro á la hora presente?

Y, sobre todo, ¿qué batallas ni qué niño muerto? ¿Dónde están las batallas aquí? Aquí no hay batallas, aquí no hay luchas: se da el caso de que nadie pelea y todos vencen.

Nuestros combates son puramente teatrales, tienen *atrezzo*, decoraciones, *mise en scène*; nos batimos con sables de madera, nos golpeamos con hachas de cartón.

Vivimos en la imitación, en el amaneramiento, mezquino ambiente, liliputiense medio, que hacemos colosal á fuerza de llamarnos

distinguidos, reputados, eminentes, populares, á voz en cuello.

El crítico del porvenir que quiera estudiar la literatura y las artes españolas de fin de este siglo se quedará con la boca abierta, maravillado, aturdido, al leer en los periódicos de hoy que los genios nacen como los hongos, que todos somos grandes, que todos dejamos, al morir, un vacío, ¿qué vacío? un antro impenetrable.

Y su azoramiento aumentará al observar que tantas grandezas juntas lograron todo lo más crear un grano de arena.

¿Para qué entonces biografías? Grandes, chicos y medianos, somos todos hijos de nuestras obras, y aquel que haya vertido su corazón en una página, dejará más que el que se haya disfrazado en cien volúmenes.

Cuando Gustavo Toudouze anunció á Alberto Wolff, en carta dirigida á éste, el propósito de escribir un estudio del célebre *chroniqueur* del *Figaro*, fallecido recientemente, contestóle Wolff unas cuantas líneas que terminaban así:

“Todos los elogios de un compañero no va-

len lo que una buena página escrita por mí; todos los ataques no me causan tanto daño como un mal artículo firmado con mi nombre.

„Creo que todo hombre que trabaja es dueño absoluto de su situación. Si es orgullo mío perdóneme Ud.; si es una convicción no la censure, porque me ha sostenido desde hace veinticinco años en la borrascosa vida que va Ud. á contar.”



Adiós, querido Pedrell. ¡Que el cielo ilumine al grabador! Para lo demás me atengo á las frases de Wolff y huyo del manzanillo del elogio, á cuyos pies se halla aletargada la literatura española.

Vasco de Gama se ha marchado al extranjero con Inés, y no queda á Selika otro recurso que tenderse bajo el árbol, aspirar el veneno mortífero de sus ramas y morir.

¡Si fuese, al menos, con música de Meyerbeer! Pero no; Selika agoniza acompañada por el estrépito del bombo!

En medio de todo, es el único consuelo que queda á la desdichada, en un país donde trece millones de ciudadanos no saben leer ni escri-

bir, y la astrosa política se lleva millón y medio de medianías y de nulidades.

¿Quién queda para pensar y sentir? Dos docenas de majaderos á quienes saludo fraternalmente y beso las manos.

Entre ellos está Ud., querido Pedrell, y desea de todo corazón hacerle compañía su admirador de siempre y amigo afectísimo,

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid y Enero á 10 de 1892.





LA NOTA FATAL

La representación había comenzado sin incidente notable. El público llenaba el teatro, como siempre que cantaba él.

Encontrábame yo en el escenario, dentro, en el pequeño corredor que forma ángulo con el *camerino* en que él se vestía.

Los aplausos estruendosos que resonaron al terminarse el dúo del acto primero, habían llegado fácilmente hasta allí.

Cuzzani dormitaba en el sillón que se encuentra vecino al cuarto donde se viste la *prima donna*.

Estábamos solos; la gente que ordinariamente transita por aquellos corredores, empleados, bailarinas, amigos de la Empresa, se llaban todos en el escenario.

Comenzó la romanza. Sus notas tenues, veladas, melancólicas, llegaban á mí con un perfume de sordina ideal, mitigadas, dulcificadas, purificadas por la distancia, y tenían, en medio del silencio sepulcral que reinaba entre bastidores, una atracción celeste, dejaban en el alma el vacío penetrante, indescriptible de un infinito más allá.

De repente cesó la voz, como si algo violento la hubiese truncado, allá, en los agudos, donde él se mecía en una onda sonora, con intensidad arrobadora de timbre, en una de esas notas angelicales que entran como una caricia en el oído y caen como un bálsamo en el corazón.

Oí un rumor, rumor de angustia, el rumor que indica la brusca cesación de algo importante en el funcionamiento de una máquina.

En el escenario sentíanse ruido de pisadas, voces, clamores confusos, ese bullir informe que anuncia lo anormal.

¿Había ocurrido algo en la sala? ¿Se había apagado la luz eléctrica? ¿Una desgracia? ¿Dónde? ¿Cómo?

Me abalancé á la pequeña escalera que da paso al palco escénico y tropecé con él.

Venía como una exhalación, descompuesto, jadeante, con los brazos cruzados sobre el pecho, haciendo sonar violentamente el múltiple collar de perlas que del cuello le pendía, con los ojos completamente desencajados; unos ojos que aparecían duros, extraños, fantásticos en la cara cobriza del personaje.

—¿Qué te pasa?—le pregunté.

No me contestó. Siguió adelante como un loco, se dirigió á su cuarto, entró, oyóse un portazo terrible y reinó de nuevo el silencio.

Yo, que le conocía mucho, no intenté siquiera verle. Comprendí que había sucedido algo muy grave, y mi natural deseo fué averiguarlo.

No tardé mucho en saciar mi curiosidad. Una nube de gente invadió en seguida el corredor general, el de su cuarto, y la menguada estancia en que termina aquél.

La Empresa, gran número de abonados, admiradores y amigos del cantante, curiosos, médicos, se amontonaron allí, interrogando, hablando, discutiendo, en ese ambiente de an-

gustia y de interés que sigue inmediatamente á las grandes desventuras.



Me relataron el suceso: Había empezado á cantar su romanza. Sonaba la orquesta como lejano murmullo, sosteniendo delicadamente, amorosamente la tierna endecha de Nadir, que el público bebía como un néctar, cuando de pronto, al emitir el maravilloso cantante una nota aguda, faltóle el aliento y la nota se rasgó, produciendo un sonido exótico, inenarrable, el chasquido de una cuerda que salta hecha pedazos.

El artista abrió los brazos y los dejó caer instantáneamente, desesperado al principio, abatido después; inclinó la cabeza ante aquel acto de rebeldía de la voz, acto inusitado, violento, brutal, y apoyóse contra un bastidor, helado el cuerpo y desgarrada el alma.

Todo esto en un segundo, con la rapidez del rayo, en ese instante fatal del aneurisma que se rompe y estrella á un gigante contra el suelo...

El anhelo del público era inmenso entre

tanto. Los amigos, los curiosos, iban y venían, con la ansiedad pintada en los rostros, en tupidas filas que costaba trabajo atravesar.

No tardaron en disiparse todos los temores y en resplandecer la alegría en los semblantes todos.

Lo ocurrido era una falsa alarma, un frío repentino, un espasmo sin importancia, una digestión cortada quizá.

La noticia corrió como un relámpago, aclaráronse las filas, fué marchándose poco á poco la muchedumbre, renació la calma, y dijeronme que cantaría en el último acto la romanza tan dolorosamente interrumpida en el primero.

Entonces fui á verle. Estaba completamente solo, y se paseaba por el *camerino*, con un mantón gris echado sobre los hombros.

La reacción había venido, pero la nerviosidad subsistía; una nerviosidad que le hacía andar febrilmente por la reducida estancia y hablar ansiosamente, en una tensión violenta de todo su ser.

—¿Es verdad que vas á cantar ahora la romanza?—le pregunté.

—Sí; me encuentro mejor. He tenido un frío terrible, pero ya se me ha pasado

—¿Estás seguro de la voz?

—Creo que sí.

Algunos días antes, durante una representación de *La Hebreá*, cruzaba yo de prisa el escenario, llevando en la mano derecha un oficio urgente de la Comisión inspectora del Teatro Real, cuando oí una voz que me decía:

—¿Qué llevas ahí?

—¿A tí que te importa?—contesté riéndome.

Y continué mi camino. Era él; vino tras mí, me detuvo, y, apoyados los dos en un bastidor de la segunda caja de la izquierda, comenzó á hablarme de su voz, de los cuidados que requería y de las inquietudes que le inspiraba, con acento vehemente y apasionado que fué acentuándose y descomponiéndose por momentos, en una necesidad de desahogo, de expansión, que me llamó la atención extraordinariamente.

Estaba desesperado; sentía en el pecho, no en la garganta, algo insólito que no acertaba á explicar. Vocalizaba con toda holgura, cambiaba de registros sin dificultad, pero al terminar sus ejercicios notaba en el pecho una

molestia, una opresión, que llevaba su ira al paroxismo.

—Donde siento el mal es aquí — decía furibundo.

Y se golpeaba con ambas manos los bronquios, en una explosión de rabia, que me apenó profundamente.

—¿Por qué no consultas á un buen médico?—le dije.

¡Los médicos! No los podía ver, no quería verlos.

—Lo que más me desespera es que he estado cuatro meses sin cantar, creyendo que con este largo descanso desaparecería la molestia. Y nada; está aquí, aquí; no se marcha.

Y volvía á golpearse el pecho, fuera de sí, con un temblor nervioso en que se reflejaban el temor y la ira del desdichado.

De pronto oyéronse en la orquesta los dos cornos ingleses que preludiaban el aria de Eleazar.

—Voy á oír el aria á Ghilardini. Adiós.

Y, cortando la conversación súbitamente, desapareció por la escalerilla que conduce á los palcos del escenario...

Al preguntarle yo si tenía la voz segura para cantar la interrumpida romanza de *Los pescadores de perlas*, me acordaba, más que del grave incidente ocurrido entonces, de la conversación que acabo de relatar.

Me despidió de su cuarto con coquetería de artista.

—Déjame solo; voy á vocalizar.

Y, en efecto, oí su voz, que se plegaba sonora y robusta á las escalas de la vocalización.

Poco tiempo después salió de su cuarto y se dirigió á la escena, cubiertos siempre los hombros con el mantón gris.

Yo me coloqué en la caja de bastidores, donde habíamos tenido la conversación que he relatado hace poco.

Como un reguero de pólvora, había corrido por el teatro la doble noticia: no se suspendía la función, y él cantaría la interrumpida romanza.

Salió á las tablas, y un grito numeroso, ensordecedor, prolongadísimo, le acogió al presentarse.

Cuando llegó la romanza y volvieron á oírse aquellas notas purísimas que derramaban

en la sala un baño de bienestar, el público respiró; hubo en todos la indescriptible satisfacción de la madre que ve renacer al hijo de sus entrañas.

La melodía se esparcía como un suspiro de amor, vibrando deliciosamente en todos los corazones. Era el ansiado desquite, el orgullo del artista, la satisfacción dada al público, el triunfo de los amigos y admiradores, la derrota de los enemigos y de los envidiosos.

Peró faltaba la nota, la nota traidora, la nota fatal que acechaba al gran cantante.

Y salió de nuevo, y de nuevo se rasgó; oyóse otra vez el chasquido de una cuerda que salta hecha pedazos, detenida, estrangulada, rota por una falsa membrana.

Y el grande é infortunado tenor levantó los ojos con punzante expresión de impotencia y de duelo, y, dejándolos caer é inclinando la cabeza, exclamó anonadado:

—¡Esto se acabó!

Y se acabó, en efecto; se acabó entonces y se acabó para siempre. *Consummatum est!*

La nota fatal, la nota inexorable había se-lo al artista en flor; al artista que, lleno de

alientos al parecer, exuberante de vida, tenía subyugado al público de Madrid bajo el poder irresistible de sus mágicos acentos.

La nota fatal había elegido, para aniquilar al cantante, una nueva creación suya, el Nadir de *Los pescadores de perlas*, creación en que el tenor se revelaba poeta admirable, desarrollándose quizá en él nuevos instintos, facultades ocultas, hasta entonces en estado latente.

Y, como Bizet, caía de repente, bajo la mano implacable del destino, en plena actividad, arrastrado impetuosamente por una formidable, por una grandiosa catástrofe.

Conmemoren otros la muerte del hombre, la muerte pequeña, la muerte horrible, en la cama, vidriosos los ojos, hundidas las mejillas, descompuesta y lívida la faz con la última mueca de los agonizantes de Murger, en ese postrero estertor del guiñapo humano.

Yo quiero conmemorar la muerte del artista, la muerte grande, la muerte bella en el teatro, en el campo del honor, trono de gloria que trepida aún de los aplausos entusiastas y de las exclamaciones de triunfo.

La tumba del gran cantante está ahí, en el

vasto escenario que guarda sus últimas notas, su canto de cisne.

Al caer el telón majestuosamente en la última representación de *Los pescadores de perlas*, envolvió, como un inmenso sudario, el cadáver del artista.

Y al morir, al desaparecer para siempre en la plenitud de la vida, al desgajarse la maravillosa máquina á impulsos de la nota fatal, la corona inmortal que el público depositó sobre las sienes del artista iluminó su tumba con fulgores de apoteosis.

En esa tumba deberían inscribirse dos fechas: 8 de Diciembre de 1889, la muerte del artista; 2 de Enero de 1890, la muerte del hombre.

Yo conmemoro la muerte del artista: 8 de Diciembre de 1889.

¡Hoy hace un año!





La despedida de Frascuelo

Mañana domingo 11 de Mayo de 1890, se cortará la coleta en la Plaza de Toros de Madrid, Salvador Sánchez (Frascuelo) (1).

Todas las versatilidades de un carácter impresionable han cedido esta vez ante la dura necesidad que exigen las leyes de la naturaleza.

Salvador no se encuentra á su parecer apto para luchar y vencer en un ejercicio que requiere la plena posesión de las facultades físicas.

Y él, que se ha entregado á los toros sin tranquilas, ni chapucerías; él, que ha peleado siempre cara á cara y frente á frente, oponien-

(1) A consecuencia del mal tiempo se suspendió la corrida, la cual se verificó el día siguiente lunes.

do á la brutalidad de la fiera, todo cuanto el arte de torear tiene de más bello y de más noble, no se siente con ánimo para continuar.

Inepto para utilizar los recursos de la traición, que no ha empleado nunca sino en casos en que la traición era indispensable, falto de astucia en la aplicación de las reglas que constituyen el toreo de ventaja; torero rudo y serio, maestro como ninguno en el arte de matar, é incompatible con la ficción, con el adorno, con las exterioridades, con todo ese oropel que convierte las fiestas de toros en funciones de títeres, Frascuelo comprende que después de veinticinco años de carrera, ha terminado su misión; y se corta la coleta.

Los toros no perdonan la vejez; Salvador se ha hecho viejo para lidiar y se retira. El día 11 de Mayo de 1890 se presenta, por lo tanto, como fecha que quedará para siempre en la historia de la tauromaquia española.

Si digo "española," no lo digo á humo de pajas. Los toros en París se aclimatan por lo visto, y este año va á ver corridas en Roma. ¿Quién sabe si, andando el tiempo, tendremos un matador francés llamado Raoul Dusatin

(a) *La Cocotte*, y otro italiano llamado Teófilo Tazzina (a) *Il Farabuto*?

El cosmético y el *patchouli* hacen estragos en los toros, y las *momentáneas* parisienses y las *horizontales* romanas acabarán por destruir la blanca mantilla de nuestra aristocracia y el mantón de Manila de la chula de Lavapiés.

Epoca de transición afeminada, época de decepción para el arte, época de transformación lógica y fatal.

Los toros se van, lo mismo que los dioses: se van á pasos agigantados; es una institución que se ha hecho vieja, que se ha gastado al transcurrir del tiempo, como se gasta todo en este mundo, y cuyo porvenir vislumbra preñado de nubes el buen aficionado.

Será que en la historia de todas las artes hay grandes soluciones de continuidad, momentos de inquieta detención durante los cuales las realidades del pasado tiempo se superponen y cierran el paso á las esperanzas de lo porvenir.

Será que, en las constantes mudanzas de las cosas y de los hombres, nos hallamos en los

preludios de algo que habrá de cambiar radicalmente la faz del toreo, y lanzarlo por derroteros desconocidos totalmente...

Lo cierto y positivo es que los toros se van, y se van por ahora á París.

Mientras las corridas, de pocos años á esta parte, se suceden unas á otras, sin gloria ni vilipendio, sosas, aburridas, entecas en general, entre los últimos destellos de dos antorchas que se apagan y los intermitentes resplandores de un nuevo astro que brilla sin rival en todas las plazas de la Península, islas adyacentes y posesiones ultramarinas, los franceses, en cambio, conmemoran dignamente el centenario de la gran revolución, adelantando un paso en las vías de la civilización y del progreso, con la adopción de nuestras corridas de toros, de nuestra fiesta nacional.

París triunfa, los toreros sirven de comparsas á Edison, les arrojan flores y abanicos, y reciben cartas perfumadas, y van á las *soirées* con guantes blancos y con frac ó con *smoking*.

El último cuadro de la ópera *Carmen*, pura fantasía, se ha convertido en realidad.

La famosa exclamación de Floquet, dirigida

al emperador de Rusia: *¡Vive la Pologne, monsieur!* se ha olvidado ante el *¡Vive le torero, madame!* con que el parisiense ladino, el *coq gaulois*, ha contestado á la Sociedad Protectora de los Animales y de las Plantas. *¡Enfoncé, Floquet!*

Y las alegres carcajadas del Sena libidinoso hinchán los ojos, preñados de lágrimas, de nuestro excelente Manzanares.

Frascuelo se va y hace muy bien, se va en el momento oportuno, cuando la seriedad ante los toros contrista el ánimo de la generación actual, cuando el sonido retozón de los cascabeles ha reemplazado á los bélicos acentos del clarín, cuando la trampa es maestría, elegancia la pirueta, arte el adorno y brutalidad el valor.

Goya sucumbe, Herrera ha muerto y Góngora resucita.

Los franceses se vengan de nosotros; les robamos las *cocottes* y ellos nos roban los toreros. ¡Justo castigo á nuestra perversidad!...



En el cartel que anunciaba la tercera corrida de novillos verificada en la Plaza de Toros

de Madrid el 3 de Diciembre de 1865, apareció por primera vez el nombre de Frascuelo, como sobresaliente de espada en la cuadrilla de Vicente García Villaverde.

Aquel cartel constituye la fe de bautismo de Salvador como torero.

En el del domingo 27 de Octubre de 1867 aparece el acta de su confirmación firmada por Curro Cúchares, que dió la alternativa de matador de toros al valiente diestro.

El cartel del día 11 de Mayo de 1890 es la esquela de defunción del lidiador admirable, es el postrer adiós que da Frascuelo á la arena de su calvario y de sus triunfos, á esa arena candente de pasión que ha manchado tantas veces con su sangre, donde ha salvado tantas vidas y enjugado las lágrimas de tantos infelices.

Desde el 3 de Diciembre de 1865 hasta el 11 de Mayo de 1890, hay 25 años de una vida llena de azares, henchida de peripecias, vida terrible y hermosa á la vez, dedicada á la lucha contra la fiera del campo y á la lucha contra la *bestia humana*.

Ambas han llenado la existencia del torero

y del hombre, y para vencerlas ha dado Salvador cuanto tenía, peleando palmo á palmo contra la fiera y contra la bestia, más animoso y audaz cuanto más vilipendiado, presentando la cara al temporal en vez de volverle las espaldas; enemigo irreconciliable, feroz, encarnizado de su rival fuera de la plaza, hermano suyo dentro de ella, y menos sensible á las cornadas de la fiera del campo que al menor silbido de la bestia humana.

Separar el nombre de Lagartijo del de Frasquito, es amputar un miembro á la gallarda estatua que han erigido los dos al arte de torear de nuestros tiempos.

De su competencia inolvidable nació el auge de nuestra fiesta nacional; ellos han llenado de oro á los empresarios; ellos han hecho vibrar á los públicos todos con las emociones más intensas que puede proporcionar el espectáculo; ellos han reunido en torno suyo más devociones, más fanatismos que todas las celebridades del siglo presente.

La popularidad les ha acompañado á todas partes; han provocado disputas sin cuento, polémicas terribles, palos, puñetazos, puñaladas.

Nuestro temperamento ha encontrado en ellos el mejor recipiente para desahogar todos sus ímpetus. Y mientras nos hemos peleado por Lagartijo ó por Frascuelo; mientras hemos dado rienda suelta á las exaltaciones de nuestro carácter fogoso y superficial, riñendo como mujerzuelas ó golpeándonos como brutos, ellos han seguido impertérritos su camino, prefiriendo el toro al hombre, el redondel á la plazuela, labrándose poco á poco su fortuna en las rudas y peligrosas labores del oficio y enalteciendo sus nombres á impulsos de la caridad que han ejercitado á manos llenas.

Maestros los dos y grandes á la par en sus especialidades, la naturaleza puso entre ambos infranqueable abismo; el carácter del hombre que había de traer consigo necesariamente el estilo del torero. De este antagonismo fatal nació la competencia que arrojó á Lagartijo y á Frascuelo en dos campos opuestos y les hizo trazar líneas divergentes; de esa incompatibilidad de temperamentos surgió inmediatamente el interés de la pelea, interés que fué creciendo de día en día hasta que las diferencias que separaban á los dos rivales se encar-

naron en el público, hicieron presa en él y trajeron la formidable explosión que se ha oído durante veinte años.

Los últimos ecos de esa explosión se percibieron aún recientemente, pero amortiguados, desvanecidos por el cansancio de la lucha.

Hoy se apagaron por completo y la Plaza de Toros de Madrid huele á cadáver que apeseta. Sin competencia no hay toros; espectáculo de combate, espectáculo de emociones violentísimas, donde se mide la serenidad y la maestría del hombre en pugna con los instintos brutales de la fiera; mientras no exista el aguijón de la competencia que excita el amor propio del torero, centuplica el riesgo, aumenta el peligro y lleva al paroxismo á la emoción, las corridas de toros arrastrarán una existencia monótona, aburrida, constituirán fiestas anodinas condenadas á muerte sin remedio.

Lagartijo y Frascuelo cierran indudablemente, por eso, la etapa más brillante del toreo del siglo XIX, porque presentan el ejemplo sin precedentes de una lucha de veinte años, durante los cuales la España taurófila, toda España, puede decirse, dividida en dos bandos

irreconciliables, ha combatido por el uno ó por el otro, ha prohiado á Rafael ó á Salvador, ha hecho suyos las cualidades y los defectos de ambos, y ha llenado las plazas, ha aplaudido con furor y silbado con rabia, dando margen al interés constante, al apresuramiento, á la pasión que señalan el apogeo de la fiesta nacional mientras ha durado la dominación de Lagartijo y de Frascuelo.

Queda todavía Rafael, es cierto; pero queda inerme, incompleto, privado del oxígeno de su rival, viejo también él y cansado por la labor del tiempo; torero en suma, linfático y perezoso, que ya no tiene el acicate de la competencia y parece agobiado por la nostalgia de pasadas luchas.



La corrida de mañana no tiene precedentes en la historia de la tauromaquia. No hay torero alguno que se haya declarado á sí mismo incapaz de seguir ejerciendo su profesión y dé por terminada ésta con la solemnidad que lleva consigo la despedida de Salvador.

Cuando llega la hora tristísima de la separación entre el público que, como la tontería

humana, es eternamente joven, y el artista que envejece con el tiempo, raro, muy raro es el que, conociendo su decadencia, se decide á abandonar una existencia agitadaísima, llena de fatigas y emociones, de glorias y de vilipendios, en exhibición continua, en incesante bullir, elevado aquí hasta las nubes, arrastrado allí por el lodo, vida enervante y deliciosa que atrae al torero hacia al público, como atrae la mujer caprichosa, injusta y cruel, á quien se ama con delirio y cuyas caricias hacen olvidar en un día las traiciones de diez años.

Frascuelo no quiere conocer esa época corta y fatal en que el torero vive de la limosna del público al principio y se ve arrojado después, como un estorbo, del campo de sus triunfos.

Y hace muy bien, no me cansaré de repetirlo. Se va con los pies torpes, pero con la frente erguida, dejando el recuerdo indeleble de su nobleza, de su maestría y de su valor.

El arte de matar que Redondo y Manuel Domínguez habían recogido de las reglas escritas de José Delgado y de Montes, y aplicarlo últimamente con admirable eficacia en la

Plaza de Madrid, se reveló instintivamente en Frascuelo y ha sido el dique que ha opuesto el inolvidable matador al artificio engañador, artero y miserable que la astucia de Curro Cúchares creó hace treinta años y hoy se ha convertido en sistema admitido por el público, socavando *ipso facto* los fundamentos del arte de torear.

La gloria de Frascuelo está ahí principalmente, está en que ha recogido una bandera que yacía, hecha girones, en el suelo y la ha tremolado, incansable y audaz, ante aquellos á quienes había atacado de miopia crónica el bullir de vistosos gallardetes.

Y combatido sin tregua ni piedad por sus enemigos, tachado de envidioso, de irascible y hasta de bruto, expuesto á todas horas á verse mortificado en su amor propio, en su orgullo y hasta en su dignidad personal, condenado á una rivalidad diaria que le obligaba á poner en juego todo su entendimiento, todo su coraje, su alma toda de torero, para alcanzar un aplauso, cogido por los toros veinte veces, acribillado el cuerpo de cornadas y lacerado el corazón por todo linaje de injusticias, no ha va-

cilado ni un instante, no ha huído jamás; ha gritado como Galileo: *e pur si muove*, y ha plantado al fin la bandera del toreo verdad cuando la afición caía de hinojos ante el toreo de la mentira.

Ha sido más grande cuando las cornadas le han hecho mayor daño, y donde todos han sentido los golpes y retrocedido ó vacilado, él ha extraído mayor caudal de ánimo y mostrádose valiente y temerario como nunca.

En la historia de la tauromaquia, su nombre figurará entre los primeros, y ¡quién sabe si la despedida de Salvador Sánchez es el toque de agonía para nuestra fiesta nacional!

He escrito tanto acerca de Frascuelo desde que en las columnas de *El Imparcial* salí á su defensa, hace cerca de veinte años, en los primeros fragores de la competencia, hasta hace muy poco tiempo, que me es imposible hablar de Salvador sin repetir ó glosar lo que he dicho tantas veces.

Concluyo con una anécdota:

En cierta ocasión llegué yo á casa de Frascuelo y hallé, de sobremesa, al matador, rodeado de su familia y de varios amigos.

Por aquellos días debía verificarse en un teatro de Madrid una función á beneficio de no recuerdo qué corporación caritativa, beneficio en el cual tomaban parte todos los artistas sin cobrar sueldo.

Hablóse de dicho espectáculo, y un señor de los que se hallaban alrededor de la mesa de Frascuelo, hubo de censurar que en las funciones de beneficencia se equiparasen los toreros á los artistas de teatro.

Salvador le contestó tranquilamente:

—Si Ud. fuese torero, haría lo que hacemos los demás.

—No, señor—repuso el aludido.—Las circunstancias son muy distintas. El que trabaja en el teatro no expone nada, y el que torea en la plaza expone su vida.

Recuerdo como si fuese hoy—y no se me olvidará nunca—que Frascuelo saltó como una fiera al escuchar aquellas razones, y contestó fuera de sí, gritando:

—¡Nos ha fastidiado! Eso sería bueno toreando Ud., pero toreando yo, no. ¿No sabe usted que cuando yo toreo me creo en la plaza más seguro que Uds. en el tendido? ¿Qué r-á-

rito tiene entonces que yo exponga mi vida si creo que no la expongo?

Al oír aquellas hermosísimas palabras que retrataban de cuerpo entero á Salvador, no pude contenerme y, terciando en el diálogo, dije á Frascuelo:

—Salvador, ha dicho Ud., sin querer, una cosa sublime.

—Pues si es sublime—contestó riéndose,—de seguro la he dicho sin querer.

¡Ese es el hombre de corazón, ese es el torero incomparable que se cortará la coleta mañana en la Plaza de Toros de Madrid!

10 de Mayo de 1890.





PRO DOMO NOSTRA

SR. D. RODRIGO SORIANO.

Mi querido amigo: En una disposición de ánimo sumamente agradable he leído el folleto *Una conferencia con Emilio Zola*, de que es usted autor; lo he leído bajo la *influencia* del trancazo, del delicioso trancazo, que me tiene encerrado en casa hace días, con las fuerzas físicas aniquiladas, los nervios en punta y aguzado el espíritu como dulce compensación.

Estrenarse, como usted se ha estrenado, instrumentando amenísimamente una conferencia con el genio á quien los pulcros tratan como á un Sabatini de las letras, es ya un éxito verdad.

Empieza usted bajo los mejores auspicios;

sabe usted tocar el fango sin mancharse; el ácido sulfhídrico se convierte en la pluma de usted en agua de rosas, á pesar de ser usted de los que, como yo, se bañan en el barro zolais-ta voluptuosamente y salen limpios, tersos, relucientes de esos baños, como debía de salir Popea bañada en leche de burras.

Habrà quizá quien por tan extraña mania nos califique de burros y hasta nos compare á *Gedeón*, el asno inmortal de *La Terre*, asegurando que nos emborrachamos en las vendimias literarias de Zola, como *Gedeón* se emborrachaba en las vendimias de Buteau.

Chico pleito. No faltarán, en cambio, algunos *Jésus-Christ* que, guiados por fraternal compañerismo, nos comprendan, nos defiendan y se atrevan á compartir nuestra embriaguez. Y váyase lo uno por lo otro.

Elogiar el folleto de usted es labor de que prescindo en absoluto porque unido á usted por los lazos de la amistad, del compañerismo y del paisanaje, parecería interesada mi conducta y quitaría á mis elogios toda autoridad.

A bien que más que mi juicio ha podido satisfacer á usted el de los periódicos madi-

leños que se han ocupado en términos muy laudatorios de *Una conferencia con Emilio Zola*.

Deseo de todo corazón que, cuantos folletos ó libros publique usted en adelante, obtengan el mismo éxito que el que acaba de servirle de *debut*.

Como no escriba usted unas *Pequeñeces* ó llegue á ser importante hombre político de los que dan y quitan credenciales, son carne de *interview* y conocen al dedillo el formulario de vulgaridades hechas á medida de las circunstancias, no espere usted ni desee otra cosa.

Cuando dí á luz—con ayuda de fórceps—mi libro *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, que consta de *setecientas páginas*, un periódico de gran circulación dedicó media docena de líneas á mi obra, calificándola de interesante *folleto*.

Dos años de trabajo constante para formar un abultado tomo y alcanzar por toda recompensa seis líneas y la calificación de *folleto* para la obra, no es lo más á propósito para estimular á un escritor, lo cual no me impidió seguir trabajando y alcanzar el modestísimo

puesto que ocupo, merced á mis pobres merecimientos y al auxilio impagable de la Divina Providencia.

Y aquí entra precisamente el objeto principal de esta carta, en la cual encontrará usted quizá algo que pueda interesarle para lo porvenir.

¿Consejos? ¿Advertencias? ¿Observaciones? Lo que usted quiera; califíquelos á su gusto. Mi deseo es charlar con usted franca y desembarazadamente, á lo cual me da derecho la simpatía y consideración con que usted me honra y la práctica que he adquirido en nuestro oficio.

Tiene usted, ante todo, amigo Soriano, dos grandes cualidades para *llegar*: la juventud y el entusiasmo, que son las grandes armas, las grandes fuerzas para luchar y vencer.

Ante ellas vale poco la riqueza cuando se es joven, y lo prueba usted mismo despreciando el *far niente*, al cual su posición le permitiría entregarse de lleno, y lanzándose al terreno de la literatura, donde sabe usted que hay que trabajar mucho para alcanzar un nombre.

La juventud es la esperanza, el entusiasmo

es la fe. Cuando esas dos virtudes se templan en la escuela del infortunio, su dejo amargo blinda el alma y aguza el espíritu de observación.

No conoce usted la desgracia material, pero conocerá usted la moral sin duda alguna, y ella enseñará á usted tal vez á compadecerse á sí mismo, lo cual habrá de inclinarle á compadecer siempre á los demás.

Mientras llega ese caso, trabaje usted, trabaje usted ahora, trabaje usted luego, trabaje usted siempre. El trabajo es la comunión del espíritu, lo que nos abstrae y nos eleva, lo que nos fortifica y engrandece, nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra redención.

Si quiere usted que la literatura, de la cual está usted perdidamente enamorado, le otorgue sus favores, estudie usted, trabaje usted. Es el único medio de hacer la corte á la codiciada doncella y arrancarle el dulce sí.

Tendrá usted que luchar mucho, porque es muy veleidosa, muy coqueta y apelará á todo linaje de estratagemas para probar la constancia de usted.

El mejor modo de dominarla es mirarla

frente á frente, con descarada resolución. Nada de mimos ni de halagos; no se presente usted ante ella hecho un *sietemesino*, con el cuello muy estirado, con las mejillas sonrosadas, el pañuelo apestando á almizcle, la gardenia en el ojal, como un *efebo*.

La literatura es matrona, es mujer; no quiera usted nunca convertirla en el Ligurino de Horacio; sea usted siempre hombre, huela usted siempre á varón.

Tiene usted ingenio, tiene usted espíritu de observación, deseos de aprender y afición al estudio. Lee usted mucho y posee usted la noble ambición de enterarse de todo provechosamente.

Acostúmbrese usted desde el principio á expresarse con sinceridad. Sienta usted las materias de que trate, domínelas usted en lo posible y deje usted correr la pluma á su aire, libre de trabas, que ella correrá holgadamente, con toda naturalidad.

Sintiendo usted de verdad, hará usted sentir á sus lectores, y la pasión de usted hará en ellos presa.

¡La pasión! Sea usted apasionado; y cuando

se lo tachen á usted como grave defecto, conteste usted: ¡Y á mucha honra!

La pasión artística es la lucha encarnizada por la verdad; es el bullir de la sangre, el aliento de la vida, el latir del corazón, el combate cara á cara, ojo por ojo y diente por diente, el arma con la cual se alcanzan las victorias ó se hacen honores de guerra al vencido.

Lea usted á Cervantes y á Quevedo, lea usted á Heine; empápese usted en sus *Sátiras y retratos* y en sus *Reisebilder*; lea usted *Madame Bovary*, á Rabelais, Brantome y Maupassant.

De Zola no tengo que decir á usted nada porque es usted, como yo, fanático del gran maestro.

No lo suelte usted de la mano, embriáguese usted en la lectura de todas sus obras; y si le hablan á usted del *cochon* de Monselet, conteste usted con el *pourceau* de Epicuro.

Lo sucio es lo mal escrito; y cuanto á obsenidades, recuerde usted á Horacio, á Catulo, á Tibulo, á Propercio, á Ovidio y á Marcial, nuestro egregio compatriota, que hoy son clásicos y escribieron en estilo capaz de ruborizar á un guardia civil.

Hay, sin embargo, quien cree que ser naturalista es hacer la disección moral de las meretrices, y se pavonea por ahí, dándose aires de "jefe de escuela,, cuando ha convertido el libro ó el teatro en sucursales del *dicterion* griego ó de las *commesationes* romanas.

No quiero inferir una ofensa al criterio de usted demostrándole lo imbécil de esa teoría, ni echar mano de las que Zola ha sustentado en sus polémicas y en sus novelas para definir el naturalismo y la inmoralidad en la literatura.

Lo único que aconsejo á usted es que, cuando lea esas obras escritas en culti-hispanoparla, amaneradas, perfumadas, llenas de cintas y agremanes, ó esas otras que muestran la tortura del espíritu para buscar un efecto falso, retorcidas, ampulosas y feas, abra usted *El sabor de la tierruca*, de Pereda, y lea usted en el capítulo titulado "Griegos y troyanos,, la contestación del de Rinconeda al alcalde de Cumbrales cuando éste, para calmar la pelea, invoca el pueblo y la ley: "¡Pus nos futramos en Cumbrales, en la ley y en usté que la representa!,,

Pereda—mal que le pese—es el Zola español cuando hace hablar á los marineros y á los aldeanos de la montaña de Santander, y resulta, como Zola, grande, inmenso, el primero entre todos cuantos escriben en español.

Lea usted *Escenas montañosas*, *Sotileza*, *La puchera* y *El sabor de la tierruca*, y busque usted siempre á Pereda entre el pueblo; huelga usted su pluma cuando le hace hablar. El penetrante olor, sano, fuerte, que de esa admirable pluma se exhala, será para usted, amigo Soriano, un perfume ideal, el perfume de la brea, del heno, del romero y del tomillo, aspirados en las altas cumbres, en el *sanatorium* del arte; será el aire puro que dilatará los pulmones de usted y le hará detestar los menjerges de la perfumería literaria.

Ahonde usted la contestación del de Rinconeda al alcalde de Cumbrales; haga usted hablar así al hombre, exprese usted así la naturaleza y llegará usted.

Si se entrega usted, tal como Dios le ha hecho, al público, tendrá usted estilo propio, marca de fábrica, individualidad, por lo cual bueno será que lea usted y estudie la literatura

que yo llamo hermafrodita, para huir de ella como de la peste.

Si alguna eminencia aconseja á usted que no se contamine de Zola, dígame usted que Cherubini, un gran músico, un artista genial, aconsejaba á sus discípulos que oyesen y estudiasen las sinfonías de Beethoven para saber *comment il ne faut pas faire!*

¡Y Beethoven era entonces el Zola de la música, y le llamaban cuanto hay que llamar, bruto inclusive, los que pensaban antaño como piensan hoy los que no ven en Zola más que obscenidades y dicen que Wagner es el Góngora de la música!...

Este es el gran libro que hay que hojear diariamente: el libro de los insultados, de los escarnecidos, de los libres, de los que ven el más allá.

Los otros son aquellos ante quienes cae de hinojos la plebe, la santa canalla de Heine, que guían los vulgares.

Flaubert decía que la única manera de hacer *quelque chose de bon* es trabajar para sí y no para el público.

Berlioz llevaba esa máxima hasta la exa-

geración cuando, al ver que el público aplaudía unánime una sinfonía del autor de *Los Troyanos*, exclamaba:

—¡Cielos! ¿Habré escrito una estupidez?

Haga usted caso á Flaubert; trabaje usted con entusiasmo, estudie usted con perseverancia, sienta usted con vehemencia y exprese usted con sinceridad.

Todo eso es, por supuesto, inútil cuando se carece de temperamento literario. Creo firmemente que usted lo tiene; el asunto estriba en cultivarlo bien.

La atmósfera literaria de España es menguadísima; la política lo absorbe todo, y el peor discurso de un prohombre político tiene más resonancia, en general, que la mejor obra literaria.

Pero la evolución artística, la evolución de las letras avanza á pasos agigantados é invadirá pronto el periodismo, que es la gran tribuna.

Ustedes recogerán los frutos de esa evolución, y deben prepararse para la pelea con ánimo decidido, dispuestos á hablar claro y fuerte en pro de la verdad.

Ahí está la gloria que Voltaire perdonaba por una buena digestión.

Jamás, pobre de mí, he aspirado á la gloria; y cuanto á las buenas digestiones, moriré sin haberlas conocido.

Que logre usted la una y haga las otras, mientras viva, es lo que deseo á usted de todo corazón, al terminar estas líneas, escritas, no lo olvide usted, bajo la influencia del horrible *trancazo*.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Junio 2 de 1892.





Un Literato Bilbaino

ARGOS

El día 31 de Mayo de 1890—va á hacer un año—verificóse en Bilbao, donde me hallaba yo accidentalmente, una solemnidad artística; la inauguración del teatro Nuevo, con *La Gioconda* de Ponchielli.

En uno de los intermedios de la función, acercóseme el distinguido periodista bilbaíno, Sr. Echeverría, redactor de *El Norte*.

—Don Sabino de Goicoechea desea conocer á usted—me dijo.—Venga usted conmigo y se lo presentaré.

¿Don Sabino de Goicoechea? ¿Quién era este señor? Francamente confieso que no había oído jamás semejante nombre. ¿Algún co-

merciante? ¿Algún minero? ¿Un periodista quizá?

El Sr. Echeverría había dicho sencillamente "Don Sabino de Goicoechea,, sin meterse en más detalles, sin añadir una palabra que pudiera darme idea de la profesión del individuo, de su posición social, de lo que era, hacía y valía en Bilbao; algo, en suma, que me pudiese en franquía para la presentación.

Comprendí, por eso mismo, sin embargo, que aquel nombre significaba mucho que yo ignoraba de todo en todo.

La sencillez con que lo pronunció el señor Echeverría, me dió á entender que decir don Sabino Goicoechea era encerrar en ese nombre la reputación, la popularidad, que excusan el comentario y hacen innecesaria y hasta ofensiva toda demanda de explicación.

—Cuando usted quiera,—dije al Sr. Echeverría,—estoy á sus órdenes.

Poco tiempo después me hallaba en presencia de la esfinge. Conversé con él durante breve rato y me pareció un buen señor, un señor excelente, como otros muchos, entrado en años, afable y expansivo, y que me encantó,

sobre todo, porque me habló muy bien de mis trabajos literarios y puso en las nubes mi talento de escritor.

Cuando me separé de él estaba yo tan enterado de quién era el Sr. de Goicoechea como antes de haberle dirigido la palabra por primera vez.

No volví á ver aquella noche al Sr. Echeverría ni se me ocurrió pedir á nadie noticias de D. Sabino, por lo cual la impresión que me había producido comenzó á borrarse y desapareció completamente al poco tiempo.

Cuando llegó el siguiente día, recibí por la mañana, en la fonda, un paquete, lo abrí y ví que contenía una tarjeta y dos libros.

La tarjeta era de D. Sabino de Goicoechea, los libros dos tomos de artículos titulados: *Pasavolantes (retratos sin retoque, por Argos)*.

¡Cielos!—exclamé.—Ahora lo comprendo todo. *Argos* es D. Sabino de Goicoechea, el señor de anoche, un escritor de provincias que me ha recibido muy bien, que me ha adulado, para imponerme la penitencia de leer sus obras y de ocuparme de ellas quizá. ¡*Connu!* Haré el baúl y huiré de Bilbao.

Cuando murmuraba yo este monólogo, recuerdo perfectamente que la capital de Vizcaya se hallaba bajo el poder del horrible *sirimiri*, una lluvia fina, tenaz, implacable, un polvo acuoso que se desprende del cielo como un vaho, queda en la tierra cual baba de las nubes y sume la población en tristeza húmeda y desconsoladora, cogollo del aburrimiento y quinta esencia del *spleen*.

La ocasión no podía ser más propicia para apurar el cáliz hasta las heces. Leer, con acompañamiento de *sirimiri*, artículos de un literato de provincias, representaba para mí en aquel instante el refinamiento de la crueldad, esa voluptuosidad del dolor que, con celeste dulzura, iluminaba al morir la faz de los cristianos en el circo.

Me arrellané en una butaca, abrí el primer tomo de los *Pasavolantes* de Argos, y mientras Bilbao se embozaba en el manto soso y tristón del *sirimiri*, me puse á leer.

El libro comienza con un pequeño *boniment* que el autor dirige á los lectores y dice así:

“Érase este un ciego que en una romería tocaba manicordio de tal modo desvencijado y

maltrecho, que á duras penas se dejaba oír á tiro de saliva, en ocasión misma en que otros varios ciegos provistos de bandurria, guitarra y violín, hacían resonar armoniosos ecos, dignos de un concierto de verdaderos músicos.

Oyólos el lazarillo que con el del miserable manicordio estaba, y díjole al ciego en un arranque de entusiasmo:—seor Simón ¡qué buena música es esa!—No es mala, replicó el ciego, pero ya pueden callar todos los instrumentos del mundo, donde está mi manicordio...

Pues, lo que yo digo. Podrán escribirse muchos y buenos artículos humorísticos y cuadros de costumbres, pero esos cuadros y esos artículos valdrán al lado de estos *Pasavolantes*, en mi leal y modesto modo de sentir, lo que según el ciego de la romería valían todos los instrumentos del mundo al lado de su manicordio.

La necesidad tiene cara de hereje. Aquí me tiene usted á mí, pacientísimo lector, que aunque me esté mal el decirlo, soy una persona decente, me veo obligado á hacer oficios de *murguista*, golpeando á más y mejor ese voluminoso, ruidoso y casi morbosos cilindro pelle-

judo llamado bombo; y ¿por qué eso? porque no he encontrado, ni alquilado ¿querrá usted creer? un caballero particular que quisiera encargarse de batir el parche por su cuenta y riesgo en la antesala de mis *Pasavolantes*.

¡Ah! ¡Sí yo tuviese abuela!

Pero no la tengo ¿sabe usted? "*Argos*."

Leer estas saladísimas líneas, soltar el trapo á reir y meterme de lleno en el libro, fué todo uno.

Quien con tal desenfado y tanta gracia tocaba el manicordio á la puerta de sus *Pasavolantes*, no podía menos de ser guasón de cuenta, marchante de baratijas literarias, decidor, descarado y ocurrente como pocos.

Me asomé al cristal, púseme á contemplar el *titirimundi* y al poco rato ¡adiós tristeza, adiós humedad, adiós *sirimiri*! me encontré metido de hoz y de coz en un Bilbao nuevo, en un Bilbao cómico, lleno de donaire y de luz, henchido de carcajadas, que se apoderó de mí y me hizo perder durante algunas horas la idea del tiempo y del espacio.

Si *Argos* hubiese oído los ¡gracias á Dios! que me arrancaban, entusiasmado y desterni-

llándome de risa, todos aquellos *Pasavolantes* que el autor ha saturado de olor de pueblo, me hubiera felicitado y abrazado cordialmente ¡él que no tiene abuela!

Y yo que tampoco la tengo, le hubiera devuelto centuplicados el abrazo y la felicitación, y hubiérale dicho:

—Ha escrito usted en estos *Pasavolantes* la historia de Bilbao, ha hecho usted la crónica de la región vizcaína; es usted el crítico *fin de siècle*, socarrón, conciso, punzante, fotógrafo instantáneo, en cuyo aparato surgen las figuras tal cual son, sin retoques de lenguaje, sin pulcritudes de lapidario, enteras, de una pieza, vivientes.

La obra de Goicoechea debería titularse *Bilbao cómico*, porque encierra en sus páginas el aspecto festivo de la vida bilbaína, todo aquello que las debilidades humanas dejan al descubierto y la sátira exhibe regocijada en las ferias de Momo.

Es libro que hace cosquillas, que produce una risa sana, espontánea, sin consecuencias, y en el cual ve uno desfilan tipos y tipos en regocijada procesión.

El aparato fotográfico de D. Sabino reproduce las figuras con una exactitud matemática; y la gente del pueblo se exhibe en los *Pasavolantes* con esa rigidez de líneas, con ese aspecto asombrado, extático, de un color cómico delicioso, que ostentan los soldados, los domésticos, los paletos, las amas de cría, en los retratos á seis reales la docena.

Argos los copia ~~al~~ paso, donde quiera que los encuentre, y su ingenio los planta en pie con rasgos de verdad encantadores.

¿Se quiere una prueba? Héla aquí; en el segundo volumen hay un artículo titulado: *El carro de la Sarama*, que es una joya de donaire, una miniatura de realidad. Llaman en Bilbao así al carro de la basura, y la llegada del vehículo á una casa sirve á Goicoechea para trazar el delicioso cuadro, del cual copio este saladísimo fragmento.

“Ya están las criadas en la escalera.”

—Aspérate un poco, Juana,—dice una de ellas á otra que baja un tramo más adelante.

—¿Qué pues?—contesta la interpelada, deteniéndose en el escalón en quese hallaba, cuando oyó su nombre, y apoyando el cajón sobre la

barandilla para mayor comodidad y descanso de su cuerpo.

—Carta ya hastenido, eh? —pregunta aquélla á Juana, apenas se encuentra junto á ésta.

—¿Qué carta ó?...

—No andes en desimulos, mujer. Causalmente cuando me bajaba esta mañana el sisco del camarote ha remanesido el cartero y carta para Juana Arrechegoitia que ya había ha dicho.

—¡Ah! sí, no me acordaba; de mi madre ha sido. Que vaya á la romería del pueblo me dise. Sí, pues presisamente el ama mia buena es para eso. Ni salir no me deja á resar el rosario el domingo que no me toca y... que en casa que ya puedo resar me dise.

—¿Qué hase, pues, aquél sin escribirte?

—Opreser ya hiso, pero...

—¿Dos meses no dijo, pues, que le sobraba para ser libre de soldao?

—Eso, ¡ene! más veces me dijo...

—Un mes ó al simil que se marchó ya será.

—Hoy en un mes haste cuenta que.

—No es para disir, pero formal ya paresía, mira tú.

—Sí, mujer, en esa creencia me estaba yo también y ya ves igual es que todos...»

Hasta ahora se había hecho hablar al andaluz, al catalán, al gallego; pero recargando generalmente los colores, pidiendo la gracia á la chabacanería, á la exageración.

Argos es el primero que hace hablar al bascongado de un modo inimitable, con una exactitud maravillosa, con todo el atractivo desgardo de la verdad.

Así hablan los bascongados, esa es su desquiciada, su fantástica, su graciosísima sintaxis, y al talento de Argos se referían los alborozados ¡gracias á Dios! con que saludé la lectura de los *Pasavolantes* en que el autor reproduce las conversaciones del pueblo.

Rasgos de ingenio, espíritu de observación, estilo liso y llano, sin afeites de retórica, se notan en aquellos artículos en que Argos se separa del elemento popular y penetra en la clase media; pero de esto se ha escrito mucho, el asunto, de puro manoseado, es vulgar y se presta á-poco para tratado ligeramente.

La novedad de la obra, la parte verdaderamente original é interesante se halla en las

páginas, numerosas por fortuna, en que Goicoechea fotografía á la gente inculta, con una maestría superior á todo encomio.

La caricatura resulta de la admirable exactitud con que los diálogos están escritos; los *Pasavolantes* de Argos constituyen un cosmorama popular, una serie de bocetos amenísimos, chistosos, que huelen á pueblo desde leguas, y en los cuales el literato deja correr su pluma airosamente, sin preocuparse de filosofías, ni ostentar pretensiones de predicador.

Observador sincero y sin *arrière pensée*, Argos es en sus *Pasavolantes* una especie de fonógrafo. Quien quiera saber cómo se habla en Vizcaya, no tiene sino abrir los dos tomos y escuchará la voz del vizcaíno tal cual es, con sus exóticos acentos, con su rudo vocalizar, con sus desafinaciones y sus *gallos*.

El autor no comenta, exhibe. Es un *bon vivant*, un transeunte de las letras, un fotógrafo de afición que distrae sus ocios reproduciendo al Bilbao social en sus caracteres más acusados, en sus tipos más salientes.

Y la verdad con que los dibuja, el desenfado con que los matiza y la gracia con que

los presenta al público, excusan toda filosofía.

Antonio de Trueba ha escrito de los *Pasavolantes* de Argos que "no son un libro de fútil entretenimiento, son un libro serio y trascendental en el fondo, aunque jovial y ligero en la forma...". Y añade luego que "háyalo querido ó no su autor, cada *Pasavolante* de los que constituyen la obra es una eficaz lección de cómo debemos habernos en algún punto de la vida social y doméstica, y particularmente de esta última vida..".

¿Tendrá Trueba razón? Podrá ser, pero me parece á mí que D. Sabino de Goicoechea no picó tan alto al escribir sus artículos de costumbres, no pensó seguramente que su obra tuviera tantas pretensiones ni se le ocurrió que encerrara nada de serio y trascendental.

El mismo lo confiesa al explicar su título con la definición de *Pasavolante*:—Acción ligeramente ejecutada, ó con brevedad y sin repaso.

Dudo, por lo tanto, que la obra de Argos encierre una lección eficaz de cómo debemos habernos en algún punto de la vida social y doméstica, según Trueba asegura.

Si así fuese, á nadie se podría aplicar con mayor exactitud que al autor de *Pasavolantes* el *Castigat ridendo mores* de Santeuil, pero tengo para mí que la socarronería bonachona de Argos antes apunta á la risa que pára mientes en el castigo.

De todas suertes, los artículos de D. Sabino de Goicoechea revelan á un escritor de costumbres populares, á quien yo por mi parte admiro sin reservas.

Para hacerlo así constar escribo estas líneas, tributo de gratitud al modesto y chispeante escritor bilbaíno, por los deliciosos ratos que debo á sus *Pasavolantes*.

La mayor parte de esos cuadritos de género, vale más, mucho más que gran número de aleluyas madrileñas, y revelan en su autor cualidades de crítico y dotes de escritor que en Madrid se conceden con facilidad deplorable á esa plaga de intrusos que aflige á nuestra literatura en los periódicos y en el libro.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid, Mayo de 1891.



El Centenario de Rossini.

El día 29 de Febrero de 1792, una pobre y honrada mujer del pueblo, Anna Guidarini, yacía en el lecho, rodeada de amigas, de vecinas y parientes.

Hija de un panadero de Pesaro, habíase casado recientemente con el pregonero del lugar, llamado Giuseppe Antonio Rossini, un tipo, hombre regocijado hasta el extremo, decididor y alegre, sempiterno guasón, á quien conocían todos en el pueblo por el mote de *il Vivazza*.

Además de pregonero y trompetero de la Municipalidad, á cuyos individuos acompañaba tocando la trompeta los días en que repi-

caban gordo, era el *Vivazza* nada menos que inspector de las Carnecerías de Pesaro.

Su buen humor no se desmentía nunca, y si alguna vez el carácter meridional asomaba la cabeza con desplantes característicos, la reacción venía pronto, y lo que llevaba trazas de terminar en tragedia espeluznante, se resolvía siempre en ruidosas carcajadas.

El 29 de Febrero de 1792, Anna Guidarini había sentido ciertos dolores precursores de próximo alumbramiento, y el *Vivazza*, nervioso, trémulo, lleno de angustia, esperaba la venida del fruto de bendición.

Sólo el comadrón hallábase al lado de la enferma. Los amigos, vecinos y parientes de los cónyuges ocupaban una pequeña estancia contigua, donde, siguiendo la costumbre del país, veíanse doce pequeñas estatuas de barro representando á los Apóstoles.

Las doce estatuas, con sendas velas encendidas, debían ayudar á la parturiente y proporcionarle la clásica "horita corta", á pesar de lo cual presentábase el parto laboriosísimo.

Vivazza, como enjaulada fiera, iba y venía de los Apóstoles á su mujer y de su mujer á

los Apostóles, y su inquietud crecía por momentos, sus nervios se descomponían cada vez más al escuchar las sentidas quejas de la paciente y el rumor de las plegarias que salían del cuarto vecino.

—¿Hay algo?—preguntaba á cada instante al comadrón.

—Nada—le contestaba éste.

Y la contestación negativa hacía fruncir el entrecejo y aumentaba su intranquilidad de un modo alarmante.

Finalmente, al ver que el fruto de bendición se emperraba en no salir del cláustro materno, y enervado por los lamentos de Anna y los rezos inacabables de la concurrencia, el hombre perdió completamente los estribos y acabó por estallar.

Fuera de sí, agarró una estaca, se dirigió al cuarto de los Apóstoles y, con los ojos echando chispas, comenzó á dar estacazos á diestro y siniestro á los discípulos del Salvador.

Calcúlese la indignación de las devotas. Escandalizadas ante tamaña profanación, volviéronse todas contra el *Vivazza*; pero enarboló

éste el garrote, y empezó á soltar por aquella boca tales blasfemias, ébrio de furor, con los pelos erizados y amenazándolas con la estaca, que echaron á correr como almas que lleva el diablo.

Las velas volaban por el aire, algunas estatuas estaban en el suelo hechas polvo, cuando de repente oyóse en la estancia de la enferma un grito aterrador, seguido de un maullido delicioso.

Gioachino Rossini, el futuro autor de *El barbero de Sevilla*, acababa de ver la luz pública, había nacido en aquel momento.

El *Vivazza* corrió desalado al cuarto de su mujer.

—¿Está ya?

—Sí.

—¿Qué es?

—Un chico.

Y se volvió loco del todo. Besó frenéticamente á su adorada Anna, contempló embelesado á la criatura, abrazó al comadrón y entró precipitadamente en el cuarto de los Apóstoles.

Quedaba uno en pie, y era ¡oh asombro!

Santiago, patrón de Lugo, donde había nacido el *Vivazza*.

El pobre hombre sintió deshacerse toda su cólera; á la ira sucedió el arrepentimiento, los gritos se convirtieron en sollozos, las blasfemias en lágrimas; anegado en llanto, postróse ante la estatua de Santiago y exclamó con acento fervoroso:

—*¡San Giacomo, vi ringrazio! che siete il titolare della mia parrocchia in Lugo e ci avete aiutato anche di lá!* (¡Gracias, Santiago! Sois el patrón de mi parroquia de Lugo y nos habéis ayudado desde allí) (1).

Así nació Rossini en Pesaro, el 29 de Febrero de 1792, lo cual no obsta para que Lugo haya reclamado el honor de contar entre sus compatriotas al autor de *Guillermo Tell*.

Fúndanse para ello los lugueses en que la palabra patria viene de *pater* (padre), y en que, habiendo nacido en Lugo el padre de Rossini, la verdadera *patria* del hijo es Lugo, dejando á Pesaro la satisfacción de ser la *matria* del gran compositor.

(1) A. Azevedo. *G. Rossini: sa vie et ses œuvres*.

Rossini resolvió el problema con un *calembour* que dejó satisfechos á lugueses y pesareses.

—Soy—dijo—*il Cigno* (el cisne) de Pesaro y seré también, si no lleváis á mal, *il Cignale* (el jabalí) de Lugo.

Con lo cual quedaron desvanecidas todas las dudas.

.

Hablar extensamente del genio de Rossini, á propósito del Centenario de su nacimiento, sería caer de lleno en el lugar común.

“Obra effimera, nombre inmortal”, han dicho justamente Malherbe y Soubies, tratándose de los cambios radicales que en poco tiempo sufre el lenguaje musical.

Rossini ha sido el mejor crítico de sí mismo al afirmar que, de todas sus óperas, quedarían solamente los actos primero y segundo de *Guillermo Tell*, el último de *Otello* y todo *El barbero de Sevilla*.

Y, sin embargo, la inmensa labor que el maestro desprecia, al juzgarse tan severamente, representa el delirio rossiniano apoderado de Europa, el nombre de Rossini brillando sin

rival en todos los teatros, Italia sometida á sus antojos, Berton y Paer vencidos en París, Beethoven y Schubert derrotados en Viena, que había acogido con indiferencia glacial el *Don Giovanni* y con tibios aplausos *La flauta encantada*, en ese Viena ideal que algunos austrófilos nos presentan hoy como un falansterio de la música.

¿Dónde están *Tancredi* y *Zelmira*, *Cenerentola* y *La gazza ladra*, *L'italiana in Algeri*, *Il turco in Italia*, *La donna del lago*, *Maometto secondo*, *Matilde di Shabran* y otras creaciones del Vivazza de la ópera, de aquella portentosa organización musical que hipnotizó al mundo entero con el ingenio de sus melodías y el fuego graneado de sus vocalizaciones?

Los estragos que Rossini produjo en Madrid fueron memorables. Tres años después del estreno de *L'italiana in Algeri* (1813) llegó esta ópera al teatro del Príncipe; pero la revolución estalló, al mismo tiempo que en Viena, en 1821, con Adelaida Sala y la Dalmani-Naldi, con la Cortesi, la Tosi, la Albini, la Meric-Lalande y la Fabbrica, con Galli, Maggiorotti, Inchindi, Pasini y Montrésor.

Duró diez años, diez años de locura, diez años de insensatez, cuyas consecuencias pagamos todavía en el regio coliseo, y contra las cuales protestó enérgicamente Bretón de los Herreros en una admirable sátira.

Rossini estuvo en Madrid, acompañado del banquero Aguado.

Llegó en el Carnaval de 1831, y se hospedó en la fonda *de Genièys*, calle de la Reina, núm. 8. Su objeto, al venir á la corte de España, fué visitar á la señora Colbrand, cuñada del maestro. Rossini había contraído matrimonio en Bolonia, el 28 de Diciembre de 1821 con su incomparable intérprete Isabel Colbrand, de quien se había enamorado en 1815, en Nápoles, oyéndola en la parte de protagonista de la *Medea* de Mayer.

El autor de *El barbero de Sevilla* tuvo en Madrid un recibimiento regio: Fernando y Cristina lo agasajaron; el Infante D. Francisco cantó, acompañado por el maestro, el aria de Assur de *Semiramide*; la *high-life* le hizo objeto de todo linaje de atenciones; Mesonero Romanos le dedicó un soneto, cuyo segundo cuarteto dice así:

Vuela tu nombre, salva el Apenino,
 Traspasa el Alpe, cruza el Pirineo:
 Ni el ancho mar, ni el Atlas giganteo,
 Límite ofrecen al cantor divino.

Y el cantor divino, entre tanto, había escrito su *Stabat Mater*, por encargo del comisario de Cruzada Don Manuel Fernández Varela, y se lo había entregado *con cuatro piezas escritas por Tadolini*, recibiendo en cambio una sortija de valor de cinco ó seis mil francos, al decir de Azevedo, testigo de mayor excepción, puesto que estaba informado por el maestro en persona.



Dejemos al músico; dejemos al maravilloso cantor de Lindoro y de Rosina, de Fígaro, Bartolo y D. Basilio; dejemos al creador sin par de Arnoldo y de Guillermo Tell; cantemos con él el sublime *Nessun maggior dolore* del *Otello*, y busquemos al hijo del *Vivazza*.

Un pianista se presenta ante el inmenso guasón pesarés. Trae la sinfonía del *Guillermo*, *con variaciones*.

Ejécutala delante del maestro; los dedos del

artista corren sobre el piano como un río salido de madre.

Arpeggios, mordentes, trinos, escalas diatónicas y cromáticas caen sobre las melodías rossinianas, embadurnándolas fantásticamente.

Rossini escucha sin pestañear. El pianista ha terminado. Lleno de sudor, jadeante, epiléptico, pregunta á Rossini.

—¿Qué le ha parecido á usted, maestro?

Rossini no contesta.

—¿Verdad que es muy difícil?—se atreve á decir el pianista.

—Sí, señor; difícil, difícilísimo. ¡Lástima que no sea imposible!...

Muere Meyerbeer, y, á los quince días, un sobrino del autor de *Los Hugonotes* llama en casa de Rossini, y pregunta por él.

Recíbele Rossini, y el sobrino de Meyerbeer le entrega un voluminoso manuscrito.

—¿Qué es esto?

—Una marcha fúnebre que he compuesto para mi tío. Quisiera que la examinara usted.

—Déjemela usted y vuelva dentro de ocho días.

A los ocho días, el sobrino de Meyerbeer

se halla de nuevo ante Rossini, que le entrega en seguida el manuscrito y le dice solemnemente:

—Oh, joven! ¡Cuánto más hubiese valido que se hubiera muerto usted y su tío le hubiese compuesto la marcha fúnebre!

De estas anécdotas hay muchas; unas auténticas, apócrifas la mayor parte.

La que voy á contar ahora, para poner fin á este artículo, es exacta en todas sus partes. Azevedo la escuchó de los propios labios de Rossini, y pinta admirablemente al hijo del *Vivazza*.



Estamos en Venecia, en el Carnaval del año 1813, en vísperas del estreno de una ópera de Rossini titulada *I due Bruschini ó il figlio per azzardo*. (*Los dos Bruschini ó el hijo por casualidad*.)

Los grandes éxitos que el maestro había alcanzado en el teatro San Mosé habíanle proporcionado una escritura para el teatro de la Fenice, circunstancia que ignoraba el empresario del San Mosé, el *signor Cera*, porque Rossini llevó las negociaciones con el mayor

sigilo y se comprometió con el otro empresario á escribir la partitura de *Tancredi* mediante la retribución de *quinientos francos*.

A pesar del cuidado que tuvieron, tanto Rossini como el empresario de la Fenice, de que aquel contrato, hecho en secreto, no se divulgara, llegó la noticia á oídos de Cera, el empresario de San Mosé, quien se puso ébrio de furor al enterarse de la defección del maestro.

Juró vengarse: fué á ver á Rossini, y después de ponerle como un trapo, le dijo:

—¡Traidor, infame! Te marchas al teatro de mi rival, pero vas á acordarte de mí mientras vivas. Te voy á dar un libreto detestable, y voy á hacer que silben horrorosamente tu música. Tienes que escribirme una ópera para Carnaval. Si te la silban, irás al otro teatro bajo el peso de esa deshonra. Esa será mi venganza. Con que prepárate á recibir el libreto más malo que haya en la lengua del Dante.

Rossini no se desconcertó. Comenzó por tratar de persuadir á Cera, diciéndole que los compositores eran dueños de aceptar los contratos que más les convinieran, del mismo modo que los empresarios podían escriturar á los

maestros que favoreciesen más los intereses de las empresas.

Cera contestó insistiendo en sus amenazas; visto lo cual, Rossini, sin inmutarse, puso término á la conversación con estas palabras:

—¿Con que me vas á dar un mal libreto? Pues bien: si el libreto es malo, la música será peor.

Y concluyó la entrevista.

El día del estreno de *I due Bruschini ó il figlio per azzardo*, una multitud enorme asediaba las puertas del teatro San Mosé dos horas antes de su apertura, y tenía que esperar otras dos, dentro del teatro, antes de que diera comienzo la función.

Empezó la overtura, y con ella las risas de una parte del público y la indignación de la otra. Rossini había introducido en esa overtura una nueva sonoridad, producida por los arcos de los segundos violines, que golpeaban fuertemente las pantallas de hoja de lata de los atriles, en los tiempos débiles del compás.

Levantóse la cortina y apareció en todo su esplendor la increíble farsa inventada por Rossini.

El maestro había tratado la expresión al revés: la ternura del libro se convertía en la furia de la música y viceversa; las palabras más tristes estaban subrayadas por una música retozona, y los conceptos más alegres se destacaban sobre una fúnebre melodía.

La soprano cantaba siempre en lo grave, el bajo en lo agudo; el artista que poseía una voz de caña rota tenía su papel lleno de *floriture*, y, para la voz imposible de Raffanelli, Rossini había escrito los cantos más dulces, más exquisitos, más elegantes, teniendo cuidado, además, de que le acompañase siempre el cuarteto en *pizzicato* para que resaltase más la guasa.

La ópera no tenía más que un acto, y el público no hacía sino indignarse, reirse ó silbar desde que se había levantado el telón, cuando la escena última vino á coronar dignamente aquella burla aristofanesca.

Era la pieza final un concertante que empezaba con estas palabras: *Padre mio, son pen-tito*. (Padre mío, estoy arrepentido).

Rossini había dispuesto las voces de modo que entraran unas tras otras cortando una sílaba del modo siguiente: la tiple decía: *Padre*

mio, son pentito; la mezzo soprano respondía: *Dre mio son pentito*; seguía el tenor: *Mio son pentito*; después el barítono: *Son pentito*; luego el bajo: *Pentito*, y terminaban la tiple, mezzo soprano, tenor, barítono, bajo y coro general gritando á voz en cuello: ¡*Tito, tito, tito, tito, titooooo!*

Calcúlese el efecto. Todo el público, riendo á carcajadas, tomó parte en el concertante, y durante un cuarto de hora no se oyeron en el teatro más que las exclamaciones de artistas y espectadores aullando ¡*Tito, tito, tito, tito, titooooo!*

Por una ironía del destino, el primer Centenario del hijo del *Virazza* cae en lunes de Carnaval.

23 de Febrero de 1892.





LUIS CARRIL

DOS FECHAS

I

2 DE DICIEMBRE DE 1890

Los montes cubiertos de nieve, el Cantábrico agitado por las olas, frío horrible y mar de fondo.

Allá, en Ondárroa, el escenario de la inmensa lucha: dos provincias cara á cara, como fieras que se aprestan á devorarse; Bilbao contra San Sebastián, Vizcaya contra Guipúzcoa, amenazándose, insultándose; Virginia y Gervasia en el lavadero del *Assommoir*.

Ondárroa había vencido á Pasajes, y recibía como premio una bandera, en la cual leíase:

“A los invencibles del Cantábrico.”

¿Pasajes el Cantábrico? ¿Pasajes representando la fuerza, la destreza, la honra marina desde Machichaco á Higer?

¿Y San Sebastián? ¿Se pasaba una esponja sobre la capital de Guipúzcoa?

Los vencedores de los *pasaitarras*, bueno, pero ¿los invencibles del Cantábrico, los amos de todo el litoral? ¿Por qué?

De ahí surgió el reto, de ahí sobrevino la batalla, de ahí nació la regata inolvidable que arrancó al héroe de la oscuridad.

Era (¡era!) pequeño, enjuto, mal trazado, con cara de ictericia, en la cual se reflejaba el verde pálido del mar, con ojos claros y tristes, pescador empedernido que vivía en el barrio de la Jarana, entre el hedor de la *raba* y el *detritus* del pescado, en aquel rincón naturalista donde se ve á los Tremontorios y Muergos de San Sebastián, y las mujeres chillan, riñen y se tiran del moño, y sus disputas resuenan en el muelle como histérica carcajada.

Vegetaba allí, solitario y reumático, allí descansaba de las tareas del mar, en aquel trozo de mar en seco lleno de algas humanas que le tenía siempre en contacto con la gran traidor-

De allí salió para la victoria en un día frío y oscuro.

De allí salió para la muerte en un día claro y hermoso...

Se hizo la señal convenida y la lancha dió un salto de pantera que le colocó inmediatamente fuera del alcance de su rival.

Hundíanse los remos en la mar con monótono ritmo; movíanse los cuerpos adelante y atrás metódicamente, matemáticamente, con cadencia de autómatas; crugían los estrobos, rechinaban los toletes, y el branque airoso de la trainera embestía á las olas cabeceando á compás, cortando las crestas, derecha, sin una desviación, sin una guiñada, con el chapoteo de la proa que levantaba el agua por las amuras como doble surtidor.

Y á popa iba él, alidada humana, fija la vista en las valizas de la meta, y empuñando el remo, listo á singar si precisaba ayuda, encorvado, trepidante, hipnotizando con la vista á sus esforzados remeros, en aquella estropada colosal que representaba la honra de la casa, la dignidad de la provincia, el dinero, los muebles, las lanchas, las ropas, el amor propio, la des-

treza, la energía, el valor, el cuerpo y el alma empeñados en la gran lucha, cuyo resultado esperaba España entera con inmensa ansiedad...

Cuando la trainera entró en el muelle, una aclamación delirante, un alarido, hizo temblar al barrio de la Jarana.

Todo San Sebastián estaba allí, ébrio de júbilo. Los hombres se abrazaban, lloraban y bailaban las mujeres, los cohetes hendían el espacio, y en aquel espantoso remolino, en aquel sublime desbordamiento del entusiasmo regional, él tan pequeño, él tan modesto, encarnó la honra, la grandeza, la gloria de toda la provincia.

Lo llevaron en triunfo, fué el ídolo del pueblo; le ofrecieron banquetes, le dieron serenatas, lo retrataron, le dedicaron versos; su nombre fué una bandera, su victoria una apo-teosis.

Se dejó llevar como un maniquí, siempre serio, siempre mudo, encerrado en una ingénita reserva, y, á la primera ocasión favorable, el gran nostálgico del Océano huyó de la popularidad como de un escándalo odioso, volvió á encerrarse en el muelle, en el oasis del

barrio de la Jarana, y emprendió de nuevo la vida del Cantábrico, gozó con delicia el mutismo de la mar.

II

19 DE OCTUBRE DE 1892.

Los montes, cubiertos de sol; el Cantábrico, durmiendo: día hermoso y mar bellísima.

A diez millas de la costa, el escenario del horrible drama: trece hombres flotando sobre las olas, una lancha quilla al sol; y de aquel racimo humano, granos que se desprenden poco á poco, como fruta demasiado madura, y desaparecen en las fauces del Gran Traidor.

El exceso de confianza, un descuido lamentable, quizá la escota mordida en vez de estar sobrevuelta, una racha de viento que da un soplo á la mayor enorme y apaga la trainera como quien apaga una luz.

Drama estúpido, prosáica catástrofe que se desarrolla bajo el cielo azul y el sol resplandeciente, en la superficie de una mar indigna por su belleza de servir de tumba á aquellos valientes.

La han domeñado en las tremendas borascas, se han burlado de sus olas, han desafiado y vencido al vendaval, se han lavado las manos con el espumoso jabón de las rompientes.

Y ahora caen tontamente, como principiantes, en un hermoso día de la otoñada, iluminados por el sol, acariciados por la brisa, en un ambiente templado, en la soberana quietud de la onda, espléndida marina que sirve de marco á una tragedia inverosímil.

Pérfida como la onda, ha dicho Shakspeare. Pérfida, en efecto; el colmo de la perfidia: reirse de los mordiscos de la onda y sucumbir á sus besos.

Así ha muerto el héroe, de muerte femenina, en brazos de Loreley, acariciado por la sirena que, desde las márgenes del Rhin, se trasladó al Cantábrico aquel día y produjo la catástrofe.

Así cayeron con él ocho compañeros. Salváronse cuatro, que no han podido relatar el drama.

Lo ignoran todo en el aturdimiento brutal de lo imprevisto. Estuvieron tres horas for-

mando un haz, asombrados, entontecidos por la horrible pesadilla.

Ante su vista se desarrollaba el estupendo panorama del mar. Las demás traineras pescaban tranquilamente, navegaban á un largo, empujadas suavemente por el viento, inundadas de sol, sesteando en la inmensa superficie.

Y ellos estaban allí, sosteniéndose en el agua, náufragos ignorados que esperaban la muerte como irrisión del destino.

Flotaron durante tres horas, la agonía les dejó espacio suficiente para despedirse unos de otros, recordaron á sus padres, á sus madres, á sus esposas, á sus hijos, la última hora fué apoderándose de ellos pedazo á pedazo, miembro á miembro, y sumergiéronse dulcemente con el corazón helado, puesto en el hogar doméstico, con los ojos vidriosos mirando al cielo, puestos en Dios.

La lancha que recogió á los supervivientes condujo al puerto aquellas cuatro pavesas del drama. Y llegó vacía porque dejaba allá, en la profundidad insondable, los cuerpos de nueve hombres y las almas de diecinueve huérfanos.

El cadáver del héroe no ha parecido. ¡Qué no parezca! ¡Que no se le vea hinchado y amoratado, roído por los cangrejos, despedazado por los peces!

Conservemos su imagen viva, huyamos de la máscara repugnante de la muerte.

La tumba del Océano engrandece el final pequeño del vencedor de Ondárroa. Que quede en esa tumba, que descanse en la mar, ya que tanto la amaba.

La caridad bate sus alas sobre las viudas y los huérfanos. Bilbao y Ondárroa, los vencidos, han acudido con mano pródiga al socorro de las víctimas, elevándose noblemente á la categoría de vencedores, curando con lágrimas las heridas de la lucha.

Dios hará lo demás. En la inmensidad del mar está más cerca de ellos que de nosotros, los conoce, los trata y los quiere más que á nosotros, y los habrá acogido amorosamente en el seno de su misericordia y de su bondad.





EL BEBE

I

¡Pobre criatura! Conservo todavía vivo el recuerdo de una escena que me conmovió profundamente, hace un año, en casa de *Frascuelo*.

Era el día de aquella corrida organizada por la Sociedad *El Gran Pensamiento*, corrida que hizo célebre Salvador con la cornada que sufrió del toro *Peluquero*, de D. Antonio Hernández.

Acababan de traer á *Frascuelo* á su casa en una camilla, lo habían desnudado, lo habían metido con grandes precauciones en la cama. Reinaba en el domicilio del célebre matador esa angustia indefinible, silenciosa, atroz, que precede, en tales casos, al examen cuidadoso

y definitivo de las lesiones, al diagnóstico de la herida.

Todos andaban de puntillas, entraban como sombras en la alcoba del enfermo, salían de la estancia con ojos caídos, triste el semblante.

Y nos hablábamos unos á otros al oído, como conspiradores, vigilando y tratando de consolar á la esposa y á los hijos del torero, ahogando los suspiros que salían de aquellas almas atribuladas, temerosos de que llegasen hasta el cuarto del herido y vulnerasen la fortaleza de su ánimo admirable.

De pronto entraron en la sala el *Ostión*, *Pulguita*, Saturnino Frutos y el *Bebe*, los banderilleros de Salvador.

Venían de la plaza, vestidos de toreros, con los capotes de paseo colgados del hombro; y en aquella penumbra del anochecer, que envolvía la casa en un vacío fúnebre, brillaban las luces de las chaquetillas con tenues reflejos, con pululamientos sombríos, que recrudecían la memoria de la catástrofe y saturaban de sus últimos ecos la estancia.

Los cinco penetraron apresuradamente en

la alcoba del herido. Yo entré con ellos y presencié la escena.

Salvador, conservando esa entereza inverosímil que admira y asusta al propio tiempo, hablaba tranquilamente, comentaba su cogida, eximiendo al toro de responsabilidad, achacándosela toda á sí mismo.

Los banderilleros escuchaban silenciosos, no se atrevían á despegar los labios, temiendo cometer una imprudencia. Conocían al matador, y sabían á qué atenerse sobre aquella tranquilidad fingida.

Despidiéronse *Ostión*, *Pulga* y *Saturnino*, y quedó solo el *Bebe*. Vestía traje azul celeste y oro; una luz encendida en el gabinete contiguo bañaba á la alcoba de una semioscuridad angustiosa y triste.

La cabeza de Salvador se destacaba como una mancha de tinta sobre las almohadas de la cama, cuya blancura adquiría tonos crudos de marmolillo y hacía resaltar aquella cara pequeña y negra, donde el sufrimiento comenzaba á dejar una huella imponente.

Los reflejos de la lámpara se quebraban en la espalda del *Bebe*; las hombreras de oro de

la chaquetilla despedían de vez en cuando rayos opacos, fosforescentes, un cosquilleo de fuego fátuo, que iluminaba la alcoba con violáceos fulgores.

Mudo é inmóvil, caídos los brazos que sostenían el capote de paseo, cuyos vuelos besaban la alfombra, el *Bebe* contemplaba á Salvador sin un gesto, sin un movimiento, sin una palabra.

Los ojos del muchacho estaban fijos en los del matador con expresión tierna y dolorosa: había en ellos una angustia indefinible, algo de filial, que en aquel silencio de tumba, únicamente cortado por la respiración trabajosa del herido, apenaba y conmovía.

Ambos habían ido juntos á la corrida, contentos, gozosos, ansiando el aplauso del público, enardecidos previamente por la atmósfera de la lucha, maestro el uno y avezado á las cruentas peripecias, en el pináculo de su gloria, con el corazón lleno de esperanzas y el cuerpo acribillado de cicatrices; principiante el otro, joven, casi niño, elevado de pronto, como una revelación sobre el pavés de la fama, proclamado heredero presunto de las dotes de

su maestro y en posesión de un nombre prematuro que el irreflexivo entusiasmo meridional acrecentaba de día en día.

Y volvían los dos, el uno por su pie, el otro en una camilla, con dos ó tres costillas rotas y el cuerpo agujereado por una cornada feroz.

El herido, el que yacía tendido en la cama, soportando el dolor y esperando á la fiebre, carne de médico, que reclamaba á toda prisa las pócimas y el bisturí, era el maestro, el viejo.

El otro, el que le contemplaba con solicitud ansiosa, vibrando de agitación y roído por la pena, era el joven, el discípulo.

Ante aquel enfermo, tendido en el lecho y rodeado de silencio y de oscuridad, y el joven de la brillante vestidura que lo contemplaba apenado, surgía un mundo de pensamientos, la lidia de reses bravas, la vida pendiente de un hilo, la catástrofe rápida, fatal, inevitable, la imprevisión mortal, la claridad ardiente de sol, que deslumbra y ciega, la penumbra de la enfermería, que hiela y abate, un hombre convertido en cosa en un instante, en un segundo; un rayo que aniquila la existencia de un sér,

las aclamaciones de un público, las esperanzas de una familia.

El *Bebe* estuvo gran rato mirando á Salvador sin pronunciar una palabra. El zagalón casi impúber, con su fisonomía fina y tierna, cuya sonrosada carnación mostraba los hervores de una juventud en toda su eflorescencia de sangre y de vida, se fijó en *Frascuelo*, se fijó en aquel rostro curtido y negro, surcado de arrugas, tendido allí en la almohada, en una inmovilidad de piedra.

Y acariciando más que apretando, la mano derecha del herido, que descansaba sobre la colcha, salió de la alcoba cojeando.

Cuando volvió á la sala, los ojos del *Bebe* estaban húmedos, una emoción violentísima se pintaba en su semblante.

Vimos entonces que andaba con sumo trabajo, y recordamos que, en aquella tarde fatal, también el *Bebe* había sufrido una cogida.

Un toro lo había alcanzado, lo había arrojado al aire, lo había pisoteado, lo había machacado, lo había llenado de contusiones.

Al ver las lágrimas del muchacho y fijarnos en los sufrimientos físicos que su entereza

debía disimular, nos dirigimos todos á él, aconsejándole que se acostara en cuanto llegase á su domicilio.

El *Bebe* no contestó, se despidió con un ademán y desapareció, andando trabajosamente.

A la media hora le vimos aparecer de nuevo en la sala vestido de *paisano* y arrastrando una pierna.

Dió las buenas noches, se metió en la alcoba de Salvador y pasó toda la noche al lado del herido.

II

Rafael Sánchez, el *Bebe*, se reveló torero en la Plaza de Madrid, inopinadamente; nadie le conocía, era un niño, una criatura, virgen de todo reclamo. Pisar la arena y recogerlo Salvador é incorporarlo á su cuadrilla, fué todo uno.

¿A qué obedeció este rápido ascenso? ¿Qué vió *Frascuelo* en el *Bebe* para extenderle la mano tan de pronto y ahorrarle todas las vicisitudes y fatigas del aprendizaje?

Aquella inesperada protección nació al ca-

lor de unos momentos que pueden llamarse de paternidades taurinas.

Lagartijo acababa de dar la alternativa á Rafael Guerra, lanzando de lleno al joven matador en un camino que el gran torero cordobés había desbrozado previamente.

El público juzgaba á *Guerrita* como único heredero del arte de *Lagartijo*, y veía en él al continuador de los triunfos alcanzados por el maestro de Córdoba, al representante genuino de su toreo, al idealizador futuro de su escuela.

La alternativa de *Guerrita* representaba el testamento taurómico de *Lagartijo*, una filiación de maestros. Rafael Molina, en el ocaso de su carrera, renacía en aquel á quien llamaban su discípulo, y podía retirarse mañana, seguro de que las glorias futuras del joven traerían á la memoria del público las pasadas hazañas del viejo y envolverían á los dos nombres en aclamación común.

El destino condenó á *Frascuelo* á una lucha con *Lagartijo* constante y tenaz: una lucha que cesará con la muerte de uno de los rivales, inevitable y fatal contienda que veinte

años han dulcificado en la forma y mantenido viva y rencorosa en el fondo.

Lagartijo tenía un hijo en el toreo: era necesario que *Frascuelo* lo tuviese también, y quiso tenerlo en el *Bebe*. Vió á un niño valiente, cordobés por añadidura, y lo prohijó desde luego.

La circunstancia de ser el *Bebe* paisano de *Lagartijo* y de *Guerrita*, de haber nacido en una ciudad cuyo nombre representa hoy un arte nuevo, principios reñidos en absoluto con el temperamento y con la historia de Salvador, presentaba á éste ocasión inesperada de dirigir al *Bebe* por una senda original, encarnando en el joven torero los principios de una escuela ecléctica, en la cual se fusionaran la seriedad del matador de toros y la animación, la variedad y la elegancia del lidiador en la brega, algo que fuese la variedad una y la unidad varia de la armonía taurina, Churriana y Córdoba formando cuerpo común, *Lagartijo* y *Frascuelo* en una pieza.

El ideal era atractivo; aquella lucha en perspectiva que dejaba en la arena á dos toreros continuadores de los antagonismos del ar-

te moderno, representados por Rafael y Salvador; aquella competencia de una segunda generación decidida y valiente debió estimular los deseos de *Frascuelo* y espolear su interés hacia el *Bebe*, que revelaba aptitudes excepcionales para contender con *Guerrita*.

El *Bebe* era arrojado hasta el exceso, valiente hasta la temeridad, y era además un niño. Rossini decía que para cantar se necesitan tres cosas: voz, voz y voz. Glosando la frase célebre del autor de *El barbero de Sevilla*, puede decirse que para torear se necesitan tres cosas: valor, valor y valor. De lo demás se encargan la práctica y los buenos modelos.

El *Bebe* entró en la cuadrilla de *Frascuelo*, y empezó muy pronto á estoquear toros, alternando con su matador. Bastó esto para que el público adjudicase desde luego al joven torero cordobés el título de hijo adoptivo de *Frascuelo*, y tomase cuerpo y adquiriese los caracteres de cosa fuera de toda discusión la idea de que el *Bebe* era lidiador elegido por *Frascuelo* para sucederle en la plaza y recoger la herencia, juzgada intrasmisible hasta entonces, del matador de toros.

En verdad que la conducta que observaba Salvador con aquel muchacho daba margen á creerlo á cierra ojos.

Severo, autócrata, inaguantable en la arena con su cuadrilla, *Frascuero*, que chillaba á todos y tenía á todos en un puño, rebelándose contra el mismo Pablo Herráiz, á quien quería entrañablemente, pero cuyos consejos desoía veinte veces delante de los toros; *Frascuero*, el jefe de la cuadrilla, nervioso y descompuesto, ante el cual se movían sus peones con timideces de principiante, siempre en vilo, siempre temerosos, no sabiendo nunca cómo acertar con aquel hombre en constante desequilibrio, que gritaba é imprecaba, y enmendaba y reñía á éste y al otro, sin ton ni son; *Frascuero*, en fin, que era, en cuanto pisaba la plaza, una especie de ogro para toda su gente, sufrió transformación completa en cuanto incorporó al *Bebe* á su cuadrilla.

Mientras veteranos como el *Ostión* y *Pulguita* pisaban la arena como quien pisa huevos y acechaban siempre al matador y toreaban en una constante zozobra, desconfiando de dar exacto cumplimiento á las órdenes de aquel

jefe intolerable, el niño cordobés tenía letra abierta para hacer cuanto se le antojase, bullía y danzaba ante los toros, se movía en la plaza como en terreno conquistado, ostentando los atrevimientos que más violentaban á Salvador, haciendo alarde de temeridades y jugueteos incompatibles con la seriedad del toreo clásico que *Frascuelo* representaba y había preconizado siempre.

Y el hombre de hierro, el torero incapaz de consentir á otros el menor desliz; el que se revolvía contra Pablo y había hecho sentir su yugo á Angel Pastor y Valentín, al *Ostión* y á *Pulguita*, abría la mano á los escarceos del *Bebe*, tenía para el chico debilidades de padrazo, y, lejos de vituperar sus libertades y atajarlas á tiempo, las contemplaba con ojos húmedos y cara risueña, atontado, embelesado, estático, cayéndosele la baba.

En casa de *Frascuelo* el *Bebe* era confidente íntimo de las hijas de Salvador. El niño iba á buscar á las niñas, y charlaba con ellas, y les contaba cuentos, y buscaba chistes, y recuerdo perfectamente que las carcajadas de aquel revoltoso grupo sonaban alegremente, llenaban

la sala de buen humor y llegaban como música juguetona hasta la alcoba del enfermo, durante la convalecencia.

III

"*Bebe* cornada grande., Así decía el parte de *Frascuelo* que me leyeron en San Sebastián á principios de Agosto.

¡Cornada grande! Se necesita conocer á Salvador Sánchez para comprender los tristes augurios que hicimos todos, desde luego, sobre las consecuencias de aquella cogida.

Frascuelo es hombre que llama puntazos á casi todas las heridas de cuerno; para que la lesión adquiriera á sus ojos caracteres de cornada es preciso que el asta haya penetrado mucho y causado grandes estragos. He recibido más de un parte del matador calificando de puntazos verdaderas cornadas que le han inferido los toros con dolorosa frecuencia.

Al hablar de la cogida del *Bebe* no se había contentado con decir "cornada., lo cual hubiera ya indicado gravedad, sino que apelaba al adjetivo "grande., para pintar de lleno lo tremendo de la herida.

Sus fatales resultados debían corroborar muy pronto aquel inusitado diagnóstico y las consecuencias que nosotros preveíamos.

La catástrofe sucedió en Cartagena, en Agosto último, al dar el *Bebe* el quiebro de rodillas. El desdichado se había encariñado de esa suerte, tenía por ella una chifladura, según la expresión de uno de sus compañeros.

Ya en Valencia, en las corridas de feria, la ejecutó una vez; tocóle el toro, y salió ileso por milagro. Era un aviso que no debió haber desoído el *Bebe*; pero la fatalidad se interpuso y le condenó á morir en aquella atracción irresistible que el quiebro de rodillas ejercía sobre el muchacho.

Quiso repetir la suerte en Cartagena: se hincó de rodillas, acudió el toro con gran bravura, se hizo un lío el infortunado torero y, en vez de mostrar la salida á la res, le enseñó el sitio donde debía cornear, le convidó materialmente á la cogida.

—Yo me iba á los estoques—decía Salvador—á cambiar un capote de brega, corto, por otro más largo. No sabía que el *Bebe* iba á dar el quiebro, no le ví arrodillarse. Oí un grito, y

cuando volví la cabeza el chico estaba en el aire.

Y se acabó. Un cuerpo inerte que llevan á la enfermería; un agujero espantoso en el muslo izquierdo, por donde la sangre mana á torrentes; la aplicación del torniquete en la herida para contener una hemorragia mortal.

Después un vendaje funesto; luego manchas violáceas en el pie y pierna, el frío, la falta de circulación, todos los batidores de la gangrena; últimamente la amputación.

De aquella lozanísima juventud de veinte años, de todas las esperanzas, de todos los halagos acumulados en el camino de una carrera que se abría á la vida espléndidamente, no quedaba más que un torero muerto en flor, un inválido prematuro, los despojos de un infeliz que las terribles luchas taurinas arrojaban violentamente á la fosa común de la existencia.

Hic Bebe fuit. El niño volvía á su casa con una pierna menos, pero seguía formando parte de la familia. ¿Quién sabe? Entre el lisiado perpetuo, condenado ya á la vida sedentaria, y el sér nómada, siempre fuera del hogar; entre el hijo que se tiene constantemente al lado

y el que corre el mundo, expuesto á morir á cada instante, cabe suponer la duda en el alma de una madre.

Por un lado la pierna artificial, la quietud forzosa y la calma por lo tanto, calma dolorosa, es cierto, pero calma al fin, tranquilidad y reposo tristemente asegurados.

Por otro lado el movimiento, la animación, la vida, pero acompañados de la zozobra diaria, de la ansiedad de todos los momentos, un estado de excitación, de angustia, que enerva y consume lentamente.

Colocad á una madre en ese terrible dualismo, y decidme si optará por el torero, á quien ve de tarde en tarde, llena de supersticiones y de terror, ó por el hijo inválido, que puede estrechar contra su corazón en el medio ambiente normal del hogar doméstico...

Frascuelo, en cambio, el padre taurino, lo había perdido todo. La fatalidad se había interpuesto de nuevo en el camino del valiente matador y había deshecho en un minuto todos sus proyectos, todas sus aspiraciones.

Ya no más lucha. *Guerrita*, cada vez más diestro, más aplaudido cada vez, seguía su ca-

rrera, sembrada de flores, entre las ovaciones de todos los públicos de España y la solicitud cariñosa y el amor propio satisfecho del gran Rafael.

Lagartijo era para su discípulo un *porte bonheur*, un amuleto: la fortuna inmensa que ha acompañado siempre al maestro cordobés vela hoy amorosamente por el porvenir de su sucesor.

Lagartijo resucitará en *Guerrita*; la herencia se ha transmitido; la filiación es un hecho.

Frascuero no resucitará en nadie; la suerte, siempre favorable para su rival, siempre para él adversa, le ha castigado nuevamente destruyendo, con la desaparición del niño cordobés, los gérmenes de toda esperanza.

Y quedará solo Salvador, completamente solo, incopiable, refractario á la asimilación, columna aislada de la tauromaquia moderna, donde la verdad en el arte de matar reses bravas habrá tenido su último refugio.

IV

El domingo (1) se verificará en la Plaza de Toros de Madrid la corrida extraordinaria á beneficio del *Bebe*.

Se han reunido *Lagartijo*, *Frascuero* y *Guerrita*; han hablado dos minutos, y el porvenir del infeliz banderillero quedará quizá asegurado para siempre. Con el objeto de crearle una renta exponen todos sus vidas, y lo hacen sin vanos alardes, sencillamente, con desprendimiento sublime, lo mismo Rafael y Salvador, en vísperas de retirarse, llenos de cicatrices y de arrugas, que *Guerrita*, animoso y fresco, en los albores de una carrera brillantísima.

Ellos representan lo pasado y lo presente, son la atracción suprema del aficionado de ayer y de hoy, los postreros destellos del toreo que se va y la luminosa revelación de un arte que se acerca.

Han querido acumular todos los elementos de atracción para el público; han querido gal-

(1) 11 de Noviembre de 1888.

vanizar el cadáver de la afición, y lo han conseguido, dando caracteres de grandeza épica al *sic vos, non vobis* de Virgilio.

Frascuero, divorciado de la Plaza de Madrid desde hace un año, inútil para torear desde hace tres meses, vuelve al circo cortesano para coadyuvar á la obra caritativa. Ya que el destino le arrebató para siempre al torero de su predilección, de quien quería hacer carne de su carne y sangre de su sangre, se presentará en la arena, será el acontecimiento de la tarde y su presencia llevará al pobre lisiado parte de la fortuna con que habrá de vivir en lo porvenir.

Lagartijo y *Guerrita* trabajarán por el corrobés, por el paisano, que, al morir para la lidia, parece cercenar glorias futuras á la ciudad morisca que ellos han rodeado de nueva inmortalidad.

Frascuero trabajará por su discípulo malogrado, por el diestro naciente, en quien había puesto todas sus esperanzas, por aquel á quien le unieron un día lazos de consaguinidad torera que una cornada brutal ha roto para siempre.

Y los tres, los dos viejos y el joven, con sus

cuadrillas de picadores y peones, bregarán sin descanso, rozarán con sus cuerpos las astas de los toros, se expondrán á las fatales contingencias de la lidia, vivirán durante tres horas á dos pasos de la muerte y la desafiarán gozosos para traer algún consuelo al pobre inválido, para enjugar las lágrimas de toda una familia.

Y dejando en el regazo materno la cantidad que ha de mitigar las amarguras del chico, se retirarán satisfechos de la arena, hasta que la voz de la caridad les llame á ella de nuevo para sacar de la miseria á algún infeliz.

Sí; los detractores de las corridas de toros podrán decir cuanto se les antoje; pero la caridad inagotable del terreno, ese sacrificio de su vida en pro de la de un semejante desgraciado, cae como una redención sobre la fiesta y la purifica de toda su barbarie.

Nosotros literatos, nosotros artistas, deberíamos mirarnos en ese espejo: Representamos la ilustración, hacemos alarde de vivir en niveles superiores, somos fraternidad, progreso, luz.

Y dentro de nosotros palpitan la envidia,

el despecho, el rencor, las malas pasiones. Dicen por ahí que la venalidad nos enriquece, y morimos todos sin una peseta. Entre nosotros la calumnia es ley, la murmuración necesidad y dogma la ignorancia.

Si se inutiliza alguien le pagamos con un sueldo, con un artículo, recoge otro la herencia, y si el Gobierno no hace la limosna de un destino, el inutilizado va por ahí dando sablazos.

Tenemos sociedades que nos entierran con coronas, discursos y música, y, como Piron proclamando á Voltaire el primer hombre del mundo después de muerto, necesitamos auscultar al difunto y convencernos de que su corazón no late ya para entonar en su loor la marcha Real del genio.

Los toreros son gente inculta, representan el retroceso, la barbarie, mundo *interlope* que pulula en la ignorancia, en la grosería, en la oscuridad.

No tienen sociedades de socorros mutuos, carecen de todos esos elementos de brillo ficticio en los cuales se utiliza como reclamo hasta el dolor, como ha sucedido recientemente con la muerte de Rafael Calvo.

Pero aislados como viven, y aparte de nosotros, les basta reunirse un instante para arrancar de la miseria á un compañero. No necesitan nombrar comisiones, no les hace falta discutir ni discursar; separan la paja y van derechos al grano. Y en ese modo expeditivo, brutal, si se quiere, de ejercer la caridad, hay un sentimiento purísimo, algo que convierte la abnegación en deber y despoja al sacrificio de toda exterioridad.

Desde este punto de vista, la corrida que se verificará el domingo en la Plaza de Toros de Madrid es un espectáculo bellísimo, admirable, conmovedor, reproducción de la celebrada el 31 de Octubre de 1869 á beneficio de Antonio Sánchez, *el Tato*.

Lagartijo, Frascuelo y Guerrita son en esa corrida más que toreros, representan algo que está por encima de los trajes de luces, del capote de brega, de la muleta y del estoque: representan la nobleza del alma, la caballerosidad del hombre, el dolor y el cariño del compañero.

Dejan al *Bebe* inolvidable legado, que la gratitud del hijo y las lágrimas de la madre harán prosperar seguramente. Esa gratitud y

esas lágrimas valen más, mucho más que las ovaciones del público.

¡Ojalá les preserven de toda desgracia en los rudos trances del oficio, y les acompañen y sostengan siempre como una esperanza, como una bendición!

9 Noviembre 1888.





LA INFANTA ISABEL

I

El otro día me dijo Mancinelli:

—¿Sabe Ud. que mañana voy á Palacio?

—¿De veras?

—Sí; la Infanta Isabel me ha manifestado deseos de conocer mi oratorio *Isaías*, y voy allá con el objeto de complacerla.

—¿Quiere Ud. hacerme el favor de presentar mis respetos á S. A.?

—Con mucho gusto.

Dos días después pregunté al maestro:

—¿Qué tal la audición de *Isaías*?

—Muy bien. La Infanta se ha mostrado muy complacida y juzgado mi obra con la amabilidad que caracteriza á S. A.

—Sea enhorabuena.

—El miércoles vamos á Palacio.

—¿Vamos? ¿Con quién va Ud?

—Con Ud.

—¿Conmigo?

—Ni más ni menos. Cumpliendo el encargo de Ud., presenté sus respetos á la Infanta y me dijo que nos espera el miércoles, á las cinco de la tarde, para volver á oír *Isaías* y charlar de música un rato.

El miércoles por la mañana, gran discusión en mi domicilio. El elemento femenino, emocionado y revuelto, daba su opinión, jamás unánime, sobre el formulario del perfecto cortesano.

Un maremagnum de juicios, un lío de opiniones. Se pusieron á discusión la levita y el frac, y comenzó la gresca.

Había quien, sustentando en toda su integridad las tradiciones antiguas, aconsejaba el uso de una *toilette* de rigurosa etiqueta, invocando los nombres de Escóiquiz, D. Martín de los Heros y el General Castaños.

De la intransigencia clásica se llegó á los temperamentos medios, y, como siempre, aca-

bó la discusión por no entenderse nadie y por marcharme yo, todo confuso y atribulado, á ver á Mancinelli para que me sacase de dudas.

El asunto era sencillísimo: con *atemperar* yo mi *toilette* á la del maestro quedaba todo arreglado. Hízose así, nos endosamos sendas levitas, nos calzamos guantes de medio color, y á las cinco menos cuarto pusimos la proa, con todo el aparejo, hacia el Palacio de Oriente.

Poco tiempo después guiñamos, orzamos y viramos por escaleras, pasillos, alabarderos y ugieres, y después de capear un rato en vastísima antecámara, donde dejamos la impedimenta, llegamos á la bahía y dimos fondo.

Era una pequeña habitación rectangular, templada, sencilla y simpática, que quitaba en el acto toda idea de ostentación, y le envolvía á uno en tibia atmósfera de confianza, casi de intimidad.

Las paredes, las butacas y el sofá estaban cubiertos de magníficos tapices. Fuera de eso, una consola, un reloj de sobremesa, estilo Luis XV, un piano vertical de la casa Stenway un pequeño estante con partituras encuader-

nadas y piezas sueltas. Y en medio de la estancia una copa con lumbre.

Evocando las suntuosidades del regio Alcázar, suntuosidades que la imaginación de un simple burgués agranda considerablemente, aquella reducida habitación adquirió para mí carácter de oasis delicioso, perdido entre las grandezas que á mi vista se ocultaban, y destinado á olvidar, en la nota íntima y comunicativa del arte, el vertiginoso vaivén político y mundano de la vida palaciega.

Había en aquel ambiente esa sensación indefinible que comunican el mobiliario, los adornos, el gusto, la confección, por decirlo así, de una estancia. Se sentía uno en Palacio por la riqueza de los tapices, por la dilatada planicie de Caballerizas que se extendía rígida y triste á los pies del balcón, destacando su color gris mate á los últimos reflejos del crepúsculo helado; pero la vista del piano y de las partituras, lo reducido del espacio, la sencillez y modestia de los muebles, traían á la mente un bienestar doméstico, la holgura y la expansión de una persona bien educada que está en su casa, en lo suyo y con los suyos.

En este ambiente no impone la etiqueta, porque la misma libertad que se respira da elasticidad al espíritu y le hace á uno dueño absoluto de su discreción; así es que á los pocos momentos, yo, negación del cortesano, me encontraba allí completamente á mis anchas.

Un ugiér llegó, abrió el piano, encendió las bujías y se marchó, rogándonos que esperásemos un momento.

Mancinelli se sentó y comenzó por tocar la marcha de *Los maestros cantores de Nuremberg*, á la cual siguieron trozos del dúo de Hans Sachs y Eva, en el acto segundo de la comedia musical de Wagner.

Después llegó su turno á la muerte de Isolda en el *Tristán*; y cuando, cantando *sotto voce* el uno y tocando el otro, empezábamos los dos á sentir preludios de hipnotismo wagneriano, abrióse una puerta y se presentó en la estancia la Infanta Isabel.

II

La sesión duró dos horas, dos horas deliciosas que trascurrieron sin sentir, en aquella diminuta habitación donde el amor al arte nos

unió á todos en franca comunidad de ideas y sentimientos.

Mancinelli tocó el admirable final de la primera parte de *Isaías*, pieza estupenda que arrebatará al público madrileño, si un día se ejecuta en el Teatro Real.

El autor del oratorio y la Infanta tocaron á cuatro manos la sinfonía en *do menor* de Beethoven y el vals *La vida es sueño*, que escribió Mancinelli el año pasado y dedicó á la Sociedad de Escritores y Artistas.

Y también yo ¡*horresco referens!* puse mis manos pecadoras sobre el teclado y destrocé un zortziko. ¡Séale la tierra ligera!

De pieza á pieza grandes intermedios, durante los cuales pasábamos revista á todo el protomusicato europeo; cambio de impresiones, como ahora se dice, sobre la estética del arte de los sonidos.

Alguna que otra vez la Marquesa de Nájera venía y mezclábase en la conversación, citando anécdotas, refiriendo hechos recientes, el septeto de Beethoven en dos pianos, á ocho manos, dirigido por aristocrática dama que marcaba el compás mayor ¡*un, deux, trois, quatre!*

en tiempo vivo, durante centenares de compases, hasta perder el aliento.

Y la conversación iba y venía sin cesar de unos á otros, envolviéndonos á todos en esa atmósfera de mutuas comunicaciones y de fraternidad artística que requiere poco espacio y mucha expansión, en esa atmósfera de sensibilidad femenina (la música es mujer, ha dicho muy bien Wagnèr) refractaria á los grandes ambientes, y en la cual se comenta, se subraya, se critica en continuados entre paréntesis, quinta esencia del goce musical.

Y todo ello, mitigado por la nota jerárquica que, sin cercenar en absoluto nuestra libertad de expresión, nos dejaba movernos cómodamente con el traje palaciego y estar dentro de ese matiz imperceptible que concilia el desenfado casero del burgués y la continencia y el respeto cortesanos.

La voz de la Infanta dominaba las nuestras; su palabra fácil, vibrante y apasionada brotaba sin cesar abundantísima y á borbotones de sus labios.

Todos saben que S. A. es aficionadísima á la música; lo que muchos ignoran quizá es que

esa afición se ha convertido en amor delirante por la más bella y universal expresión del alma humana, una necesidad imperiosa, irresistible, de todas las horas y de todos los minutos, un prurito, una obsesión, un *cauchemar*.

La Infanta caracteriza eso, diciendo:

—Mi afición es una chifladura.

Una chifladura, en efecto; S. A. padece la del que ama un arte con la pasión que el arte pide á los que verdaderamente le rinden culto; padece la enfermedad que le aparta á uno de las escorias de la vida, la fiebre de la música, ese estado de impagable exaltación artística que la justicia de Dios niega á los imbéciles y á los necios.

En medio de la agitación que los deberes de su alta jerarquía imponen á la Infanta, la música constituye una existencia aparte, es la nota poética que rompe las monotonías de la etiqueta oficial y establece entre Madrid y Palacio ancha vía de comunicación simpática y constante.

Y en ella vive cuanto puede, en ella se refugia S. A. con la expansión y la alegría de una colegiala en vacaciones.

La música le lleva á los músicos, y éstos tienen siempre en la Infanta una amiga y una protectora. No hay cantante ni pianista á quien ella no oiga, aplauda, agasaje y estimule con su característica bondad y su ingénito entusiasmo artístico.

Solicitar una audiencia con tal objeto es tenerla concedida previamente, sin dificultades ni esfuerzos.

Hace un mes vino á visitarme D. Jenaro Vallejos, primer premio de piano de los Conservatorios de Madrid y de París. El joven artista deseaba lo que es natural: darse á conocer y someterse al juicio de personas inteligentes.

No pretendía presentarse al público; sabía el cúmulo de escollos que hay que salvar para organizar un concierto y atraer concurrencia, cuando se trata de un desconocido, por lo cual sus aspiraciones se reducían, como he dicho antes, á que le oyeran artistas ó aficionados competentes.

Aconsejele que procurase avistarme con personas que pudieran ayudarle en sus primeros pasos, y á los pocos días volvió á visitarme el Sr. Vallejos y me confesó, en medio de la ma-

yor pena, que todas sus tentativas habían resultado infructuosas.

La aflicción del joven pianista me conmovió.

—¿Por qué no solicita Ud. una audiencia de la Infanta Isabel?—le pregunté, cortando por lo sano.

—No me atrevo; pero el General X me quiere mucho y es amigo del Sr. Marqués de Nájera. Si le escribiera pidiéndole esa audiencia, quizá pudiera el Sr. Marqués obtenerla de S. A.

—Pues dígaselo Ud., y la obtendrá sin duda alguna.

Y, en efecto, no habían transcurrido seis días después de esta entrevista, cuando se me presentó, radiante de júbilo, el Sr. Vallejos, y me dijo que se había pedido la audiencia; que la Infanta la había concedido inmediatamente; que el pianista había ido á Palacio; que había tocado ante S. A.; que S. A. le había recibido con incomparable amabilidad y le había escuchado, y le había elogiado, y le había animado con palabras llenas de sinceridad y de afecto.

Este rasgo pinta elocuentemente á la Infanta Isabel, porque da idea de la amplia y gene-

rosa protección que dispensa á todo aquel que es músico ó le habla de su arte favorito.

La naturaleza artística de S. A., propicia á toda largueza por inclinación natural, le convierte en blanco de todas las pretensiones, en codiciada mota de aspiraciones incipientes, á las cuales se presta con benevolencia, que llegará muchas veces á la abnegación.

Lo bueno, lo mediano, lo malo y lo detestable deben indudablemente perseguirla sin tregua ni reposo, en forma de cantantes, en forma de pianistas que, si á veces conmoverán agradablemente su temperamento artístico tan fácilmente exaltable, le harán otras veces, en cambio, pedir misericordia á Dios para que libere á S. A. de infiernos anticipados.

Porque la bondad de la Infanta es tan grande, tiene la manga tan ancha para todo lo que huele á corchea, que, aparte el Teatro Real y las sesiones de las sociedades de Cuartetos y Conciertos, que son regalo predilecto de S. A., no hay función musical, por aburrida é insignificante que sea, á la que no le arrastren con frecuencia promesas tan pronto dadas como cumplidas y en la cual el nombre de

la Infanta no figure como reclamo en periódicos y carteles.

Esta prodigalidad dolorosa á que se halla condenada por su bondad, y soporta con valentía superior á su sexo, ha trascendido forzosamente á la artista, rodeándola de un ambiente de eclecticismo ancho y liberal, del cual queda descartado todo matiz intransigente.

En su libro *Harmonie et mélodie*, Saint Saëns divide la melodía en tres clases: la melodía de los teóricos, la melodía de los músicos y la melodía de los melodistas. Para los primeros, toda sucesión de notas forma melodía; los segundos ven en la melodía una parte ingénita de la música lo mismo vocal que instrumental; para los melodistas, la melodía existe únicamente en el carácter vocal de la frase.

Confieso ingenuamente que yo había colocado á la Infanta Isabel en esta tercera categoría antes de conocer á S. A. El miércoles reconocí mi error y la coloqué en la segunda.

—Hay en el *Mefistófeles*—me dijo—un trozo de música, pequeño, insignificante, que la generalidad del público escucha con gran indiferencia y que á mí me conmueve siempre. ¿Se

acuerda Ud. en el primer acto, cuando Fausto y Wagner quedan solos y el segundo dice: *Andiam; s' impregna l' orizzonte di nebbia?* Pues yo encuentro delicioso ese episodio y me siento siempre emocionada al escucharlo.

El episodio en cuestión se liga á la bulliciosa salida del coro después del *Obertas*.

La orquesta acalla paulatinamente sus sonoridades hasta que quedan convertidas en notas tenidas de los violines, en acordes perfectos de la madera y en misteriosas quintas, bajo las cuales se oyen con insistencia la tónica y la dominante de los timbales. Es uno de esos trozos delicados y poéticos que se encuentran, de vez en cuando, en el cosmorama musical de Arrigo Boito.

Allí no existe la melodía estrecha y convencional de los melodistas, sino la melodía llena de poesía y de encanto del ritmo, de la armonía, del instrumental y de la situación.

Júzguese si tengo razón al colocar á la Infanta Isabel entre los que aman la melodía de los músicos.

No es decir que S. A. sea menos asequible á los demás goces melódicos. A fuerza de ser

amable con todos y de plegarse á tantas voluntades, sus aficiones han adquirido extraordinaria ductilidad; y así como tiene abiertas las puertas de su amabilidad á los numerosos pretendientes que la asedian, del mismo modo cambia su espíritu de postura y halla deleite en géneros opuestos, impulsada quizá por la fuerza de los contrastes.

Naturaleza artística, por decirlo de una vez, que acumula los alimentos más heterogéneos, la Infanta Isabel parece una víctima entregada á la indigestión musical, satisfecha y feliz cuando las ocasiones en que puede conversar libremente con verdaderos artistas, como Mancinelli, le permiten espaciarse á sus anchas y relevar las finezas poco comunes de su entendimiento.

Entonces es cuando se expresa con la verdadera pasión por el arte y deja ver á las claras su temperamento. Y habla impetuosamente, encerrando comentarios justos y concisos en una frase de pocas palabras, saltando, nerviosa, de un asunto musical á otro, llenando de intención los períodos, *instrumentando* los conceptos con *sordinas* ingeniosísimas, un *trop plein* de

música que se desborda con ruidos de cascada, un alma artista que sacude en un cuarto de hora cenizas amontonadas quizá durante un mes.

—Este es el mejor rato que he tenido en todo el día—nos dijo al despedirnos.

Y para acordarme de ese rato he escrito yo este artículo.

26 Diciembre de 1887.





IPARRAGUIRRE (1)

Hermoso día el de hoy para las Provincias
Bascongadas!

Veinticuatro horas robadas á las agitacio-
nes, á las luchas, á las miserias de la vida, que
rebajan la mente y envenenan el corazón, para
consagrarlas al recuerdo, al amor, al culto del
arte, que elevan el espíritu y purifican el alma!

Aun dando de mano, por ahora, á la excep-
cional importancia que este acontecimiento en-
cierra desde el punto de vista artístico y regio-
nal, bastaría la circunstancia de hallarnos aquí
reunidos en fraternal comunión de ideas, pal-

(1) Discurso leído por su autor en el solemne acto de la inau-
guración de la estatua de Iparraguirre, el 28 de Septiembre
de 1890.

pitando nuestros corazones al unísono ideal del sentimiento, para ensalzar un acto que de tal modo une á los desunidos de la tierra, y les lleva á celebrar, conmovidos y entusiastas, el triunfo de un genio del país.

No creáis que exagero al elevar á tales alturas á José María Iparraguirre. Si por genio se entiende al hombre superior á la generalidad de los demás por sus facultades intelectuales; si por genio se entiende la fuerza innata que crea, dirige y organiza, llegando á impulsos del talento á lo ideal en artes, en ese caso sería absurdo colocar á Iparraguirre en tan privilegiado lugar.

Pero si la virtualidad del genio reside en la inspiración que se desarrolla por un instinto especial, por una gracia divina; si la virtualidad del genio reside en la exquisita percepción de la forma, en la sensibilidad del espíritu, en una maravillosa disposición natural que realiza por encanto los mayores prodigios y descubre sin aparente esfuerzo tesoros de belleza artística, en ese caso yo me atrevo á afirmar resueltamente que la inauguración de la estatua de Iparraguirre representa hermoso

testimonio de admiración y cariño que rendimos todos á un genio inmortal.

Y lo grande, lo extraordinario es que, para hacerse digno de tan elevado título, ha bastado á José María Iparraguirre una obra, una tan sola, que quedará como monumento imprecadero de su fama y transmitirá su nombre, envuelto en glorioso nimbo, á las generaciones venideras: *Gernikako arbola*.

Bien sabe Dios que quisiera ser el llamado á relatar la historia del poeta y del músico; pero tengo forzosamente que renunciar á esa tarea, y temo suceda lo mismo á quien se atreva á emprenderla mañana.

La historia de Iparraguirre! Quién la sabe? Quién es capaz de contarla? Hay alguien capaz de escribir la biografía de un pájaro? Hay alguien capaz de seguir las evoluciones del ave, en los torbellinos de un vuelo desquiciado; de señalar las ramas donde se posó, los arroyos donde apagó su sed, los aleros bajo los cuales se cobijó en días de tormenta, las distancias que recorrió empujada por la brisa ó contrariada por el vendaval, los nidos que visitó, los cánticos de alegría que lanzó al aire,

perdida en las alturas del espacio, ébria de libertad y de sol, y los quejidos de amargura exhalados en tenebrosa noche, mudo el pico y arrastrando el ala, vencida por la vejez precursora de la muerte?

Tal fué Iparraguirre, ave audaz, desordenada, medio loca, que salió del nido materno á los trece años y emprendió su vuelo fantástico á través de la vida, despreocupado de todo, ignorándolo todo, con el culto de la patria por escudo, abrazado á una guitarra como amante inseparable, artista sin freno, aventurero colossal, que cantó ante el mundo entero y tuvo el mundo por escenario.

No me ciega la pasión al expresarme de tal manera. Si el público de Iparraguirre no fué siempre brillante; si su nombre no dejó huellas en las diversas naciones de Europa que atravesó rápidamente el músico poeta; si el reclamo lo despreció, fué porque la naturaleza del artista, naturaleza burda, ordinaria, primitiva como pocas, pero independiente y honrada quizá como ninguna, era refractaria á los oropeles de la vanidad.

Cantaba por cantar, y cantaba para comer.

Mendigo del arte, pordioseaba con grandeza, y ni había en su pedir la porfía obstinada del pobre de profesión, ni la miserable humildad del vergonzante desdichado.

De vez en cuando la grandeza del alma despreciaba el propio infortunio y acudía presurosa al alivio del infortunio de los demás.

Hallábase Iparraguirre en Londres, sin recursos, viviendo á salto de mata, cuando vagando una noche por las calles de la gran capital, llamóle la atención una voz que salía quejumbrosa, plañidera, de un café cantante.

Entró en el establecimiento, y divisó entre la humareda de las pipas y la atmósfera cargada del café, á un infeliz que rasgueaba una guitarra y cantaba cruelmente, en reducido escenario.

Las desgarradoras voces del infortunado llegaban á duras penas al público, que no paraba mientes en aquella música lamentable.

Terminado el acto, hizo el cantante su colecta, y tan menguada fué, que al retirarse el pobre músico, inundó el llanto sus ojos y quedaron bañadas en lágrimas las pocas monedas de cobre que entregara la compasión.

Iparraguirre, que había seguido paso á paso la escena, levantóse de su asiento, y abriéndose lugar entre los apiñados concurrentes, subió al escenario, empuñó la guitarra, sacudió, como un león, su melena admirable, irguióse delante del público, y fijando en éste sus ojos de águila, reclamó el silencio con imperiosa señal.

A la vista de aquel hombre extraño, robusto, fornido, de atléticas espaldas, duro entrecejo, frente ancha y deprimida, nariz aguileña, lengua y sedosa barba, y abundante y hermosísima cabellera que caía sobre los hombros en rizos de una coquetería y de una elegancia femeninas, encuadrando la cabeza con fiereza y majestad dignas del *Moisés* de Miguel Angel; á la vista de aquel ser fantástico, cuya mirada fascinaba é imponía, con durezas de bravucón y dulzura de apóstol, hubo en la muchedumbre un movimiento de admiración, seguido de religioso silencio.

Iparraguirre cantó; cantó con voz estentórea, con fuego y pasión irresistibles, *El árbol de Guernica*.

Y aquella música majestuosa, aquella melodía llena de penetrante unción, cantada en

extraño idioma, incomprensible para todos, cayó como una ola sobre la asombrada concurrencia, que se levantó electrizada, y prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después del *Gernikako arbola*, cantó Iparraguirre otro zortziko, y otro después, y después otro; y enardecido por los vítores, agotó su repertorio, en un ambiente caldeado por entusiasmos frenéticos; hirvió su alma al contacto de aquella reciprocidad popular; y, convertidos en bascongados los ingleses, vaciaron sus bolsillos en la boina del poeta.

Iparraguirre se dirigió entonces al escenario donde el pobre cantante había permanecido lleno de asombro al contemplar aquella aparición.

Y vertiendo el contenido de la boina en el sucio sombrero del inglés, saludó Iparraguirre al público y desapareció. El inglés llevaba en su sombrero, pan para sus hijos, hogar para toda la familia.

El bascongado erró quizá aquella noche por las calles de Londres, durmió al raso y se murió de hambre.

Este rasgo del carácter de Iparraguirre,

rasgo que he recogido por ahí, al azar como hay que recoger cuanto se refiere á su vida, revela la belleza de un alma indómita, sí, desordenada y fuera de toda regla de equilibrio y de orden, pero grande siempre, grande hasta en sus constantes extravíos.

Quien como Iparraguirre recorrió el mundo con una guitarra, enseña viviente del lema de Lutero, que preconizaba el amor al vino, al canto y á las mujeres, sin noción de sentido moral, no podía someterse á las leyes por que se rigen los seres que tienen un hogar, una familia, principios que respetar, enseñanzas que propagar, necesidades á que atender.

Y no podía hacerlo aquel que debería pasar á la posteridad con el título de "El Gran Arlote", como decimos gráficamente en bascuence, y se llamaba á sí mismo el famoso poeta.

Gran arlote, en efecto, dechado de despreocupación, de abandono, de indolencia, de dejadez, que bebía, cantaba y amaba, sin dar importancia al acto y mucho menos á sus consecuencias.

Si es verdad, como el adagio popular lo

afirma, que este mundo es un fandango y el que no lo baila es un tonto, puede asegurarse que Iparraguirre se lanzó desenfrenado al baile de la vida, hasta que, torpes las piernas y anquilosadas por la vejez, harto de placeres continuos, tuvo que dar fondo en su villa natal y apagarse allí, en reducidísima estancia, rodeado de modesto ajuar, compuesto de un catre, un baúl y una guitarra.

De ahí arrancan todas las incoherencias, las fantasmagorías todas de su existencia de aventurero, que comenzó con la célebre escapatoria al campo de los carlistas, durante la primera guerra civil.

Tenía entonces Iparraguirre diez ó doce años, y acudía puntualmente á la escuela municipal de Villarreal de Urrechu.

Salió de su casa un día á la hora acostumbrada, diciendo á su madre:

—Hasta luego; voy á la escuela.

Y marchóse al campo carlista, donde ingresó como alabardero de Carlos V.

Terminada la guerra, fué á París, y hay quien afirma que, enamorado de una cantante francesa, y enamorada ésta á su vez de las ad-

mirables facultades vocales de Iparraguirre, aprendió de ella la poca música que sabía el bardo, y se dió á conocer como cantante, llamando su voz de barítono extraordinariamente la atención.

Por testimonio de persona formal se sabe que Iparraguirre dió un concierto en San Juan de Luz, demostrando tal flexibilidad en su órgano y facilidad de vocalización tan portentosa, que ejecutó con la holgura y la maestría de una tiple ligera, el *lru damacho* con variaciones.

Y no debe de haber exageración en este juicio, si se considera que Iparraguirre se lanzó entonces á sus correrías artísticas, en compañía de la guitarra, y recorrió Europa dando conciertos.

Cuando regresó á la patria y llegó á Bilbao, pobre el bolsillo como cuando se fué, y triste el alma tras prolongada ausencia, atacóle inmensa nostalgia filial, hizo presa en él deseo ardiente, vehementísimo, de abrazar á su madre.

No la había visto hacía doce años, desde que se despidió de ella para asistir á la escuela de Villarreal.

Dió un concierto en Bilbao, y con sus productos encaminóse á Madrid, donde la anciana residía.

La madre de Iparraguirre vivía en la corte, en mísera buhardilla, mantenida por la caridad. Almas piadosas mandábanla restos de comidas y limosnas en efectivo, con las cuales pagaba el alquiler de aquel lugar insalubre.

Y aquella mujer necesitada y pobre, que vegetaba al amparo de las dádivas ajenas, recogía todavía en su dismantelada buhardilla á los bascongados sin pan ni lecho, y compartía con ellos los menguados restos que mandaba la caridad.

Averiguó Iparraguirre el paradero de su madre, subió jadeante las escaleras, paróse en la puerta y llamó.

Giró la puerta, apareció en su dintel la propia madre del bardo, fijó en ella Iparraguirre sus ojos amantísimos, abrió los brazos para estrechar en ellos á la anciana; pero una mirada severa, terrible, inexorable de ésta le detuvo.

Al ver á su hijo, después de una separación de doce años, la madre le contempló breves instantes. Y sin que un músculo de su fisono-

mía se moviése, grave, inflexible, feroz, cruzó los brazos, y mirando de hito en hito al vagabundo, exclamó:

—*Joshe Mari! Au alda eskolatik etortzeko orduba?* (José María, es hora esta de venir de la escuela?)

Palabras dignas de una espartana y que revelan un alma templada en la salvaje moralidad de los antiguos euskaros.

Al escuchar aquella pregunta, Iparraguirre bajó los ojos, asustado ante la inesperada acusación. Cuando los levantó, preñados de lágrimas, como niño arrepentido que implora perdón, vió los brazos de su madre, grandes, abiertos, que lo llamaban á su seno; y arrojóse en ellos, y los dos pechos se soldaron, y el ambiente de la mísera buhardilla se purificó con el llanto del amor!...

Llego ahora á la parte más importante, á la hora suprema de la vida de Iparraguirre, al solemne momento que representa para el gran aventurero la inmortalidad.

Cuando resonaron, en fecha que no recuerdo, en las Cortes españolas, aquellos vehementes discursos de Sánchez Silva contra los fue-

ros bascongados, discursos que azotaron el rostro de Euskaria con las violencias de una diatriba encarnizada y feroz, contestaron en Castilla las indignadas voces de Adamar y de don Pedro Egaña con admirables discursos, de que apenas queda hoy memoria.

Iparraguirre, en Guipúzcoa, se levantó y contestó á su vez; contestó con voz de gigante, acumuló todas las fuerzas de su espíritu, todas las energías de su alma, y lanzó con la potencia de sus pulmones de titán, una protesta grandiosa, grito de amor incomparable que repitieron las montañas, se extendió de valle en valle, de colina en colina, salvando precipicios y torrentes, y quedó impreso como escudo invulnerable en el corazón de todos los bascongados: el *Gernikako arbola*.

Donde la política sucumbió, venció el poeta; y la elocuencia del patricio, la sabiduría del ser culto, las disertaciones galanas, la elegante locución del orador diestro en las lides parlamentarias, tuvieron que ceder el paso á la abrupta inspiración del ciudadano oscuro, al canto prodigioso del montañés.

La inmortalidad de Iparraguirre está ahí,

en *El árbol de Guernica*, himno de pasión intensa, melodía de adoración, gemido grandilocuente de humildad y de esperanza, en cuya sencillez primitiva parece reflejarse el temperamento de un pueblo entero, y cuyos acentos piden el amor, que une y fortifica, lo que no puede alcanzar el odio, que divide y exaspera.

El canto inmortal de Iparraguirre tiene eso de grande: no es el canto de la ira, es el canto del consuelo; no es la convulsión de la rabia, no es, para decirlo en términos vulgares, el derecho del pataleo.

No; *El árbol de Guernica* representa algo que vuela por encima de las pasiones humanas.

Cuando la inspiración rozó con sus alas de oro la mente del poeta, infiltró en ella el sentimiento casto, puro, inmaculado del amor.

Y á sus impulsos surgió súbitamente el himno genial, mensajero de cariño, llamamiento generoso, aviso fraternal, sublime plegaria al leño augusto que recuerda nuestras leyendas, que guarda nuestro secreto, y á cuyos pies yace enterrado el cadáver de nuestra libertad.

Se ha dicho que *El árbol de Guernica* es nuestra *Marsellesa*. No, no es cierto.

Entre el canto iracundo de Rouget y el pausado himno de Iparraguirre media un abismo.

Escuchad al primero:

Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!

Qu' un sang impur abreuve nos sillons!

Oid el segundo:

Eman ta zabaltzazu

munduan frutuba!

adoratzen zaitugu

arbola santuba!

(Esparce tus frutos por la tierra! Nosotros te adoramos, oh árbol santo!)

Las exclamaciones de Rouget de l'Isle son el rugido de la venganza, el toque de somatén que inclina á la guerra y pide el exterminio.

La invocación de Iparraguirre es una tierra metáfora, el *Angelus* bascongado, que llama á la concordia y reclama la paz.

Donde el uno grita: Arriba! y á matar! el otro implora: De rodillas! y á orar!

Rouget peleaba contra el extranjero, con-

tra el usurpador; Iparraguirre se dirigía á su propio hogar, á sus amigos, á sus hermanos.

De ahí viene, seguramente, ese matiz importantísimo que separa á la *Marsellesa* del *Gernikako arbola*, matiz honroso para el bascongado, timbre de gloria para Iparraguirre, cuya grandeza de alma, cuyo admirable patriotismo, aparecen consoladores y fuertes en su himno inmortal (1).

Ya lo he dicho antes, y lo repito ahora: la inmortalidad para Iparraguirre está en *El árbol de Guernica*.

Registrad su obra, obra de poeta y de músico. Encontraréis en ella, pequeña como lo es y no exenta de lunares, una joya de ternura filial: el zortziko *Adios, nere biotzeko, amacho maitia!* (Adiós, madrecita de mi alma!) adora-

(1) Quién había de decir que, tres años después de leídas estas líneas en el acto de la inauguración de la estatua de Iparraguirre, habría de alcanzar *Guernikako arbola* inmensa resonancia en toda la nación!

Los tristes sucesos que se desarrollaron en la capital de Guipúzcoa en la noche del 27 de Agosto de 1936, dieron al himno de Iparraguirre un carácter de actualidad palpitante y lo propagaron puede decirse que por todos los ámbitos de España.

Y al inspiradísimo canto eúskaro se debió la terminación de aquellos sucesos que ensangrentaron las calles de San Sebastián. (Diciembre de 1898.)

ble inspiración que tiene el perfume de un sentimiento infantil; y el canto *Zibillak esan naute bizi-ro egoki*. (Los guardias civiles me han dicho con buenos modos), lamento humilde y resignado del preso que busca en el recuerdo de su madre consuelo á la aflicción, pensando en las lágrimas de la anciana y enjugando con ellas su propio llanto.

Pero con ser estas composiciones dos perlas del genio de Iparraguirre, no tienen, no pueden tener la significación de *El árbol de Guernica*.

En aquéllas palpita sólo el corazón del poeta; en ésta uniéronse el poeta, el patriota y el músico para hacer latir en unísono los corazones de todos los bascongados.

Dos grandes amores iluminaron siempre la agitada existencia del bardo: el amor á su madre y el amor á la patria, y bastaría tan sólo el himno imperecedero que nos ha legado, para redimirle de sus constantes extravíos; para idealizar su figura, y señalarmos el camino de amor que habrá de consolidar nuestros afectos y animarnos y fortalecernos para lo porvenir.

Iparraguirre nace hoy para la posteridad.

El Ayuntamiento de Villarreal de Urrechu le ha erigido una estatua que acabamos de descubrir solemnemente.

Gracias sean dadas á esta pobre cuanto modesta corporación municipal que tan alto ha subido al honrar el genio del poeta, y á la cual todos los hijos de Euskaria deben tributo eterno de gratitud y estimación.

Las dádivas de amigos y admiradores han labrado á Iparraguirre el pedestal de su gloria.

Bien hayan esos amigos! bien hayan esos admiradores!

Su obra es grande, es bella y es útil; grande, porque eleva al pequeño; bella, porque enaltece al país al perpetuar la memoria de uno de sus hijos, y útil, porque queda como luminoso faro de amor para futuras contingencias.

Fijad los ojos en esa estatua. No es el guerrero, no es el conquistador, no empuña su diestra ninguna arma homicida; no es el sabio, no veréis en torno suyo ningún instrumento de la ciencia; no es el artista de fama mundial, ídolo de públicos, ébrio de aplausos, rico y poderoso quizá; no busquéis en su frente el laurel, ni á sus pies la lira.

Es el pobre hijo del pueblo, el campesino humilde, el desheredado, el paria. Calzado con toscas abarcas, vestido con el ordinario calzón, la faja de estambre y la camisa de lino del montañés, sostiene una azada su diestra mano y lleva en su izquierda la guitarra. *Omnia meq mecum porto!*

Después de sus peregrinaciones por el mundo; después de su odisea errante, erizada de aventuras; después de una vida de despreocupaciones, abandonos é inmoralidades, incoherente y confusa, extraña, desquiciada y simpática á la vez, mezcla informe de extravíos odiosos y de sublimes abnegaciones, Iparraguirre descansa al fin.

Su valle natal le ha recogido; sus amigos le han colocado en medio de las fragosidades del monte que robustecieron sus pulmones y le enviaron quizá el poder de la inspiración.

Aquí está bien; está en nuestra casa y entre nosotros. Si somos pocos, si somos los menos, será por eso mayor nuestro cariño, y concentraremos en su hermosa y característica figura el amor á nuestra patria, á nuestras cos-

tumbres, á nuestro pueblo, á las tradiciones y á los recuerdos de nuestra raza.

En el eterno vaivén de las cosas humanas, en el continuo tejer y destejer de la política, hoy caerá lo que se levantó ayer, y mañana surgirá lo que destruyó el pasado.

Lo falso y convencional dejará, como siempre, paso deleznable y efímero, y el tiempo reducirá quizá á cenizas monumentos soberbios erigidos á la mentira y á la vanidad.

Pero Iparraguirre queda para siempre; queda, porque es la verdad, el verbo del pueblo euskaro; queda, porque ha encarnado en *El árbol de Guernica* la santidad de nuestro duelo, la esencia de nuestras aspiraciones, la sustancia de nuestro ser.

El himno que encierra la savia de un pueblo se oirá mientras ese pueblo exista; se transmitirá de generación en generación, como un legado del alma; predicará, con él, sueño ideal de paz y concordia universales, y quedará perdurable aureola, ciñendo la frente de Iparraguirre, con todos nuestros amores, con todas nuestras esperanzas.

Iparraguirre es esperanza y amor. Amemos

y esperemos. Nuestra cruz de Constantino está en el *Gernikako arbola*. *In hoc hymno vinctes!*

De este modo, extrayendo del recuerdo del poeta la fuerza necesaria para esperar y amar, nos haremos dignos de la obra que nos ha dejado; honraremos su memoria; propagaremos su evangelio, y conseguiremos, quién sabe? que la inmortalidad de Iparraguirre sea preludio de nuestra futura redención!





Un Acontecimiento Musical

LA BRUJA

Un compositor español, á quien Dios no había llamado por el camino de la zarzuela, tenía singular empeño en que Selgas le escribiese un libreto para el teatro de Jovellanos.

Un día y otro, y con obstinación creciente, asediaba al célebre escritor, de quien no podía recabar el suspirado manuscrito.

Selgas daba siempre por excusa sus numerosas ocupaciones.

—Estoy ocupadísimo—decía;—no puede ser. Cuando me desocupe pondré manos á la obra y tendrá Ud. lo que desea.

Y las ocupaciones de Selgas, lejos de disminuir, aumentaban. Un día era un libro, otro

día poesías, otro día correcciones de pruebas, trabajos administrativos, un mar de cosas, en fin, que no le permitía cumplir su promesa.

Pasaron así meses y meses, y llegó cierta tarde del otoño, una de esas tardes deliciosas, tibias, perfumadas, en las cuales el sol echa de casa á todos los madrileños.

Selgas, *les bras ballants*—como diría Zola,— se paseaba por el Prado con aire beatífico, impregnándose de gandulicie en aquella atmósfera dulcísima, que convidaba á la *flanerie*, cuando sintió que le tocaban en un hombro.

Volvióse y se encontró cara á cara con el compositor, que exclamó alborozado:

—Lo que es ahora no tiene Ud. excusa. Cuento con el libreto, ¿eh? ¡Me parece que no me dirá usted que está Ud. ocupado!

Sin alterarse en lo más mínimo, Selgas respondió:

—¿Que no estoy ocupado? Se equivoca Ud. de medio á medio: estoy ocupado, ocupadísimo, más ocupado que nunca.

—Pero hombre, ahora no tiene Ud. libros que escribir, ni pruebas que corregir, ni expe-

dientes que despachar. ¿Qué demonio hace Ud.?

Y Selgas, con tranquilidad épica, contestó:
—¡Me dejó crecer la barba!

La larga incubación de *La Bruja*, cuyo génesis se pierde en la oscuridad de los tiempos, me ha hecho recordar la anterior anécdota.

¿Cuántos años hace que se habla de la zarzuela de Ramos Carrión? ¿Cuántas empresas han contado infructuosamente con ella?

Al oír mentar *La Bruja*, una y otra vez, y ver que pasaban meses y años sin que las promesas de un próximo estreno se realizasen, muchos habían creído que Ramos Carrión se dejaba crecer la barba; pero todo tiene término en este mundo; la barba de Ramos ha crecido y *La Bruja* roncalesa, una *bruja* paisana y convecina de Gayarre, ha aparecido por fin en el teatro de la Zarzuela, y se ha permitido el lujo de crear allí una fecha inolvidable para el arte lírico español: 10 de Diciembre de 1887.

Esa noche tuve un capricho. Me dediqué á hacer la felicidad de dos personas á quienes cedí sendas butacas, que me pertenecían para el estreno de *La Bruja*, y me dirigí al esce-

nario momentos antes de levantarse por primera vez el telón.

Mientras el público tomaba el comedor por asalto, yo me metí en la cocina dispuesto á asistir á las peripecias de un estreno importantísimo y á estudiar para fines ulteriores é *in anima vili*, como quien dice, la fisonomía de los autores de *La Bruja*.

Dejo á un lado la sorpresa de Ramos Carrión y de Chapí cuando se encontraron conmigo en aquel terreno vedado, lo que me dijeron, lo que les contesté, etc., etc.

Nos colocamos los tres en la primera caja á la derecha del escenario, y comenzó la función.

Cuando la luz de la sala hirió con sus resplandores nuestra vista, Ramos estrechó entre sus brazos á Chapí y le dijo con voz que quería ser firme y no podía ocultar su emoción:

—¡Ya está! ¡Ya no hay remedio! ¡Animo!

Chapí se dejó abrazar como una masa inerte, y no respondió una palabra.

Ramos es viejo en el oficio, y es además uno de los autores dramáticos más afortunados de España. Sus éxitos no se cuentan ya; está

familiarizado con la suerte; es de los que deberían entrar en una batalla con la serenidad que presta la anticipación de la victoria.

Pero no; precisamente por eso, precisamente por haber luchado con el público y haberlo vencido siempre, sabe que pelea en un terreno donde la táctica y la estrategia cambian de la noche á la mañana, donde no se respetan derechos adquiridos, donde todo depende de lo imprevisto, de lo casual, de un momento de humor bueno ó malo, de una predisposición de espíritu, de una insignificancia, de una nonada, donde para decirlo de una vez, y en virtud de las leyes que rigen al desdichado sér humano, un Waterloo hace olvidar en el acto cien Austerlitz.

Además, *La Bruja* tenía su leyenda; habíase censurado á Ramos su tardanza en darla á la escena, después de anuncios que databan de algunos años; reprochábasele la inacción forzosa á que tenía sometido á Chapí; decían que el maestro español estaba *embrujado* por el poeta, y que Ramos hacía con Chapí política obstruccionista.

La responsabilidad del primero era, pues,

inmensa. Un éxito no podía satisfacerle; un fracaso lo hundía para siempre.

En el primer caso, *La Bruja* defraudaba las esperanzas de un público que esperaba algo extraordinario por el nombre del autor, por la leyenda que en torno de la zarzuela se había formado y hasta por el título mismo de la obra.

En el segundo caso, nadie hubiera perdonado á Ramos la caída de Chapí, envuelto en las redes de sirena del autor dramático, y monopolizado por él, según pública voz y fama.

Este último punto era lo esencial. ¡Chapí, el compositor predilecto, condenado por la pereza de Ramos Carrión á plegar los vuelos de su musa, admirada y querida por todos, á las aleluyas musicales de los teatros por horas; Chapí obligado á esas abdicaciones artistas *pro pane lucrando*, y cayendo envuelto en el egoísmo del libretista de *La Bruja*!

Hay que traer á la superficie todo eso que palpitaba en el fondo del público para darse cuenta de la situación de Ramos Carrión.

Hacía falta un exitazo, un triunfo ruidoso, colosal, de esos que forman época, para hacer olvidar con el entusiasmo de una noche el

silencio, injustificado para la generalidad, de muchos años.

Ramos es hombre que vive por dentro ; por eso sufre tanto del corazón. Si me atrajera el lirismo, diría que la fisonomía del autor de *La Bruja* es como esas nieblas del Canal de la Mancha, tupidas, impenetrables, que atraen las colisiones en pleno día y llenan de cadáveres el fondo del mar.

Hay en la cara de Ramos algo de implacable y de oscuro que revela obstinación, el propósito de no dejar nada al azar, de ir adonde deba irse, sin prisas ni violencias, algo de musulmán, que cree ha de suceder lo que está fatalmente escrito, por cima de todos los esfuerzos y á despecho de todas las voluntades.

Un psicólogo buscaría dentro de esa alma, que vive en un cuarto interior, salones que estarían fuera del alcance de nuestra inteligencia. Un fisiólogo diría que todo ello es cuestión del pericardio.

El caso es que en la noche del estreno de *La Bruja* Ramos Carrión estaba más por el pericardio que por el alma; la prueba es que sus manos apretaban un estuche de forma cilín-

drica, lleno de cápsulas de éter, que de vez en cuando engullía dulcemente.

Chapí era otra cosa; ese no tenía descompuesto el pericardio, sino todas las articulaciones, todos los tornillos y todos los acoplamientos de su cuerpo y de su alma.

El maestro vive con ventanas á la calle y está siempre asomado á ellas.

Así es que mientras Ramos ostentaba su coraza característica, él no se cuidaba de disimular la angustia indescriptible que dominaba por completo su ánimo.

¡Y me daba lástima contemplarlo! Sí, me daba lástima ver al autor de la *Fantasia morisca*, y de *La Tempestad*, y de *El milagro de la Virgen*, y de *Música clásica*, hecho allí un guiñapo moral; me daba lástima mirar á aquel artista extraordinario, y verle bostezar, y des-perezarse, y apretarse convulsivamente el diafragma, pálido, aterrorizado, histérico, entregando al pasto del público una obra de arte pensada, madurada y fresca aún de las pos-treras inspiraciones, ¡él que nos ha regalado tantas!

Y desde el intersticio de una puerta de

lona divisaba yo al público y adivinaba en aquella masa compacta é imponente al estudiante y al tendero, al político y al *teatrante*, al desocupado y al *reventador*. ¡Y una humareda de digestión bien hecha llegaba hasta el reducido espacio en que bostezaba Chapí y se atiborraba Ramos de éter!

¡Y yo me consolaba con pensar que los que digieren bien se van y los que no digieren se quedan, y me enfrascaba cada vez más en esta creencia egoísta, que me aseguraría á mí, dispéptico empedernido, sacrosanta y bienhechora inmortalidad!

Comenzó *La Bruja* y con ella los aplausos. Ramos parecía desinteresarse de todo en todo de la parte del libretista. Su preocupación era el músico, su colaborador.

Los atronadores aplausos con que acogía el público las piezas musicales rompían tan sólo el mutismo del poeta. Entonces se acercaba á Chapí y trataba de infundir aliento á aquel espíritu atribulado, que continuaba sumido en la angustia.

Cuando hablaban los personajes, Ramos se acercaba á la escena, escuchaba con atención,

y sólo cuando las carcajadas de la concurrencia indicaban que un chiste había cuajado, daba señales de satisfacción, pero sin extremar jamás ésta, contenido siempre y siempre reservado, como si el éxito de la obra dependiera de algo insólito que le tenía preocupado en extremo.

Sucedíale lo mismo á Chapí. Las ovaciones al final del tercetino del *Padre nuestro* y del cuarteto de los doblones, el triunfo de la jota final del primer acto, las llamadas á escena después de esta pieza popular, todo eso había serenado bastante aquella atmósfera de tensión nerviosa; pero al comenzar el acto segundo, los recelos, los temores y la ansiedad aumentaban en vez de disminuir.

Ramos me dió la clave del enigma.

—Me juego la obra en la escena final. Si el público entra en esa escena, hemos triunfado; si no entra, la obra se va al suelo.

Chapí se apretó por centésima vez el diafragma, é incapaz de hablar, apoyó la opinión de Ramos moviendo la cabeza de arriba á bajo como un muñeco de resorte.

Y así pasamos la noche, esperando aquella

endemoniada escena final que, al parecer de los autores, había de ser salvación ó muerte de *La Bruja*.

Cuando apareció la última decoración, el claústro del convento, que valió una ovación á los pintores, Ramos y Chapí parecían dos jugadores de bacarrá que entregaban su fortuna al azar de una carta.

Se habían repetido seis piezas musicales; habían sido llamados á escena y aclamados los autores una porción de veces; se habían reído todos los chistes, y reinaba en el teatro un ambiente de simpatía marcadísimo.

¡Y sin embargo, faltaba el rabo por desollar, y este rabo era el *Deus ex machina* de toda la obra!

¡Con qué premuroso anhelo seguí yo, envuelto á mi pesar en aquella comparticipación de emociones, las cómicas peripecias del cuadro final!

Ramos Carrión, gran conocedor de lo que en la jerga teatral se llama *los morenos*, esperaba el efecto de un chiste, no recuerdo cuál.

Llegó el chiste, oyóse una tremenda car-

cajada, y Ramos, radiante, abierto y expansivo ya, exclamó apretándose los brazos:

—¡La obra está salvada!

Y estaba salvada, en efecto. El tercetino de las brujas, prodigio de habilidad musical y de ingenio, coronó con un calderón de estrepitosas risas aquel final de opereta tan inesperado como original y... ya se sabe el resto. *La Bruja* señaló para Ramos y Chapí el más importante, á mi entender, de todos sus triunfos.

Después abrazos, norabuenas, plácemes y todo lo que en estos casos es de rigor.

Era la una y media de la madrugada; apreté á correr, llegué á mi casa, me acosté, y si Ramos y Chapí durmieron como yo aquella noche, con seguridad no vuelven á escribir en su vida otra zarzuela.

Después de tres horas de cruel insomnio, durante el cual me pareció que mi cuarto apesataba á éter y me ponían en el diafragma un monolito de diez arrobas, y me arrancaban el pericardio con pinzas de fuego, tuve que tomar una cucharada de cloral Follet, y sólo así logré quedarme aletargado.



EL AMIGO DE LOS NIÑOS

No se trata del libro titulado así, que todos hemos hojeado en los felices tiempos de la infancia, cuando la afición á la tauromaquia se revela instintivamente en el ciudadano español con la idea de *hacer novillos*.

La obra de que voy á ocuparme lleva por título *Medicina é higiene de los niños*, y debería llamarse *El amigo de las madres*, porque se presenta á ellas como amigo honrado y fiel, fuente de consejos, tesoro de consultas, guía de las madres, en una palabra, que puede evitarles gravísimos disgustos.

En dos tomos de recentísima publicación titulados *Fisiología della donna*, del ilustre Mantegazza, hay en uno de ellos, el segundo,

un admirable capítulo dedicado á *La donna madre*, que termina así:

“Concluyamos: el amor materno es fortísimo, inagotable, constante, celoso, lleno de arcanos sublimes y de profundos ardores.

Y así debe ser, porque la naturaleza le ha asignado la misión de la conservación de la especie.

El amor sexual abre la puerta al porvenir; el amor materno lo crea y lo consagra.”

Dice muy bien el eminente antropólogo que escribe al frente de la *Fisiología della donna* la siguiente dedicatoria:

“A las hijas de Eva, ora ángeles y ora demonios, ora esclavas y ora tiranas, ora adoradas en los altares, ora arrastradas por el fango, esperando que un día sean sólo llamadas la perfecta mitad del hombre perfecto.”

Si el amor materno crea y consagra el porvenir, la base de esta obra se halla en dar ductilidad y consistencia á las primeras materias, en incubar en los niños los hombres y las mujeres de mañana.

Y á esa hermosa misión ha consagrado y consagra todos sus desvelos, toda su ciencia,

toda su actividad un hombre sabio, modesto y bueno: el doctor Tolosa Latour, autor de *Medicina é higiene de los niños*.

Cuando el gran Benavente cerró los ojos, sintieron los suyos bañados de llanto muchas madres desoladas, porque veían marcharse para siempre al que tantas veces habíalas enjugado las lágrimas y devuelto la tranquilidad perdida al alma y al hogar.

Muerto Benavente, lloraron las madres y contemplaron con angustia el vacío que dejaba en las familias aquel hombre excepcional.

Tolosa ha llenado ese vacío, la madre ha respirado, y allí donde las adorables rudezas de Benavente sonaban como indignadas protestas contra la debilidad maternal, y la mano acariciaba al niño y deslizaba un caramelo en su boquita, están hoy los ojos saltones de Tolosa Latour, llenos de caricias y arrullos, en una necesidad de expansión infantil que le atrae hacia los niños y atrae los niños á él, estableciendo la confianza mutua, el cariño y el interés del médico, la sumisión del enfermito, la fe de los padres, factores sólidos de toda curación.

El doctor Tolosa tiene el delirio de los niños, como los neurosténicos tienen el delirio de grandezas y de persecuciones. La diferencia es, sin embargo, grande, porque lo que en éstos obedece á un desquiciamiento del cerebro, es en Tolosa impulso ingénito del corazón.

Está persuadido de que las plantas tiernas son las que requieren mayores cuidados, y se ha constituido en jardinero de la infancia, estudiando con pasión esa flora ideal, á cuyo crecimiento y desarrollo tienden todos sus esfuerzos.

No hay sino leer los títulos de las obras que ha publicado, y de las revistas que ha dirigido, para convencerse de que el niño es la hermosa obsesión de Tolosa.

La madre y el niño, El Hospital de Niños, El niño, La madre y el niño ante la higiene, Protección médica al niño desvalido, El recién nacido ante la ginecología y la pedriática, Niñerías, etc., etc.

Acaba de dar á luz—que como padre literario es prolífico el buen doctor—*Medicina é higiene de los niños*, y tiene en gestación *El breviario de la madre, El arte de cuidar á los ni-*

ños y *La infancia desvalida en Madrid*, amén de la obra interesantísima de Brochard, *Del uso de los baños de mar en los niños* que Tolosa ha traducido admirablemente, pues posee el francés lo mismo que el idioma patrio, y se publicará muy en breve.

Pensará cualquiera que quien tanto ha trabajado y se dispone á trabajar es hombre encanecido por el estudio, sabio paquidermo, serio, grave, calvo y gruñón.

Todo lo contrario. El que, como Jesucristo, dice á cada instante: "Dejad que los niños vengan á mí", es un niño de pies á cabeza, niño por su sensibilidad, niño por sus arranques, niño por las travesuras de su ingenio, un niño de treinta y cinco años, que juega con los suyos y llora con ellos cuando la ciencia se muestra rebelde.

El defecto capital del doctor Tolosa es el exceso de corazón. Jamás para él el enfermo es una cosa, un sujeto, el *anima vili* de la ciencia de curar. En el médico palpita el artista; el poeta se sobrepone al pensador, el alma ejerce sobre la cabeza influencia soberana, y donde el médico debe callar, sufre y desahoga el hombre.

Así es que la vida de Tolosa transcurre como una peregrinación por los campos del sentimiento, lleno de sol cuando los niños gozan, lleno de sombras cuando los niños sufren, en una participación directa y constante de todo aquello que constituye la odisea de lo pequeño, es decir, la odisea de la humanidad.

Tan cierto es esto, que Tolosa recorre con su privilegiado talento la escala de la existencia, y cuidando á los grandes, no sale de los niños jamás, que niños seremos todos siempre, y quien á los niños sabe curar, lleva mucho adelantado para curar á los grandes.

¡Que se lo pregunten á Pérez Galdós, á Chueca, á Sellés, á Picón, á Enrique Sepúlveda, á Ortega y Munilla, á Ramón de Cárdenas, á Comba, á Mancinelli y á tantos otros! ¡Que me lo pregunten á mí! No, que no me lo pregunten, porque podrían parecer interesados los elogios que prodigaría la pluma á quien es providencia de mi casa y tiene en ella un altar que le han erigido nuestro cariño, nuestra admiración y nuestra gratitud.

Me he puesto á hablar de un libro suyo, y el libro ha quedado aparte, porque me he sen-

tido arrastrado por el nombre del autor. A fe que el libro y el autor son la misma cosa, y presentar en informe esbozo los rasgos más característicos de Tolosa Latour, es dar anticipada idea de *Medicina é higiene de los niños*.

En esa obra trata el doctor de todo cuanto puede contribuir á la salud de la infancia, y á su desarrollo físico principalmente.

La difteria, la horrible difteria, esa pesadilla de las madres, ocupa tres capítulos, en los cuales examina Tolosa el arcano, y penetra valientemente en él, estudiando sus síntomas, atendiendo á su profilaxis y dando eficaces instrucciones para apercibirse contra los estragos del morbo, que tantas víctimas produce y tan amargas lágrimas hace derramar.

Esta parte del libro de Tolosa es importantísima, y deben leerla y reeleerla las madres, persuadiéndose de que acudir á tiempo es ganárselo al mal, y evitar quizá su desarrollo.

Todos los demás capítulos de *Medicina é higiene de los niños* son, como lo indica suficiente el título, provechosos en alto grado, y se refieren á cuanto presenta utilidad evidente

á la higiene de la infancia, á su desarrollo corporal, á su educación física, á la ciencia, en suma, y al arte, que también éste tiene preciosa intervención en el asunto de formar hombres sanos y buenos para lo porvenir.

Son 310 páginas de sugestiva lectura, escritas sencilla, natural y elegantemente, y con estilo general, en el cual asoma el alma del doctor Tolosa con adorables ternuras de poeta y aspecto grave de profundo pensador.

Tolosa posee una naturaleza dúctil, un carácter mixto de alegría y seriedad. Quien no le conozca, se expone á llevarse chascos muy frecuentes.

Si un loco hace ciento, un niño hace ciento también. El fondo del temperamento de Tolosa es el niño, quiero decir que el doctor carece de la doblez de los hipócritas, y tiene un pecho abierto á la expansión.

Pero cuando el hombre de ciencia reivindica sus derechos, Tolosa se transforma; la rigidez del deber se apodera del médico, su fisonomía adquiere una dureza que sorprende más por lo inesperada, su voz suena como los chasquidos de un látigo, y, lo mismo que Bena-

vente, castiga á la madre ó al deudo con severidad igual á la dulzura con que trata á los enfermos.

Pero cuando la necesidad aprieta, y hay que luchar contra el temor ó las aprensiones de un doliente, el doctor se vuelve contra éste también; la sensibilidad del médico desaparece, hay en él una reacción súbita, y aparece el sabio inflexible con desplantes de tirano y hasta crueldades de verdugo.

Lo sé por experiencia ¡afortunadamente!, y lo saben lo mismo que yo otros que han visto más tarde los admirables resultados del método, y dado gracias al despiadado doctor.

Quien lea atentamente *Medicina é higiene de los niños*, advertirá esa doble naturaleza de Tolosa Latour y aprenderá á querer al hombre y á admirar al médico como le admiran y quieren cuantos han podido apreciar sus impagables servicios.

Hay muchos de esos en la república de las artes y de las letras, y entre ellos me cuento yo. Literato fácil y brillante, artista de corazón, Tolosa nos trata como á hermanos. Comprendo que somos, en general, niños inaguan-

tables, mucho peores de manejar que los niños verdaderos, y por esa razón tiene para nosotros un fondo inagotable de paciencia y de caridad.

En su inmensa clientela, nosotros formamos una raza aparte, la de los desequilibrados; la de los neurosténicos, los degenerados de Max Nordau, enfermos de cuerpo y de espíritu, que Tolosa compadece, y á quienes cuida con esmero singular.

Por mi parte, le debo tanto por este concepto, que, incapaz de correspondencia adecuada, escribo este artículo, y después de escrito, miro arriba y digo á mi doctor, como los pobres:

—¡Dios se lo pague á Ud.!





Las heridas de «Frascuero»

Salvador Sánchez *Frascuero*, el bravo cuanto desafortunado matador de toros, no ha podido tomar parte en las corridas de San Sebastián.

Debía haber toreado el día 12, el 15 y el 26 del actual; su presencia hubiera prestado seguramente brillantez excepcional á las fiestas, tanto más cuanto que, sucursal lucidísima de la Plaza de Madrid, la de la capital de Guipúzcoa, hubiera ofrecido á los aficionados de la corte ocasión de aplaudir al ausente de este año.

La fortuna ha vuelto las espaldas á Salvador y el desdichado torero tuvo que abandonar precipitadamente estas tierras y marcharse á Madrid con la herida enconada y un enorme flemón en el brazo derecho.

Esta circunstancia deplorable para todo el

público, y aún más para Arana, que la llora todavía, me pone en condiciones de abordar una cuestión palpitante siempre para los aficionados y que tiene ahora más que nunca caracteres de novedad.

En cuanto cae herido Salvador y hay que aumentar una cornada á las muchas que el arrojado matador ha recibido durante su carrera, los aficionados se ponen á hacer cálculos sobre las cicatrices que debe ostentar el cuerpo del lidiador á quien amigos y adversarios proclaman dechado de vergüenza torera.

Voy á poner término á estas discusiones dando una exacta relación de las heridas que *Frascuero* ha recibido hasta la fecha.

Debo dicha relación al Dr. D. Antonio Alcayde de la Peña, que ha curado al célebre diestro desde el año 1874, con un acierto que excusa todo elogio.

El cuerpo de *Frascuero* es una criba y un barómetro. Tiene cicatrices que le anuncian el cambio de tiempo con ocho días de anticipación; otras que se lo anuncian con veinticuatro horas, y hasta una que marca lluvia seis horas antes del chaparrón.

Ha ocurrido alguna vez estar luciendo un sol estupendo en un cielo sin nubes, azul, nítido, transparente.

Frascuelo se vestía para irse á la plaza, un riquísimo traje tórtola y oro. Ya se había puesto los zapatos, las medias, los calzones, ya había dado catorce ó quince vueltas sobre sí mismo, apretándose la faja y oprimiéndose la cintura con femenina coquetería...

De pronto una mueca...

—Quítame los calzones y sácate el traje de lluvia.

—¿El traje de lluvia?

—Sí, el grana y oro pasado por agua; va á llover. Y dí á esos que no se pongan vestidos de luces.

Había sentido una punzada en la cicatriz de las seis horas, y no había fallado nunca. Cuantas veces se cambia de ropa el diestro llueve en el tercer toro en cuanto tocan á banderillas.

El barómetro de *Frascuelo* marca *hasta ahora* lo siguiente:

Julio de 1863.—Tremenda cornada en la parte interior del muslo derecho, recibida en

una novillada que se verificó en Chinchón. Tres meses de cama.

28 de Agosto de 1874.—Herida en la región anterior, tercio medio del antebrazo izquierdo, inferida por el toro *Peregrino*, berrendo en negro, de Concha y Sierra, lidiado en Linares. Al meter los brazos para poner banderillas de á cuarta. Leve.

15 de Abril de 1877.—Tres heridas en la región anal y glútea izquierda, otra en la parte posterior y superior del muslo derecho y varias erosiones y contusiones en la cara, ocasionadas por el toro *Gindaleto*, negro bragado, de Adalid, lidiado en la Plaza de Madrid en segundo lugar. A la salida de un quite, en que tropezó con Hermosilla y cayó al suelo. Gravísimas.

25 de Julio de 1877.—Herida en la parte antero superior del muslo izquierdo, inferida por el toro *Fundador*, de Hernández, colorado, lidiado en cuarto lugar en Valencia. Al dar la estocada. Grave.

7 de Setiembre de 1879.—Contusión fuerte en el hombro derecho, ocasionada por el toro *Bizcochero*, de Laffitte, lidiado en Madrid en

primer lugar. Cogido al torear de muleta. Leve.

12 de Octubre de 1879.—Fractura del brazo izquierdo por su parte superior, espina de la escápula del mismo lado y congestión pulmonal, ocasionadas por el toro *Primoroso*, negro meano, de Miura, lidiado en Madrid en cuarto lugar. Al pasar de muleta. Gravísima.

8 de Julio de 1880.—Herida en el tercio medio y parte interna del brazo derecho, inferida por el toro *Zafranero*, colorado, ojo de perdiz, lidiado en primer lugar en Pamplona. Al dar la estocada. Grave.

22 de Agosto de 1880.—Herida en la axila derecha y fractura de la octava costilla del mismo lado. En la plaza de San Sebastián. Grave.

8 de Mayo de 1881.—Herida en la ingle derecha y escroto. En la plaza de Málaga. Grave.

28 de Setiembre de 1881.—Herida en el antebrazo derecho. En la plaza de Sevilla. Leve.

1.º de Julio de 1883.—Contusión en la región mamaria derecha y pierna del mismo lado

con erosiones profundas en la espina de la tibia. Al tomar las tablas, en Barcelona. Leve.

11 de Julio de 1883.—Luxación completa de la tercera falange del dedo medio de la mano derecha, complicada con herida en el dorso de la articulación. Al dar un capotazo, en Pamplona. Grave.

6 de Junio de 1885.—Herida profunda en la parte anterior del muslo derecho, ocasionada por un toro de Adalid, lidiado en primer lugar en la plaza de Granada. Al entrar á matar. Grave.

9 de Agosto de 1885.—Herida profunda en la parte externa y media del muslo derecho, inferida por el segundo toro, de Veragua, lidiado en las Arenas de Nimes. Al arrancarse á matar. Grave.

4 de Octubre de 1885.—Herida contusa en el pulgar izquierdo, ocasionada por un acosón del quinto toro, de Nandín, lidiado en la Plaza de Madrid. Al tomar las tablas. Leve.

23 de Julio de 1886.—Herida en el tercio inferior y parte externa del muslo izquierdo. En la plaza de Valencia. Leve.

13 de Noviembre de 1887.—Herida pro-

funda en la parte izquierda é inferior del vientre, con fractura de las 6.^a, 7.^a y 8.^a costillas del mismo lado y pleuroneumonía traumática, ocasionadas por el toro *Peluquero*, de Hernández, lidiado en Madrid en primer lugar en la corrida extraordinaria organizada por la Sociedad *El Gran Pensamiento*. Al levantar el toro la cabeza para entrar á matar. Gravísima.

17 de Mayo de 1887.—Herida extensa y profunda en la región anterior, tercio inferior del antebrazo derecho, inferida por el toro *Galeote*, de la ganadería de Zapata, lidiado en quinto lugar en la plaza de Barcelona. Al meter el brazo para estoquear. Muy grave.

Y aquí termina la relación, en la cual no se mencionan las inmensas contusiones, relajaciones de músculos y otras heridas *insignificantes*, de esas que harían ver las estrellas ó tendrían en cama ocho días á cualquier mortal de la clase de simples.

Resulta, de lo actuado... por los toros, que *Frascuero* ha sufrido hasta la fecha *quince cogidas y tres accidentes*, que le han producido *dieciséis heridas*, las fracturas del brazo izquierdo y de las 6.^a, 7.^a y 8.^a costillas (esta úl-

tima dos veces), la luxación completa de la primera falange del dedo medio de la mano derecha y varias contusiones que en la relación del Dr. Alcayde se citan.

Las heridas están repartidas del modo siguiente: *dos* en el muslo izquierdo, *dos* en el derecho, *tres* en el brazo derecho, *una* en el izquierdo, *una* en la axila (sobaco), *una* en la ingle, *una* en el vientre, *tres* en la región anal y glútea izquierda, *una* en el dorso de la articulación del dedo medio de la mano derecha y *una* en el pulgar izquierdo. Total: *dieciséis*. ¡Y todavía hay que añadir aquello de salvo error de pluma ó suma!

Dicen los toreros que los toros dan las cornadas y Dios las reparte. *Frascuero* va más lejos, puesto que le he oído decir varias veces que los toros hieren y no matan.

¡Mucho debe fiar en eso cuando ha recibido la última herida *en el antebrazo derecho*, arrancando á matar, del modo que indica la cornada, después de llevar *treinta años* de torero y más de *veinte* de matador de cartel!



LA SEMANA NEGRA

La circulación fiduciaria del Banco de España acaba de ser derrotada por los toros. ¡Gran ocasión para que los periódicos, siguiendo derroteros *fin de siècle*, pregunten á las eminencias del arte de Montes su opinión sobre los últimos acontecimientos!

En Madrid, un matador herido gravemente y un banderillero con fractura de la cuarta costilla.

En Toledo, un aficionado muerto por sorpresa, cogido y corneado por el toro en el callejón de la barrera.

En Granada, un espada y un *mono sabio* con sendas cornadas, graves los dos, y un espectador desventurado á quien una banderilla ha dejado tuerto *per accidens*.

Y en Aranjuez, por fin, un picador desnucado y un matador de novillos con gravísima herida al pasar de muleta al último toro, por cesión de *Lagartijo*.

Total: dos muertos y seis heridos graves. ¡Y todo ello en cuatro días!

Recuerdo que cuando ocurrió en Madrid la muerte de Nicolás, *El Pollo*, el día 15 de Agosto, hace seis ú ocho años, hallábame en San Sebastián, donde toreaba *Frascuero*.

Pablo Herráiz, el famoso banderillero, recibió, estando conversando conmigo, la noticia de la catástrofe; y aquel hombre conceptuaba tan inverosímil, tan fantástico que un toro pudiese dejar muerto en el acto á un lidiador, que después de escuchar atentamente el relato de la cogida—una cornada de huída que atravesó al *Pollo* el corazón—dijo sencillamente:

—Una estrella que se ha caído del cielo.

Desde el 28 hasta el 31 de Mayo, ambos inclusive, se conoce que las estrellas han estado de bureo, puesto que se han caído dos y han quedado seis suspendidas en el aire.

Demos un vistazo al campo de batalla; después comentaremos.

Los muertos son Manuel Calderón, en Aranjuez, y un carnicero, apodado *El Tato*, en Toledo.

Calderón ha muerto como Diego Luna, su compañero, que *debutó* en Madrid el 1.º de Julio de 1830. Un toro de Gaviria le arrojó del caballo con tal violencia, que perdió el conocimiento y no lo recobró jamás.

El carnicero *Tato* ha sido, en realidad, la estrella de Pablo Herráiz. Un toro que salta al callejón, encuentra un estorbo á su paso, un bulto que huye asido á la barrera y quiere saltar al redondel; la res cornea casi en firme, el cuerno encuentra carne y la horada. Cinco minutos después la enfermería encierra un cadáver.

Los amigos del *interfecto* lo lloran, y la historia de la tauromaquia *non guarda e passa*. Es un muerto que no cuenta; lo entierran y se acabó.

Los heridos son Lesaca, *Rebujina*, *Bonarrillo*, *Mogino*, un *mono sabio* y el incógnito de Granada, á quien clavaron en un ojo medio par.

Los periódicos anunciaron las cogidas del

mono y del tuerto, y no han vuelto á decir una palabra. ¿Cómo están? Nadie lo sabe. El primero es un *seglar* del toreo, el segundo un grano de arena del montón. Celebraré que se alivien.

Las cogidas del espada Lesaca y del banderillero *Mogino* son cogidas vulgares: el uno enganchado al matar, el otro derribado al meter los brazos, y pisado al salir la res rebotada de la suerte. Consecuencias: una cornada en un muslo y una costilla rota, la cantata 25 del toreo.

Los perros dan mordiscos, los gatos arañazos, las mulas coces y los toros cornadas; pedirles caramelos, como decía *Frascuelo*, comentando la cogida del *Gran Pensamiento*, sería gollería.

No es nada, un torero herido;
puede el baile continuar.



Las cogidas de *Rebujina* y de *Bonarillo* presentan particularidades dignas de mención; la del primero es reproducción de la que sufrió

Lagartijo en la Plaza de Madrid el 3 de Julio de 1864.

Rafael, después de haber dado muerte magistral al sétimo toro de la corrida, hallábase recogiendo los cigarros que le arrojaba el público entusiasmado, cuando salió el octavo toro, de Concha y Sierra, y se encontró con *Lagartijo*, que se hallaba cerca de la puerta del toril.

Rafael quiso salvar la embestida con un airoso recorte, capote al brazo, pero midió mal el terreno; el toro, muy abanto, se ciñó, y el diestro salió por el aire con un puntazo en el muslo derecho, que no le impidió, ciego de coraje, dar á la res varios lances de capa, entre los vítores de todo el público.

A los pocos días estaba curado y toreaba en Cádiz con Antonio Carmona, su maestro.

El caso de *Rebujina* es muy semejante. El novillero había matado un toro con gran éxito, pero recibiendo de la fiera un achuchón que le contusionó fuertemente.

Fué á la enfermería, volvió de ella al poco tiempo, y cuando los espectadores le aplaudían y él respondía agradecido á los aplausos, salió

el toro siguiente, hizo por el diestro y dióle tremenda cornada que interesó regiones poco limpias.

Dos casos iguales en las condiciones de la cogida, y dos resultados diametralmente opuestos: Rafael Molina, puntazo leve; *Rebujina*, cornaba muy grave. ¡Suerte de los hombres!

La gravedad de la cogida de *Bonarillo* está en que el diestro asistía á la corrida de Aranjuez en clase de espectador, vestido de calle, como uno de tantos.

Algo parecido ocurrió en Madrid el 29 de Abril de 1855, en que el toro de gracia lidiado en la corrida de aquella tarde cogió y mató al aficionado Oliva, que salió á parear vestido de paisano.

El hecho de Aranjuez se ha comentado mucho y no muy favorablemente para *Lagartijo* y el Presidente de la corrida.

Lo de siempre: si *Bonarillo* hubiese matado al toro, sin novedad, *tutti contenti*; la segunda lagartijiana de Aranjuez no señalaría en la historia una página negra.

Pero ocurrió la cogida, y el excelente público protestó indignado contra *Lagartijo* y

contra el Presidente, como los niños que rompen una muñeca y se echan á llorar y arañan... al hermanito ó al amiguito que encuentran más cerca.

¿Tuvo la culpa *Lagartijo*? No. ¿La tuvo el Presidente? Menos. *Lagartijo* fué el representante del público. No tengo noticia de que al presentarse Rafael con *Bonarillo* á recabar el permiso del Presidente los espectadores protestaran contra el acto.

¿Y cómo habían de protestar? *Bonarillo*, á quien, dicho sea de paso, no he visto torear nunca, es, según dicen los periódicos, mozo muy valiente y que ha conquistado unánimes aplausos en la Plaza de Madrid.

No hace mucho leí en un popular diario de la mañana que, de seguir *Bonarillo* como había empezado, daría mucho que hacer á las celebridades modernas.

Rafael no patrocinaba, por lo tanto, á un advenedizo, á un torero cobarde ó torpe, sino á un verdadero espada que acababa de eclipsar, en más de una corrida de Madrid, á diestros de mucha reputación.

¿Dónde está, pues, su falta, si no hizo otra

cosa que acceder á los deseos del público? Que le correspondía matar el último toro es cierto, pero cierto también que en corrida donde un solo matador estoquea las seis reses, es moneda corriente ceder la última al medio espada, cuando no á un banderillero.

Lo único que da novedad al caso es que *Bonarillo* se hallaba en un tendido y bajó á la plaza vestido de paisano. Si el toro, cuya cesión pedía Rafael, era un ladrón, ¿por qué no se opuso enérgicamente el público á que lo matase *Bonarillo*? ¿No sabe acaso el público que en una plaza de toros no se hace ¡desgraciadamente! más que lo que á él le da la gana?

¿Quién sabe si ese mismo público que hoy censura á Rafael por haber cedido el toro á *Bonarillo* le hubiese propinado una silba en caso de no haber accedido á la petición del pueblo soberano?

Cuanto al Presidente, su concesión está justificada con la recomendación de *Lagartijo* y las recientes proezas del eximio novillero.

No vale, pues, esquivar responsabilidades. El público y nadie más que el público, como siempre, ha sido, también esta vez, la causa de

lo ocurrido en la ciudad de las fresas y de Angelito Pastor.

Pero, en medio de todo, los lagartijistas no deben deplorar demasiado las catástrofes del día de San Fernando. Hubieran dado, eso sí, la carne de su carne y la sangre de su sangre por evitar que la bacanal taurina pasara á la historia del Califa de Córdoba, sin el tristísimo *De profundis* que se ha cantado, como fúnebre *coda*, al pobre Calderon, y la sangrienta huella que dejó en la plaza *Bonarillo*.

Pero ¡qué demonio! son los gajes del oficio y la eterna marcha de las humanas vicisitudes. Hay quien viaja en ferrocarril, durante veinte años, sin que le ocurra la menor novedad, y un día muere aplastado en el vuelco de una tar-tana.

Los obispos no pierden los barcos ni los marinos dicen misa, y es más fácil que se caiga de un andamio y se rompa la crisma un albañil que un banquero ó un tenor absoluto.

Los toreros á pie y á caballo, están expuestos á una infinidad de contratiempos comunes, y además á las cornadas.

Tienen que luchar contra la existencia, lu-

chando contra las fieras más salvajes de la creación; doble lucha, lucha brutal que, sin embargo de todo y á pesar de cuanto se diga, produce más huesos sanos que rotos, pero cuyas consecuencias adquieren gravedad suma por las circunstancias de tiempo y lugar.

No hay que ocultarlo: la catástrofe de Aranjuez será memorable por haber ocurrido en Aranjuez, en una corrida extraordinaria preparada con gran pompa, y en la cual se ofrecía á Rafael Molina una apoteosis.

Entre la muerte de un picador y la herida de un espada en cualquiera capital de provincias, y la muerte de ese picador y la herida de ese espada en Aranjuez el día de San Fernando, hay la diferencia del acólito muerto ó herido oscuramente en su domicilio y el sacerdote herido ó muerto al pie de un altar donde celebra misa el Papa.

Los heridos sanarán, porque la historia del toreo enseña que todo lidiador que no sale muerto del redondel se cura sin remedio.

Torearán, pues, en breve *Bonarillo*, *Rebujina*, *Mogino* y *Lesaca*, y todo ello habrá sido una *jettatura* del momento, las estrellas de

Pablo Herráiz que han venido á sacudir el sopor de los aficionados y á llevarse al cielo el alma del infortunado Calderón.



Quiero dedicarle cuatro palabras. El nombre de Calderón es célebre en el toreo. Calderón (José Antonio) se llamaba el famosísimo tuerto *Capita* que fué maestro de Cayetano, del *Regatero* y de Matías Muñiz, y cuyos consejos atendían muchas veces Montes y José Redondo, el *Chiclanero*.

Después vienen los Calderones, una dinastía de picadores de toros, cuatro hermanos, Antonio, Francisco, José y Manuel, naturales los cuatro de Alcalá de Guadaira.

Antonio era un torero burdo, serio, hipocondriaco, que trataba de cumplir, sin exponerse demasiado á las caídas, ni menos á las cornadas. Era pesado de cuerpo y tenía pocas simpatías en la plaza. Creo que murió, después de haberse retirado y haberse casado muy viejo, tan viejo que su hermano Francisco, un hombre lleno de sal, que no sabía reirse y hacía reir á todos, me dijo, al darme noticia de la boda de Antonio:

—¿Saboté lo que le regalao? Pue un siyón e ruea pa cuando vaya á visitá á su mujé.

Este Francisco ha sido el más renombrado de todos los hermanos. Caballista colosal, había aprendido el *arte* de caer siempre de pie ante los toros, con una gracia irresistible. Se apretaba pocas veces y era una tienda de maulas; pero había en su casa tal alegría, era á caballo una figura tan airosa y elegante, sabía sortear el mal humor del público con tanto donaire y con tanta oportunidad, y conocía sobre todo tan admirablemente el poder de los toros y el momento en que los caballos se le *cuajaban* para oponer mayor resistencia á las embestidas, que los aficionados inteligentes le perdonaban todos sus defectos, y veían con razón en él al tipo clásico del picador de toros.

Por mi parte, es el torero á caballo que más me ha gustado de cuantos he conocido en la Plaza de Madrid. Y, cuanto al hombre, conservo aún recuerdo gratísimo de sus donosas ocurrencias y del respeto, de la finura y de la buena educación con que miró siempre á todo el que tenía una pluma en la mano.

He dicho antes que no sabía reirse; es tan

verdad, que cuando los toreros querían dar á entender que había algo fabuloso, increíble, que no podía suceder, decían:

—Mas fácil será que se ría el señor Francisco.

Hace algunos años que un toro le dejó caer contra la barrera—creo que en la plaza de Pamplona—y sufrió en la cabeza tremenda contusión. Quedó como alelado y se retiró, con gran disgusto de *Frascueto*, que le adoraba. Vive en Alcalá de Guadaira peleando gallos.

José se retiró hace poco. Un picador desgraciado á quien los toros machacaron á golpes, que empezó queriendo y se repuchó en cuanto vió que el Santo le volvía siempre las espaldas. Le apodaban *Dientes* por los suyos, que enseñaba á todas horas.

Manuel era el más joven y el más simpático, después de Francisco. Tenía algo de la cara de éste y mucho de la seriedad de Antonio; callado, prudente y tratable, se parecía, picando, más á José que á los demás.

Hoy ha sonado para él la hora de las alabanzas y se ha roto la tradición de familia. Los demás, más viejos que él, han muerto ó

viven tranquilos después de los azares de la profesión, y él, el más joven, acaba de encontrar la muerte en el campo de batalla, una muerte estúpida, sin lucimiento, con una conmoción cerebral, la muerte del soldado que en el fragor del combate y oyendo silbar las balas, cae ahogado por el humo de la pólvora.

¡Descanse en paz!

Junio 2 de 1891.





AVE, VERDI!

El día 10 del mes actual, un nombre, impreso en grandes letras titulares, brilló en todos los periódicos de Italia, de Francia, de Alemania, de Rusia y hasta de la sinagoga española que tiene su asiento en este divino Madrid: FALSTAFF.

Sí, gracias á *El Liberal*, supimos ese día que se había verificado en Milán un acontecimiento esperado con ansia vivísima por los que ven más allá de la Junta Central del Censo, de las niñas martirizadas, del reparto de distritos, y de todas las amenísimas congruencias de la política y la moral al uso. '

La Epoca se apresuró á reproducir las noticias de *El Liberal*, y la inmensa mayoría de los demás periódicos, que dedican una columna

á cualquier mamarracho de los teatros *interlopes*, se contentó con cuatro líneas, en las que se anunciaba que en Milán se había estrenado una ópera de un tal Verdi, mientras la prensa de las demás naciones llenaba sus columnas con la crónica del estreno y glorificaba el augusto nombre del autor de *Aida*.

¡Verdi! ¡Bah! Si hubiese sido un Pérez ó un García cualquiera, aspirantes al distrito de un Peláez ó de un Gómez; si se hubiera tratado de averiguar si la interfecta tenía relaciones con un colillero ó con un mozo de café; y si llevaba las medias negras, encarnadas ó azules; si, en fin, hubiese salido por esos mundos de Dios alguna disidencia entre D. Juan Nemo ó D. José Nulo, entonces, ¡oh, entonces!, la prensa habríase desbordado en detalles maravillosos, obsequiándonos con ocho días de tabarra continua.

Pero, ¡averiguar el éxito de *Falstaff*! ¡Suponer que haya un solo español capaz de interesarse por la obra de una gloria mundial! ¡Caber la sospecha de que una *ópera bufa*, escrita por Verdi á los *ochenta años* de edad, pudiese despertar el entusiasmo de los admira-

dores del autor de *El Trovador*, de *Rigoletto*, de *La Traviata*, de *Otello* y de la *Misa de Requiem*!

¡Tanto valdría averiguar por qué la Sociedad de Escritores y Artistas no se titula "José del Castillo y Soriano y Compañía", y el Conservatorio se llama *Escuela Nacional de Música y Declamación*!...



El caso es que *Falstaff* se ha estrenado en la Scala de Milán el día 9 del corriente, ante una concurrencia cosmopolita, de la cual formaban parte maestros, literatos, críticos y empresarios de toda Europa; exceptuando la bella nación que ha sido cuna de la "Liga de padres de familia contra la inmoralidad", y que el autor de la obra, *ese* Verdi, recibió pocas horas antes del estreno el siguiente telegrama:

"No pudiendo asistir ni la Reina ni yo á la primera representación de *Falstaff*, nos anticipamos con nuestros deseos y nuestra admiración á los aplausos que acogerán muy pronto la nueva manifestación de un genio inagotable.

¡Que Dios conserve á Ud. muchos años al arte, á nuestro cariño, á la gratitud de Italia, que, aun en los días más tristes, halló en la gloria de Ud. patrióticas satisfacciones.—*Humberto.*»

Tiene razón el Rey de Italia, y su telegrama, tan sentido como elocuente, resume las aspiraciones, los anhelos, los deseos ardentísimos de todos los italianos y de los que no lo son.

Porque si Verdi es italiano y representa en su patria el genio de la música, coadyuvando á la grandiosa obra de la unidad nacional, ese genio ha recorrido el mundo entero, puede decirse, y ha hecho latir los corazones todos con el fogoso ardor que palpita en las obras del ilustre maestro.

Falstaff es un desafío lanzado al tiempo. Rameau, comenzando á escribir óperas á los cincuenta años, era un caso rarísimo. Verdi, componiendo una *comedia lírica* á los ochenta años, es un milagro.

Y el milagro es tanto mayor, cuanto que, cargado de laureles y de fortuna, el gran artista ha querido luchar aún, ha querido remo-

zarse en el trabajo; ha querido descender una vez más al fallo del público, y á las pequeñeces de la crítica, cuando su gloriosa historia le ponía á cubierto de la una y de la otra.

¿Dónde están Basili, Rolla, Piantanida, Angeleri y demás Beckmesser inmortales que, hace sesenta años, desecharon la solicitud de Verdi y no le admitieron en el Conservatorio de Milán, después de haber hecho sufrir un examen al maestro?...

Su segunda obra teatral fué una ópera bufa: *Un giorno di regno*, que cayó en la Scala el 5 de Setiembre de 1840.

Dos años después, *Nabuco* lo hizo popular, y su estilo apasionadísimo, llevado hasta la exageración, vino á caldear el alma de los italianos, á aumentar la tensión de los ánimos contra la dominación extranjera, y convirtió á Verdi en un ariete musical.

Continuó subiendo, sufrió interrupciones, cayó, volvió á levantarse con esa estupenda trinidad del genio verdiano: *Rigoletto-Trovatore-Traviata*; dulcificó los primitivos arrebatos de su hirviente sangre, estudió á los demás y se estudió á sí mismo; cambió de estilo va-

rias veces, quiso ser siempre artista de su tiempo; y durante sesenta años de carrera se ha sostenido solo en el trono de la música italiana, ha visto caer á todos, y todavía conserva en su soberana mano el cetro del arte nacional. *Ave, Verdi!*



Creían que *Aida* sería su canto del cisne. Cuatro años después del triunfo del Cairo, el luto de la patria le arrancó la admirable *Misa de Requiem*, ejecutada por primera vez en la iglesia de San Marcos, de Milán, el 22 de Mayo de 1874, y dedicada á la memoria de Manzoni.

—¡La postrera obra del genio!—decían.—No; el sexagenario no había roto aún su lira. Había encontrado á Boito, al libretista moderno, poeta y compositor á la vez, materia dúctil en manos del artista creador, como lo habían sido antaño Solera, Cammarano y Piave.

¡Poeta y músico á un tiempo! Boito tendrá la gloria de haber sido el reactivo de Verdi en estos maravillosos tiempos de la vejez.

Otello surgió como un *Credo* cantado en loor del nuevo arte, y la pluma que había hecho estallar el patriotismo italiano con los te-

ribles gritos de independencia de *Nabuco*, *I Lombardi* y *Ernani*, se plegó á la expresión ideal de un sentimiento puro y casto, trazó el *Ave María* de Desdémona.

Esta vez podía creerse que el genio musical de Italia había escrito su testamento. En medio del marasmo en que yacía el arte nacional, muerto Ponchielli y perdida toda esperanza para lo porvenir, Mascagni había sacudido el sopor de la patria con *Cavalleria rusticana*, en medio de una explosión formidable que le presentaba como un regenerador, dejando en último término á Catalani y Puccini, que habían logrado, con *Edmea*, y *Le Willi*, llamar bastante la atención.

El viejo, en tanto, quiso divertirse á los ochenta años. Falstaff, el Sancho Panza de Shakspeare, le atrajo. Llamó á Boito, y éste se prestó gustosísimo á hacer carne de música bufa al "receptáculo de malos humores," del gran dramaturgo inglés.

Verdi s'amuse! Se puso á componer riéndose á carcajadas, como lo ha declarado él mismo, y burla burlando llevó á término el *Falstaff*.

Retó á la musa que en pasados tiempos le había hecho crear el Oscar de *Un ballo in maschera*, figura llena de garbo y de luz, que atraviesa el sombrío drama como alegre sonrisa; y acaba de vencer, dando al mundo el más asombroso ejemplo de longevidad intelectual.

Ha querido retrotraer el arte nacional á sus orígenes, ha querido refrescar la tradición de la ópera bufa, beber en las fuentes de Pergolese y de Cimarosa, y dejar quizá una nueva fórmula que señale á la patria el camino de la regeneración.

¡Y esto á los ochenta años, cuando se han agotado las fuerzas, cuando se ha cansado el espíritu y el cuerpo se inclina hacia la tierra en demanda de reposo perdurable!

Como Wagner, no ha conocido la triste época de la decadencia, no se ha visto oscurecido, olvidado, absorbido por los jóvenes.

El joven es él; es el anciano ilustre que aún reina y gobierna y dicta leyes á la juventud; es él, la naturaleza de hierro, la voluntad inquebrantable, el robusto obrero que vive en la soledad, odiando las exhibiciones, inmenso en su labor, inmenso en su modestia, inmenso en

su carácter; temperamento inaudito que no ha engraido la fortuna, que no ha abatido la adversidad, y ha dedicado su existencia á los tres grandes amores: el amor al arte, el amor á la patria, el amor al trabajo, que resplandecen en su corona inmortal.

Tiene razón el Rey de Italia: "¡Que Dios conserve á Verdi muchos años al arte, al cariño y á la admiración general!," Italia debe sentirse orgullosa al contemplar á ese anciano incomparable que, octogenario, imprime al arte de la patria nueva savia de juventud.

La grandeza del autor de *Falstaff* forma hoy un nimbo de apoteosis que irradia sobre el mundo entero. Quien á los veinte años cayó con *Un giorno di regno*, alcanza á los ochenta un triunfo con *Falstaff*.

Ave, Verdi!

Febrero 16 de 1898.





La Nochebuena en Guipúzcoa

A mi amigo el ilustre vascófilo
D. Antonio Arzac.

Guipuzcoano de la clase de ridículos por los tiempos que corren y nos corroen, vivo hace treinta años en Madrid, con el pensamiento fijo en San Sebastián, mi pueblo, sumido en los horrores de una nostalgia que sólo un trabajo incesante mitiga durante el invierno, y desaparece por completo en el verano, cuando dejo la corte y sus penumbras y respiro el aire libre en mi ciudad natal.

Pero hay en todo el año una noche para mí famosa y temible; noche en que la nostalgia me ataca despiadadamente y me destroza el alma y el espíritu; noche en que, á pesar de

hallarme rodeado del afecto de todos los míos, tengo que rendirme á discreción, inepto para luchar contra recuerdos que constituyen obsesión implacable y dolorosa.

Esa noche es la del 24 de Diciembre, la Nochebuena. El ruido de tambores, rabeles y zambombas que atruena las calles y plazas de Madrid; la feria de la plaza Mayor y de Santa Cruz, con su pantagruresco mercado y sus clásicas panderetas; el bullir de los grandes, el correr y gritar de los chicos; todo ese clamoreo informe de muchedumbre alegre y satisfecha que corre á buscar indigestiones para conmemorar la Natividad de Jesús, me recuerda mi país, mi pueblo, mi gente.

Y en medio de la animación popular me encuentro más aislado; el estrépito de la multitud me suena á hueco, y la algazara de una ciudad, el jolgorio de un pueblo ebrio de alegría, vienen á ensanchar cruelmente el vacío de mi corazón.

Entonces me repliego sobre mí mismo, me autosugestiono, y mi único consuelo es llamar á la *loca de la casa*, la cual acude en mi auxilio, me arranca de la corte y, en alas de la

fantasía, me traslada inmediatamente á San Sebastián.



Acaba de anochecer: los pescadores, los únicos ausentes sempiternos, los de la diaria preocupación, han vuelto de la pesca del besugo y se hallan en sus hogares del barrio de la Jarama.

La población—la antigua, la de las murallas—parece yerta de frío. No suenan zambombas ni da dentera el chirrido de los rabelles, como en Madrid.

De vez en cuando se divisan pequeños grupos que van y vienen por las calles y desaparecen en un portal. Y las sonajas de las panderas suenan *pianísimo*, y la luz de los faroles baila fantásticamente en las aceras y en el arroyo.

Las familias cenan alrededor de la mesa, donde el besugo hace el principal gasto. De pronto llaman á la puerta, ábrese ésta de par en par y la claridad de un farol enorme ilumina uno de los grupos que poco há transitaba por las heladas calles.

—¡Aguilando!, clama una voz.

Y acto continuo, la voz canta, acompañada en unísono por las demás del grupo.

Cantan en vascuence aires de circunstancias, en tiempo de zortziko, lento y solemne, que acentúa la pandera marcando el ritmo con vigor.

A veces la canción tiene un estribillo, caso en el cual la *soprano* del grupo entona el *aria*, en cuyo final se desploma el coro con entusiasmas acentos. Todo ello termina con un *jagui-lando!* feroz, gritado por toda la masa.

En general, la gente del muelle y los niños y niñas, estos últimos formando siempre grupos aparte, se lanzan al idioma castellano, vocalizando desatinadamente y estropeando la prosodia, con la siguiente canción:

Esta *noché* es Nochebuena
Y no es *noché* de dormi-i-i-ir
Lá Virgen *ésta* de pa-a-arto
Y á las *dosé* ha de pari-ir.
Y dijo Melchor:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo,
Canásido Dios!

Nada puede dar idea de la belleza de esta melodía popular impregnada de una dulzura

y de una sencillez admirables, y que se canta acompañada únicamente por la pandera acentuando la corchea y las dos negras del compás.



La noche avanza lentamente. Los grupos de mujeres, de niñas y de niños han verificado sus rondas, han penetrado en las casas donde hay nacimientos, los han visto y se han llevado gozosos el clásico *aguilando*, como ellos dicen anagramatizando el sustantivo español.

Y la voz de *jaguilando!* resuena otra vez entonada ahora con acento ordinario y robustísimos pulmones.

Abrese de nuevo la puerta y, á la luz del farol, se divisa nuevo grupo compacto, oscuro, sombrío, que adquiere en las penumbras del descansillo de la escalera caracteres de tétrica aparición.

Son los aldeanos, los *caseros*, como allí los llamamos todos. Vienen envueltos en sendos *kapuzayes*, hopalandas de paño burdo que caen hasta las rodillas y se sujetan á la cintura con una cuerda.

Un inmenso capuchón tapa la cara y deja

solamente al descubierto los ojos, que brillan á la tenue luz del farol, como fulgura de noche la mirada de los lobos.

Y los caseros cantan, siempre en vascuence y con voces que se arrastran con deliciosas vocalizaciones, aires vascos de un sabor áspero y especial, sin ritmo, ni compás, ni armonía; melodías de imposible anotación que traen el frío ambiente del campo, y se exhalan de la garganta ruda del aldeano, esparciendo aromas de planta silvestre arrancada á la dormida vegetación.

Si el aguinaldo cae, la turba canta agradecida una canción que termina así:

Echiontako echekoandriak
Ama Virgíña diruri.

(La señora de esta casa se parece á la Virgen.)

Pero si cualquier desplante del grupo se ha opuesto á la prodigalidad de la *echekoandre*, entonces los caseros aullan:

Echiontako echekoandriak
Diabru zarra diruri.

(La señora de esta casa parece un diablo viejo.)

Este final, en caso de negativa de aguinal-

do, es el de rúbrica; pero raras veces lo emplean los indignados caseros, sino que hay que taparse los oídos para no escuchar los horrores que salen de aquellos labios contra la señora de la casa, contra la *echekoandre*.

A las nueve y media ó las diez, engullido el besugo, los nacimientos se apagan, dejando oír el murmullo del agua que corre por los diminutos arroyuelos.

Si la noche es de calma, la ciudad duerme sin que se perciba su respiración. Si la noche es de viento, el vendaval zigzaguea por las angostas calles, mugiendo tristemente, como perro que olfatea la muerte con lúgubres ladridos.

Todo el mundo á la cama. Los grandes reposan, los niños sueñan. ¿Con quién? Con *Olentzaro begui gorri* (Olentzaro el de los ojos encarnados).

¿Quién es este fantástico personaje?

¿Arranca de alguna leyenda?

Nada de eso; ni leyenda ni personaje.

Olentzaro es corrupción de *onentzaroa* (la mejor noche), que Larramendi traduce *Nox Nativitatis Domini*, de lo cual se deduce que

el vocablo compuesto significa la Nochebuena.

¿Y *begui gorri*? No es fácil hallar la relación exacta que pueda existir entre unos ojos colorados y la clásica noche de Navidad.

¿Serán la antonomasia del besugo por los ojos encarnados del sabroso pez?

Una lógica asociación de ideas habrá unido tal vez los susodichos ojos á la noche de *onentzaro*, convirtiendo ésta en *olentzaro* y á éste en personaje de fantasía, con el aditamento de la vista roja.

Sea de ello lo que quiera, el caso es que *Olentzaro begui gorri* existe en la mente de los chicos cuando llega la noche de Navidad, y que esa denominación sintetiza elocuentemente la naturaleza, el carácter indígena de la Nochebuena en la capital de Guipúzcoa.

Saliendo de la ciudad y entrando en el campo, la celebración de la Nochebuena se reduce á la cena tradicional con que los *caseros* rompen la monotonía del manjar diario, cantando además las alabanzas de Cristo, en aires populares originalísimos, que repercuten en

las fragosidades de los montes y cuyo origen se pierde en la oscuridad impenetrable del *folklore* éuskaro.

No sé hasta qué punto se conservan en los caseríos de Guipúzcoa las tradiciones de la Nochebuena. La capital las ha perdido completamente al ensancharse y tomar el aristocrático color que hoy le distingue, como corte veraniega, entre todas las de España.

Hoy la Nochebuena se reduce á ostentar las familias pudientes que tienen niños en casa magníficos nacimientos, en los cuales se gasta un dineral.

Hay pequeñas orquestas que recorren las calles y postulan *pro domo sua*, muy diferentes á la que en 1865 se formó con jóvenes distinguidos de San Sebastián con el objeto de reunir fondos para ayudar á Santander, donde el cólera hacía estragos.

Endosaron entonces los citados jóvenes el *kapuzay* de los *caseros* y recorrieron la población y visitaron las casas, cantando y pidiendo una limosna para las familias que el cólera había dejado en la miseria.

La cuestación dió magníficos resultados, y

aquel año la Nochebuena fué en verdad *onentzaroa* (la mejor noche), puesto que se honró al Salvador de los hombres practicando una de las virtudes más sublimes recomendadas por El en sus predicaciones: la Caridad.

La Nochebuena, en suma, patrimonio ayer de todos, es actualmente en San Sebastián, como en todas las capitales y poblaciones de alguna importancia, diversión de niños, y representa para ellos la figura brillante de un espléndido cotillón.

Y hasta el aldeano, á quien las vías de comunicación y los clamores de la prensa mantienen en comercio constante con todo el país, ha perdido mucho de la leyenda que le rodeaba como una aureola de inmaculada honradez y de patriarcales costumbres, y se acerca cada vez más al tipo humano que Zola ha pintado con tan terribles colores en *La Terre*.

Por eso, cuando llega en Madrid la noche del 24 de Diciembre, mi nostalgia se aviva con el recuerdo del *Olentzaro begui gorri*, y me aferro tanto más á ese recuerdo, cuanto que el gran *Olentzaro* hace hoy reir á los niños y despertaba en mí, hace cuarenta años, emociones

indefinibles que el transcurso del tiempo no ha podido ni podrá nunca borrar.

Y mientras los rabeles, los tambores, las panderas y las zambombas escandalizan á todo Madrid en la Nochebuena, yo me sentaré al piano y cantaré con lágrimas en los ojos:

Y dijo Melchór:
Toquen, toquen los *istrumensillos*
¡Qué alegre es el mundo,
Canásido Dios!...

Madrid 20 Diciembre 1898.



1. The first group of people who are affected by the disease are those who are in the first stage of the disease.

2. The second group of people who are affected by the disease are those who are in the second stage of the disease.

3. The third group of people who are affected by the disease are those who are in the third stage of the disease.

4. The fourth group of people who are affected by the disease are those who are in the fourth stage of the disease.

5. The fifth group of people who are affected by the disease are those who are in the fifth stage of the disease.

6. The sixth group of people who are affected by the disease are those who are in the sixth stage of the disease.

7. The seventh group of people who are affected by the disease are those who are in the seventh stage of the disease.

8. The eighth group of people who are affected by the disease are those who are in the eighth stage of the disease.

9. The ninth group of people who are affected by the disease are those who are in the ninth stage of the disease.

10. The tenth group of people who are affected by the disease are those who are in the tenth stage of the disease.

11. The eleventh group of people who are affected by the disease are those who are in the eleventh stage of the disease.

12. The twelfth group of people who are affected by the disease are those who are in the twelfth stage of the disease.

13. The thirteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the thirteenth stage of the disease.

14. The fourteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the fourteenth stage of the disease.

15. The fifteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the fifteenth stage of the disease.

16. The sixteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the sixteenth stage of the disease.

17. The seventeenth group of people who are affected by the disease are those who are in the seventeenth stage of the disease.

18. The eighteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the eighteenth stage of the disease.

19. The nineteenth group of people who are affected by the disease are those who are in the nineteenth stage of the disease.

20. The twentieth group of people who are affected by the disease are those who are in the twentieth stage of the disease.

21. The twenty-first group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-first stage of the disease.

22. The twenty-second group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-second stage of the disease.

23. The twenty-third group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-third stage of the disease.

24. The twenty-fourth group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-fourth stage of the disease.

25. The twenty-fifth group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-fifth stage of the disease.

26. The twenty-sixth group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-sixth stage of the disease.

27. The twenty-seventh group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-seventh stage of the disease.

28. The twenty-eighth group of people who are affected by the disease are those who are in the twenty-eighth stage of the disease.



EL BACARRÁ

¿Conocía Regnard la naturaleza humana cuando se escribió la horrible odisea del jugador? Es indudable; pero entre el vicioso clásico, *interlope* y *débraillé* del célebre autor francés del siglo xvii y los jugadores del día hay notables diferencias.

De todos modos, las jerarquías se imponen y atenúan la responsabilidad. La frase de Cantalejo, el de la Guindalera, en la Cárcel Modelo: "Para matar á alguien hay que llevar sombrero y levita,, aludiendo al indulto del registrador de Archidona, tiene su filosofía.

No soy hipócrita y declaro que me gusta el juego; si no soy jugador es porque me faltan el tiempo y la moneda, lo cual no es una razón

para que deje de echar mi cuartito á espadas, si la ocasión se presenta, de vez en cuando.

Lo he dicho otras veces y lo repito ahora: tengo el juego por una erupción moral, que no se cura con astringentes. Si brota, el enfermo puede sanar; si se mete dentro, envenena la sangre y el paciente va al hoyo.

En España el Gobierno empieza á preocuparse con esa cuestión: hay conatos de reglamento, se establecen jurisprudencias, se dictan reglas; pero, lejos de mirar el asunto cara á cara, la hipocresía domina, asoma la timidez y lo anodino lo embrolla y desbarata todo.

El banquero de la lotería, esa ruleta con quinientos *ceros*, que cobra el barato y nada en la usura, se pone fosco cuando le hablan de la ruleta común, del treinta y cuarenta y del *bacarrá*; la hetaria que firma sus pagarés engañosos, nueva D.^a Baldomera, en la Dirección general de Impuestos, se coloca un *cingulum pudicitiae* en cuanto se trata de un Casino.

La jerarquía asoma ya con sus falacias remuneradoras; las armas oficiales dan al billete un *cachet* de solemnidad y de nobleza que atrae y conmueve, y el niño que voltea el bom-

tiene el encanto de la inocencia amparando á la virtud. ¡Un idilio!

En verdad que es un idilio; las alegrías de mil compensan con creces las lágrimas de un millón, y el Gobierno, el Gran Lotero, el *Gran Croupier*, recoge en la *cagnotte* el *veintisiete por ciento*, y exclama satisfecho y orondo, dirigiéndose á los puntos:—*Il y a une suite*.

La *suite* se repite después de cada talla, y se talla tres veces al mes.

Aquí, en Biárritz, las cosas van más deprisa. Cuando el rubicundo Febo se zambulle en el Océano, entre el cabo de Machichaco y la punta de La Teste, lleva tres horas oyendo los *neuf, huit j'en donne, rien ne va plus* de los banqueros.

Y cuando después de un baño de doce horas asoma su perezosa faz por las cimas del Pirineo, todavía puede asistir al jolgorio de los luises y de los billetes de Banco y presenciar la desbandada triste y sombría de los que han dejado en el tapete verde la fortuna de sus hijos.

Pero esto no lo ve nadie más que Febo; nosotros, los infinitamente pequeños, estrellas

apagadas con ó sin cola, continuamos incólumes (¡oh Bofill!) nuestro baile. Y los ecos de la danza macabra llegan á nuestros oídos como un capítulo de folletín romántico.

—Fulano se ha escapado después de haber *clavado* á diez ó doce amigos.

—Zutano ha perdido 20.000 duros; su pobre mujer, anegada en llanto, ha tenido que pedir dinero para marcharse.

Y el suceso se comenta durante el almuerzo y la comida. Las señoras se enternecen, caen sobre el criminal y echan pestes contra el juego; los hombres filosofan con la seriedad que el caso requiere, se indignan, desarrollan un curso de moral inatacable y gritan luego en el Casino: ¡*carte!*

Y la vida gira bañada en luz, que dijo Espronceda; los hoteles están llenos, las *villas* y *chalets* todos ocupados, las tiendas hacen su agosto, los mercaderes prosperan, los fondistas se enriquecen, los cafeteros *jubilán*.

Músicos ambulantes, rascadores de violín y arañadores de arpa, cantadores del arroyo que hacen gárgaras con romanzas de salón y *pontneufs* boulangeristas, le persiguen á uno

por calles y cafés, como un *demi-monde* de la mendicidad que rompe los tímpanos á perro chico.

En Puerto-Viejo la *high-life* se baña con zapatos, con faja y con corsé; en la Gran Playa la democracia impera; las olas van y vienen y chocan entre sí, besándose y promiscuando, con caricias agridulces, en la calma y majestad de una mar prodigiosamente bella.

Los ardores del verano llegan tarde y con bien, atenuados, dulcificados, idealizados por un principio de otoño encantador.

La *Inclusa* de la Gran Playa es un hormiguero; *bebés* y mocetes, niños y niñas, corren sin cesar, agitan palos, llenan de agua los cubos, hacen hoyos en la arena, mojan los piececitos en la orilla, gritan, chillan, gesticulan, saltan, como una irrupción de urracas y de loros que charla y picotea sin cesar.

Los padres, los parientes, los amigos, forman grupos numerosos y variados, donde los antucás proyectan su sombra y cobijan al robusto mamón que chupa, hinchados los carrillos, el pecho de la *nounou* normanda.

Todo aquel mundo abigarrado ríe y se so-

laza *ad libitum*; unos meriendan, otros curiosean, los vendedores de malvabisco serpentean por los grupos gritando: ¡*La guimauve, fraîche et bonnel*!; la *cocotte* que sale del baño descompuesta y lacia, salpica de agua á la colegiala de Anglet que volverá en breve al internadero moral y virtuoso donde sus padres la incuban para el bien; el hortera de Bayona, que entra en el mar con un traje de fantasía; la vasca humilde que se baña con blusa de estameña, todo eso bulle y se agita en la playa de los locos, enfrente del Océano, que se extiende, manso como una oveja y terso como un cristal, hasta la línea del horizonte, cuya monotonía corta de vez en cuando el penacho de humo de algún vapor carguero.

Los pechos respiran con holgura, los ojos se animan, las bocas ríen, *sento odor di gioia*, diría *Don Giovanni* al sentir aquel olor de salud, de bondad y de bienandanza que despide el hormiguero, al olfatear aquellos efluvios de fecundidad y de dicha inenarrable que exhala el gran rebaño humano.

Y todo ello bañado por los rayos del astro

rey, ejecutando en las alturas una sinfonía (¡oh, Bofill!) en... *sol mayor*.

¿Y adónde va todo ese vapor de felicidad? ¿Dónde está el dios gigantesco, obeso y ahito del *Germinal* de Zola? En el Casino.

Sí, es horrible, pero es verdad; el *bacarrá* alimenta el cuadro fantástico que ha ofrecido Biárritz hasta hace muy pocos días.

Había habido tres años malos, Biárritz estaba acongojado, en Bayona reinaba el terror. Y de repente, después de un mes de Julio enteco y miserable y de la primera quincena de Agosto, silenciosa y triste, viene una inmigración inesperada.

El *bacarrá* comienza, se juega mucho, corre la noticia como un reguero de pólvora, y rusos, franceses y españoles se lanzan al salón de juego.

El ruso juega por distracción, el francés por costumbre, el español por vicio. El juego aumenta y los trenes vomitan gente. La terraza del Casino está intransitable; organizanse bailes, *lawn tennis* y *rayls paper* (no sé lo que es eso, pero creo que se escribe así), se arman grandes discusiones sobre el rango que

debe ocupar el *smoking* (salvo la ortografía) y el frac. De tal hora á tal hora la *tuina*, de tal otra á tal otra la otra prenda.

Y se consultan los periódicos y la *indumentaria* lo absorbe todo. Baile de percal en casa de Mellor, baile de raso en casa de Escandón. Este último se verificó en mis vecindades, en el *chalet* Nadaillac. La orquesta tocaba en la terraza, bajo un cobertizo de madera. Desde la *falaise* ví á una porción de caballeros que me parecieron muy discretos, muy gallardos y muy elegantes; y ví damas descotadas, espaldas de sirena, ojos de firmamento y bocas á *croquer*.

Y la *cagnotte* hacía, un día con otro, 15.000 francos, más bien más que menos, y las barajas corrían, y las palas de los *croupiers* no paraban, y la moneda y el papel no se daban punto de reposo en cuatro mesas, siempre rodeadas de jugadores.

¡Qué verano! Los biarrotos lo dicen: no se ha conocido otro hace muchísimos años, ni más fiestas, ni más gente, ni más animación, ni más alegría.

El dinero ha corrido á chorros, ha llevado

la dicha á la comarca, ha desarrollado la industria, el comercio y las *cocottes*.

Las gaviotas anuncian borrascas en la mar; las *cocottes*, golondrinas del vicio, señalan buen tiempo en los establecimientos de baños y en las playas.

Este año las ha habido aquí á bandadas, luciendo las últimas novedades de la moda y haciendo estragos, lo mismo en el Casino que en el Alcázar.

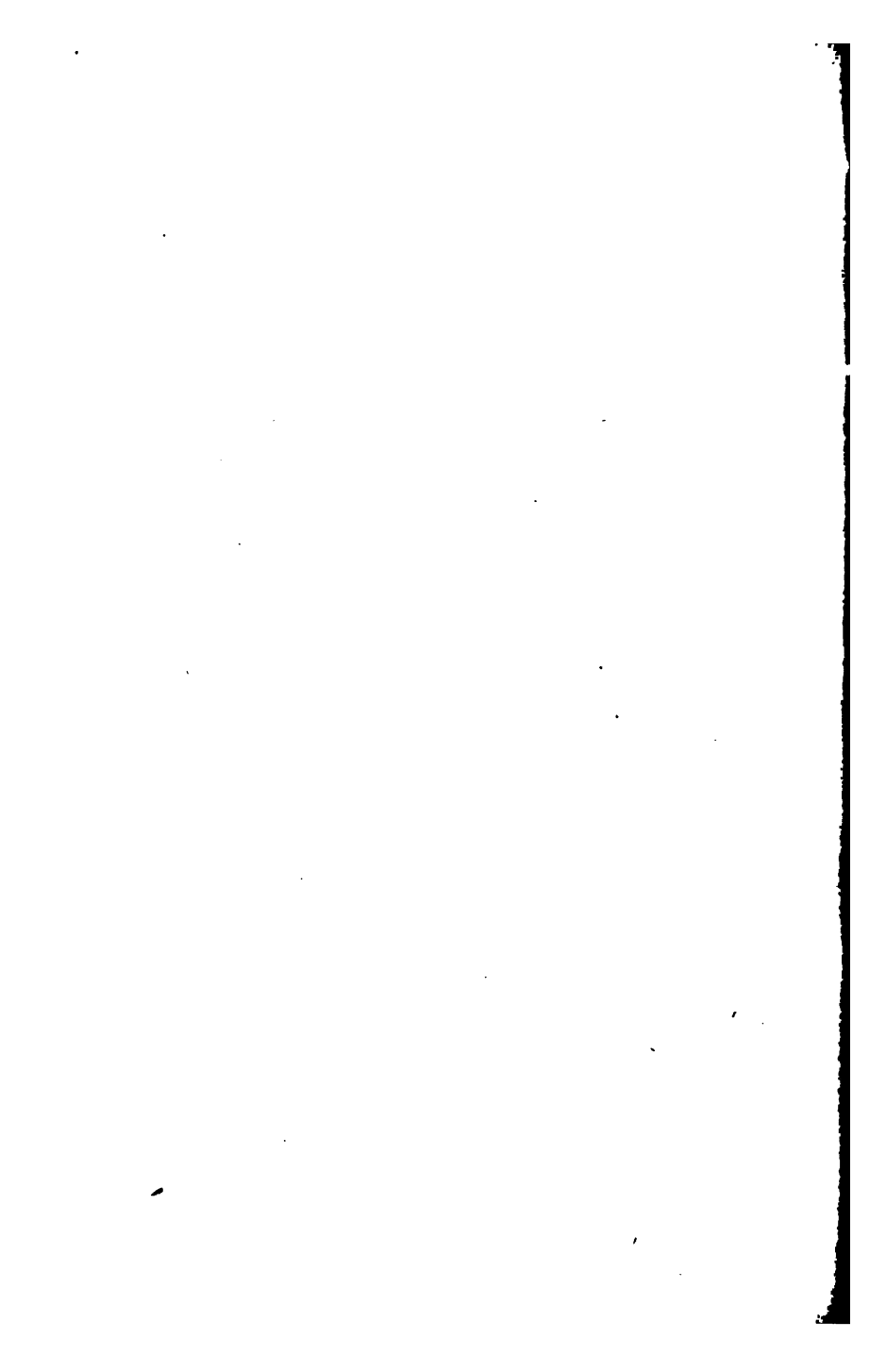
El Rey Bacarrá las ha atraído y han gozado de sus favores, como todo el mundo.

Y ahora ¡adiós Biárritz! todo eso desaparecerá como una visión. El francés á París y el español á España. Vendrán los ingleses, gente práctica, que comprarán un par de calcetines cuando se rompan los que llevan puestos y pasarán la vida en familia, jugando al *croket*, cazando zorras y bebiendo *sherry*.

Queda, sin embargo, en todos la esperanza, la esperanza del año que viene, igual á éste en bullicio, en dinero, en salud y en felicidad...

Si la *cagnotte* embolsa 15.000 francos diarios.

Biárritz 28 de Setiembre de 1883.





A bordo del «Destructor»

El *Destructor* y yo somos antiguos amigos, nos conocemos y nos tratamos íntimamente; estoy en el barco como en casa propia; el comandante, el segundo, los oficiales, los maquinistas, la marinería, todos me conceptúan formando parte de la tripulación, y, á fuerza de ir á bordo uno y otro día y de permanecer allí horas y horas —á veces desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche,—he llegado á figurarme yo mismo que soy algo del *Destructor*, tales son los atractivos que para mí tiene el crucero-torpedero, y tal el cariño que profeso á cuantos viven en esa máquina de guerra engendradora y dada á luz por D. Fernando Villaamil.

Dicen que las entrañas del buqueson una maravilla; yo no las he visitado jamás. ¿Para qué? No entiendo una palabra de mecánica; cuando me hablan de eyectores, de condensadores, de chumaceras, de presiones, de revoluciones y de libras, inclino la cabeza, espanto los ojos, digo á todo que sí y me disloco de admiración; pero en cuanto las explicaciones han terminado, me encuentro tan á oscuras como al principio, y convencido plenamente de que me han hablado en tágalo ó en volapuk.

Y cuando vuelvo sobre cubierta y me da el aire y veo el mar, respiro con delicia aquel ambiente salitroso, y me embriago en él como prisionero que ha huído de la cárcel y recupera la perdida libertad.

¡Al diablo las máquinas y las calderas! Al diablo los grandes cilindros, limpios, inmaculados, relucientes cuando está anclado el buque, receptáculos de grasa, antros de pringue en cuanto el barco echa á andar.

El *Destructor* se halla en la Concha, llevando vida sedentaria, la máquina guerrera, el corcel de las aguas reposa en este instante, y el movimiento se encuentra sobre cubierta.

Cuando digo el movimiento, digo mal, porque en el *Destructor* no se advierte el movimiento de un buque de guerra.

Allí todo es calma: los marineros, á popa, se entregan á sus tareas, sin que se oiga una voz, hablando quedo, recogidos, silenciosos, cruzándose por los ventiladores, limpiando algo, limpiando siempre, porque el barco es delicado y coquetón, y hay que tenerlo como los chorros del oro.

Y fondeado allá, al abrigo de Santa Clara, con la proa dirigida hacia el horizonte sin límites de la alta mar, nótase en el barco un silencio de iglesia, un recogimiento ordenancista, serio, rígido, casi solemne, que cortan periódicamente la campana de á bordo anunciando las horas y la voz de ¡mecha! con que el comandante ó los oficiales piden lumbre para fumar.

Al anochecer, cuando se arría la bandera y el sol se oculta detrás de la isla, matizando con tonos de oro viejo un pedazo de cielo, entre los peñascos de Igueldo que lame el mar, al Norte, y las vertientes de Santa Clara que se destacan plumizas y afiladas, al Sur, el *Des-*

tractor hace su *toilette* de noche y se dispone á descansar.

Los cañones-revólvers, los artefactos guerreros de Nordenfeld que un niño podría hacer girar como una peonza, desaparecen bajo las fundas de lona que semejan gorros de dormir.

Y en el silencio augusto de la noche, se divisa por el costado de estribor una masa negra, con tres palos que las sombras aguzan y agrandan; y las vergas y las cangrejas trazan líneas paralelas y diagonales que flotan en el aire, envueltas en la red tupida de la jarcia.

Es el *Colón*, huésped importuno que se ha colocado allí, robándonos panoramas y paisajes, privándonos de ambiente, perturbando la calma y la soledad que nos rodeaban.

De día parece una pajarera; el pito suena sin cesar, desde el alba hasta la queda, como en plaza de toros de provincia, donde las reses vuelven al corral entre los silbidos y las imprecaciones de la muchedumbre.

Cuando el pito calla, suena la corneta y la plaza taurina se convierte en campamento. Que el comandante va á tierra, que el coma-

dante vuelve á bordo, que la gente va á comer, que los oficiales se desayunan, que ahora un ejercicio, que luego un descanso, que simulacros de incendio, que zafarrancho de combate; aquello es el movimiento continuo, un estrépito interminable, un horror sin fin.

Y el pito silba, piiiíiii, píííí, y la corneta no cesa, tararí, tarará, y los peces asoman la cabeza y miran con ojos estúpidos al barco, cuya popa redonda y abultada, se destaca sobre las aguas azules, como un enorme polisón.



Son las nueve de la mañana y acabo de llegar al *Destructor*, en la canoa de á bordo, acompañando á D. Mauricio Arauco, oficial y habilitado del crucero.

Arauco es paisano mío, del mismo San Sebastián; hablamos en vascuence, y esto nos ha hecho amigos en seguida.

Sentado sobre la borda nos espera el segundo, D. Antonio Romero, un jerezano comunicativo y simpático, alto, nervudo, con ojos grandes, llenos de franqueza, que escudriñan los menores rincones del buque, y ejercen una

vigilancia de todos los instantes, avizora, inquieta y bondadosísima á la vez.

Ya estamos á bordo. Me dirijo á la diminuta caseta, colocada como una garita entre las chimeneas y el puente y que forma, por sí sola, el salón, el comedor, el recibimiento, el gabinete y la alcoba del barco, todo su lujo, toda su coquetería. Caben en ella cuatro personas mal contadas y hay que apretarse para entrar.

Allí está D. Antonio Olmedo, el otro oficial del *Destructor*, con su cara redonda, afable, inocente, de niño sin pecar, y sus ojos oftálmicos, que se esconden tras ahumadas gafas, y su sonrisa beatífica, estereotipada en los labios, como una evaporación de belleza moral.

—¿Y Villaamil?—pregunto.

—Está en su camarote.

Bajo al camarote por una escala de gato, tropiezo, antes de entrar, con una mesa llena de platos, me agacho, me escurro y penetro en la sacrosanta estancia.

Allí diviso á Villaamil, acurrucado, empequeñecido, atómico, sentado no sé dónde, y dando con la cabeza en unas tablas incrusta-

das en el acero de la banda de estribor, como un ataúd.

Y veo torpedos que cuelgan y relucen al lado de una amarra, y un agujero abierto á proa, desde donde brillan las aguas del mar; y, por el resquicio de una puerta, distingo dos camarotes y dos cromos clavados en la cabecera de una especie de petate: una Virgen con Jesús en brazos y una chula con un clavel en la cabeza.

Villaamil se viste y yo me ahogo en aquella mazmorra, donde los bandazos del barco saben á demonios, en aquel tugurio donde huele á pintura y se respira trabajosamente, y se comienza á sentir ese dulce saliveo precursor del diluvio estomacal.

Y mientras Villaamil termina su tocado, yo le contemplo con admiración y me pongo á pensar en ese hombre extraordinario, del cual quiero decir cuatro palabras.

••

No voy á hacer un retrato del comandante del *Destructor*, ni siquiera un boceto; esto va á ser un bosquejo á vuela pluma, un perfil, ¿qué sé yo?, probablemente cualquier cosa.

Es bajo de estatura, enjuto de carnes, nervioso, seco, vibrante como una estacha muy tesada.

Sus ojos pequeños, garzos, entornados, tienen la fijeza, sombría y descarada á la vez, del que está acostumbrado á mirar las grandes distancias y á sondear las grandes oscuridades.

La cara es pequeña también, como los ojos; pequeña también la nariz, algo remangada; fino y levantado el labio superior, el inferior caído y adelantado; todo ello curtido, barnizado, apergaminado por los vientos y la mar.

Hay en la cara de Villaamil, en sus labios, en sus ojos, en su frente, fuerza de voluntad, energía, coraje, decaimiento, tristeza, acciones y reacciones súbitas, llamaradas de entusiasmo que se encienden y se apagan de repente, dedos del desengaño, huellas de la decepción que subraya una sonrisa llena de sorna, amarga, comunicativa, punzante.

Conozco muy confusamente su historia.

Fué marino mercante y después marino de guerra.

Como marino mercante se familiarizó con las grandezas de la mar.

Como marino del Estado, no ha logrado familiarizarse con las pequeñeces de la tierra.

Venció á la Gran Traidora y no puede con la Gran Chismosa.

Padece una terrible enfermedad: ama á la marina, la ama con pasión inextinguible, con locura, con frenesí; y al verla vilipendiada, miserable, inútil—*che fosti donna ed or sei povera ancella*,—estalla su corazón y se enciende su sangre, con la ira, con la desesperación de quien ve á la mujer querida huir con un amante chulo y mantenerlo y ponerle casa y prostituirse con él.

Hay que oírle hablar de eso para comprender hasta dónde llega su delirio por la infame y el dolor inmenso que se apodera de él al medir la entidad del mal y convencerse de que el remedio es ya imposible.

Cuando Villaamil habla de la marina, su frase tiene la ductilidad y la consistencia del acero, emite los conceptos con una sobriedad, con una lógica, con una concisión tan sencilla, tan clara, tan persuasiva y elocuente, que el más lego en la materia le sigue sin trabajo y le comprende sin esfuerzo.

Y si alguna vez la expresión le parece anfibológica y sospecha que puede resultar deficiente, apela entonces á la metáfora, y las metáforas de Villaamil son focos de luz eléctrica que iluminan vivamente el pensamiento y le dan la vida y la robustez de la verdad.

El comandante del *Destructor* es un desencañado; Villaamil es un buque cansado, rendido, por una lucha estéril, que hace agua por todas partes, y no tiene ya más que una aspiración: irse á fondo.

En la soledad que le rodea, sin estímulo, sin porvenir, está condenado á ver caer, unas tras otras, todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, y quiere morir de una vez, sin esas largas agonías que descomponen el cuerpo y desfiguran el rostro del enfermo en su lecho de muerte, antes de hacer la última mueca.

Tiene para ello sobrados motivos, que yo no he de señalar, porque no se trata de eso ahora, y no me arriesgaría nunca á tocar asuntos muy delicados, que conozco al dedillo, pero sobre los cuales sería imprudente decir una palabra en la presente ocasión.



Hace un mes próximamente hallábame yo á bordo del *Destructor*, cuando lo visitó S. M. la Reina Regente, acompañada del Rey don Francisco de Asís y del Infante D. Antonio.

La visita no estaba oficialmente anunciada y me impidió, por lo tanto, marcharme á tierra, antes de que los egregios visitantes saltasen á bordo del *Destructor*.

Busqué un escondite y lo hallé en una especie de chiribitil, contiguo al pañol de pinturas, donde se lleva el detall del barco y hace un calor insoportable.

Permanecí embutido allí, mientras duró la visita, y para distraer mis ocios, cogí los libros de bitácora que, entre otros, había en un estante.

Púseme á hojearlos, y en medio de aquella clase de partes lacónicos y monótonos, cuya caligrafía habían estropeado los balances, tropecé con una relación extensa, y me lancé á leerla con verdadera avidez.

Aquella relación era el salvamento del torpedero *Habana*, llevado á cabo por el *Destructor* en circunstancias por todos conocidas.

¡Pero qué relación! Todo el carácter de Vi-

llaamil está en ella, está en aquella narración árida, escueta, especie de acta judicial, de documento de médico forense, en la cual un hecho heroico, realizado en la mar deshecha, entre los espumarajos de las olas, y las llamaradas del incendio, entre los ayes de los heridos y las angustias de los sanos, adquiere una grandeza épica por su misma falta de adorno, por su punzante y brutal concisión, que ponen al desnudo el valor y la serenidad del soldado, la modestia y el corazón del hombre.

Treinta y seis horas ¡treinta y seis! estuvo entonces Villaamil en el puente del *Destructor*, durante aquel terrible salvamento, mientras la oficialidad, secundando admirablemente sus órdenes, animada con su ejemplo, se movía con precisión automática, impávida ante el peligro y atenta sólo á arrancar á la muerte las presas que ésta acechaba.

Villaamil leyó el relato á sus oficiales.

—D. Fernando—dijeron al escucharlo—no dice Ud. una palabra de nadie; van á creer que no hemos hecho nada.

Y Villaamil cogió la pluma, y terminó la relación con estas ó parecidas palabras:

—La oficialidad y tripulación han cumplido con su deber.

Ahí está, en ese rasgo admirable, el retrato de cuerpo entero de D. Fernando Villaamil, el alma varonil entera del comandante del *Destructor* que llama "cumplir con su deber," á aquello que las medianías y las nulidades hubiesen convertido en clamor inaguantable á favor de las fantasmagorías del reclamo.

Al dar publicidad á ese relato que sólo la casualidad me ha hecho conocer, me asalta una inquietud, lo declaro con toda franqueza: temo empequeñecerlo.

..

Son las siete de la tarde y me vuelvo á tierra. Doy la mano á Villaamil, á Romero, á Olmedo, á Arauco; bajo la escala y me embarco en la canoa.

"Abre, arma, avante." Cuatro remos caen al agua, los marineros tumban y la canoa se desliza por el costado del *Destructor*.

Un día desatinado de Agosto, con cielo cubierto, Noroeste fresco y mar ventada ha reinado en la Concha, con acompañamiento de chubascos incesantes.

Pasamos por la proa del *Colón*, cuyas cabezadas levantan los calabrotos y hacen zambullirse á las boyas con acompasado movimiento.

Las olas escandalosas de la Concha nos cogen de través, y al acostarse en su seno la canoa nos salpica el agua y recogemos lo que la gente de mar llama "el polvillo del camino."

Los cuatro remeros bogan silenciosamente con el periódico vaivén del busto y de los brazos; y se oye el chapoteo de los remos y ese rumor pastoso de la mar, que corta la proa y despiden los costados como una leve espuma que se deshace al momento.

Por la parte del pueblo la tierra se ilumina; los faroles que se encienden en el paseo de la Concha rielan sobre el agua, y se cortan y se estiran y se alargan en aquella líquida superficie que las rompientes mantienen en constante ebullición.

Por la parte de la mar la sombra lo invade todo; Santa Clara muestra una silueta sombría, el faro brilla á lo lejos como un fósforo encendido y las nubes se atropellan en el horizonte, negras, deformes, amontonadas en confuso pelotón.

La canoa corta las aguas; ya estamos cerca de la escalera exterior del muelle nuevo, donde voy á desembarcar.

Desde que salimos del *Destructor* nadie ha pronunciado una palabra.

De pronto rompo el silencio y, dirigiéndome á quemarropa á los remeros, pregunto:

—Vamos á ver, ¿y qué tal les va á Uds. con D. Fernando?

Los cuatro me miran; el primer remero, un cabo de mar, se yergue en su asiento y, orgulloso, altivo, transfigurado, contesta en el acto:

—Al *comendante* no hay quien lo chupe.

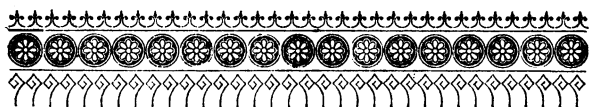
Y los otros tres remeros se sonríen y ábrense sus ojos, y brilla su mirada como un aplauso, como una entusiasta aprobación.

Y uno de ellos dice pausadamente:

—No, señor; no hay quien lo chupe...

Llegamos, cierro el timón, doy la orzada, el cabo de mar salta á la escalera, sujeta la canoa, desembarco y me largo á casa, convencido de que, efectivamente, al *comendante* del *Destructor* no hay quien lo chupe.

San Sebastián y Setiembre á 20 de 1889.



LOS EMIGRANTES

La venida del vapor *Medoc*, de las Mensajerías Marítimas, de Marsella, ha sido un verdadero acontecimiento para la provincia de Guipúzcoa.

Sabido es que esos barcos tocan en Pasajes los días 29 de cada mes para embarcar emigrantes que se dirigen á la América del Sur.

Los periódicos de San Sebastián hablan siempre de esto en unas cuantas líneas; pero habían anunciado recientemente que la emigración iba á ser esta vez extraordinaria; que se embarcarían en el *Medoc* varios cientos de pasajeros; que, no habiendo sitio para todos, se verían muchos obligados á quedarse en tierra; que por este motivo sería grande la ani-

mación que reinaría de seguro en el puerto de Pasajes, etc., etc.

Soliviantado mi exaltado magín con el relato que he leído varias veces en los periódicos de la corte de un embarque de emigrantes en los puertos del Mediterráneo; emocionado con la narración de las aficciones, de las angustias y de las desesperaciones que esas escenas ofrecen al discreto observador, he aprovechado la coyuntura y venido á Pasajes, con el objeto de presentar á los lectores discretísimos el terrible cuadro, en toda su conmovedora desnudez.

He salido de Irún en el segundo *express*, con un día sucio, de vendaval y de aguas, un día chorreando tristeza por todas partes y que parecía elegido por la Divina Providencia para hacer resaltar el sombrío espectáculo de la emigración, tal como yo me lo había figurado.

Llegué aquí á las tres y media, con un montón de minutos de retraso, y al bajar del tren ví, como de costumbre, á mi buen amigo el Sr. Medina, el siempre sonriente y siempre afable Jefe de la estación.

—¿Qué trae Ud. por aquí?

—A ver á esos infelices.

—¿Qué infelices?

—Los emigrantes. ¿Cómo están?

—¿Cómo han de estar? Perfectamente: ahí se han pasado la tarde y parte de la noche tocando la guitarra, bailando y cantando.

—¿Es posible?

—Como Ud. lo oye.

Este alegre *ritornello* á un aria que suponía yo tan dolorosa, tan desgarradora, tan llena de lágrimas, me dejó helado.

Venía dispuesto á emplear los colores negros en el cuadro, y comprendí que iba á hacer buenamente lo que llamamos ahora "una plancha".

Salgo de la estación y me dirijo al muelle de madera, donde está atracado el *Medoc*, cuya arboladura distingo perfectamente.

En el tope del palo mayor flamea un gallardetón blanco con franja encarnada y las iniciales M. M. de la Compañía. En la cangreja del palo de mesana ondea la bandera francesa.

Llego al muelle y entro en el barco. El *Medoc* es un vapor de carga, grande, largo, recto,

sin obra muerta, con aparejo de goleta de tres palos, con proa baja y cubierta con barandillas de hierro.

Se comprende á primera vista que allí se ha aprovechado todo para el tráfico de la mercancía y para el transporte humano.

Las bodegas destinadas á la carga están abajo, llenas de fardos, cajas y barriles. Encima de ellas, en el entrepuente, van los pasajeros, en literas distribuidas en todas direcciones, de dos en dos, largas y angostas, compuestas de un cilindro lleno de hierba seca, la almohada, un colchón de la misma clase y una manta gris, delgada, con rayas de color de chocolate.

Como las escotillas están abiertas, penetra el aire á su sabor, y se respira un ambiente de limpieza que riñe con las descripciones que leemos uno y otro día en los periódicos de Madrid.

Las literas apiñadas y superpuestas, parecen vasares de cocina ó anaquelaría de tienda, coches de tercera de tren mixto, pero más aseados, más cómodos.

Los que viajan no son condes ni marquee-

ses, no son burgueses acomodados; son parias de la fortuna que huyen de la patria, donde no encuentran pan, y corren á buscarlo, lejos, muy lejos del regazo materno.

Inútil es, por lo tanto, tronar contra la falta de *confort* que ofrecen estos buques. Entre el duro asiento del ferrocarril y la litera del barco, no hay comparación; vencen los vapores.

Ocúrrese únicamente preguntar de qué modo respirarán los pasajeros cuando el estado del mar haga necesario el cierre de escotillas.

Fuera de este caso, en realidad poco frecuente, hay que consignar con toda franqueza que, en lo que se refiere á los barcos de la Compañía de Mensajerías Marítimas de Marsella, los emigrantes van con toda la comodidad que puede exigirse en estos viajes de ínfima clase, realizados en vapores cargueros y bajo los auspicios de esos ganchos de la emigración que conducen aquí á los emigrantes como á una manada de pavos.

Si algunos que pintan la travesía de España á la República Argentina hubiesen presenciado, como yo, *in illo tempore*, el embarque

en pequeños buques de vela de los emigrantes á Cuba, no sé lo que hubiesen dicho al ver á aquellos desdichados metidos, como exceso de mercancía, en estrechísimos sollados, donde iban revueltos hombres, mujeres, niños, sin ventilación, sin luz, hacinados allí, y teniendo que andar á gatas y que comer rancho, de diez en diez, en un caldero de hoja de lata, amén de ayudar á la tripulación en sus faenas si lo requería el caso.

Y tardaban desde San Sebastián y Santander á la Habana cincuenta y sesenta días, por término medio, expuestos á capear temporales y á entrar de arribada, después de permanecer días y días á la capa, sin poder montar los cabos de Ortegal y Finisterre, azotados por los vientos del cuarto cuadrante, que son los que reinan generalmente en la costa cantábrica.

Otras veces llegaban al golfo de las Damas, con la esperanza de las brisas del primer cuadrante, hallábanse allí con una serie de calmas chichas que no les permitían dar un paso y los tenían flotando en la mar, balanceándose sin tregua ni reposo, como boyas, lo cual obli-

gaba á la gente á ponerse á ración, con el objeto de ahorrar provisiones para las futuras contingencias del viaje.

Y no había médico, no había sobrecargo, no había capellán; las necesidades materiales corrían al azar del tiempo, las espirituales quedaban en manos de la Divina Providencia.

Hoy, algunos de esos terribles escollos, contra los cuales el emigrante se estrellaba, han desaparecido, merced á los adelantos de la ciencia.

El barco lleva en sus entrañas aire á discreción, agua, carne, pan, todos los elementos de locomoción y nutrición, con los cuales lucha la nave contra el mar, y el pasajero contra la diaria necesidad del sustento.

Un buen vapor trasatlántico constituye hoy un pueblo bien organizado y administrado, donde todo se halla previsto, donde se atiende á todo con la discreción que permiten los azares de una larga travesía.



Terminada mi visita al *Medoc*, abandono el barco y salto al muelle, donde los emigrantes,

formando un compacto grupo, esperan el momento de ir á bordo.

La pluma del palo mayor iza los equipajes que caen en una bodega de carga contigua al entrepuente.

Los pasajeros suman en todo 263, en su mayoría navarros. Irurzun ha dado un gran contingente; Villafranca de Navarra se ha quedado en cuadro, según dicen.

Busco en vano una escena triste; miro las caras, atisbo una expresión de duelo, un sentimiento de pena, un gesto de aflicción, algo que me emocione, que me conmueva.

He venido á buscar un cuadro desgarrador y no lo encuentro. Me contentaría con una media tinta, y la media tinta no parece.

En aquella muchedumbre, donde la boina y la blusa dominan, no hay nada, absolutamente nada que revele el menor descon-suelo.

En los hombres hay de todo: grandes y chicos, gordos y flacos, pero todos tienen el rostro tostado por el sol; se adivina en ellos sangre sana y nervios de acero, el vigor, la sobriedad, la resistencia. Son fuerzas admira-

bles que van á gastarse en otra parte, porque no encuentran, sin duda, aquí quien les preste auxilio.

Las mujeres son jóvenes casi todas y casi todas guapas. Sus ojos cándidos, inocentes, miran con estupor á la negra mole donde van á meterse dentro de un rato.

Y en aquellos rostros sonrosados, en aquellos labios frescos, donde la juventud canta su aria de amor, no hay un pliegue, no hay una contracción de pesar ó de disgusto.

Hombres y mujeres, aseados, alegres, con la sonrisa en los labios y el placer en la vista; muchachos que cantan y beben; muchachas que se besan y se acarician y se hacen cosquillas y ríen á carcajadas, como en animada romería de pueblo, de pie los unos, sentados otros en los baúles; aquí una guitarra, allá una bota de vino, todo ello destacándose sobre el tono grisiento y opaco de una tarde lamentable de otoño, y formando contraste con ella: he aquí el espectáculo que acabo de presenciar; he aquí el cuadro terrorífico, desolador, punzante é inolvidable de una emigración á las Repúblicas sudamericanas.

En un grupo formado por cuatro mocetones he visto á uno que me pareció algo preocupado.

Me acerco á ellos, y pregunto á éste:

—¿De dónde son Uds.?

—De Villafranca.

—¿Por qué se van Uds.?

—El año pasao hubo poca cosecha: este año no ha habío ninguna. Nos falta pan y vamos á buscalo. ¿Qué hay que hacer?

—¿Y van Uds. contentos?

Al oir esta pregunta, el hombre me mira con asombro, y después de vacilar un instante, se encoje de hombros, agarra una bota y se pone á beber.

No voy á meterme en honduras filosóficas; no voy á tocar la tecla del sentimentalismo, recurso de *cliché* que tenemos á nuestra disposición para hacer juegos icarios con el lirismo; el problema de la emigración preocupa á los patriotas y arranca gritos de indignación á las almas sensibles.

Todo está muy bien; pero yo digo con el navarro.

—El año pasao hubo poca cosecha, este año

no ha habido ninguna. Nos falta pan y vamos á buscalo. ¿Qué hay que hacer?

Conteste quien pueda.

El *Medoc* saldrá mañana á las seis de la madrugada. El vapor desatraca, llevando á su bordo 263 españoles llenos de vida, llenos de fuerza, que saldrán cantando, gritando, alborotando, como estudiantes que hacen novillos á la clase.

Al llegar á las cruces, el *Medoc* saludará á la mar con cuatro ó cinco cabezadas de órdago. A la primera cabezada el rebaño humano se estremecerá, palidecerá á la segunda; y en cuanto el vapor dé la tercera... estiva hecha; cada mochuelo irá á su olivo; la cubierta quedará limpia y allá, en los vasares del entrepuente, no se verán más que cuerpos inertes, no se oirán más que suspiros, ayes y arcadas.

¡Feliz viaje á los infelices desheredados, y Dios les proteja en el seno de la nueva madre que van á buscar, echados de aquí por la que debía amamantarlos!

Yo me vuelvo á Irún donde me espera otro cuadro: el de centenares de viajeros españoles que vuelven de París, gozosos, entusiasmados,

después de haber gastado allí millones y millones.

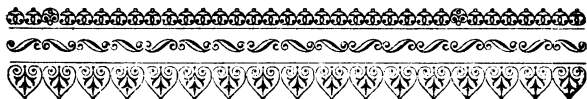
Un filósofo diría probablemente:

—¡Cuántas emigraciones se evitarían con ese despilfarro!

Yo no digo nada.

Pasajes y Octubre de 1889.





El mismo Demonio

He escrito bastante acerca de Chapí. Conozco, quizá como nadie—exceptuando al mismo autor de *La Tempestad*,—los detalles más recónditos, más lamentables, más dolorosos de su vida; me refiero á la vida antes de la celebridad, á la vida de la incubación del músico, poema admirable del hambre, del frío, de la miseria, durmiendo en las calles, tocando el cornetín en las murgas, escribiendo bajetes en el Retiro, con las manos heladas, vacío el estómago, calentándose al sol el cuerpo y á la esperanza el corazón.

Por eso hablar de Chapí es para mí un regalo, y no he de parar, Dios mediante, hasta trazar un día el cuadro de sus desdichas, hasta revelar á sus admiradores el verdadero Cha-

pí, el Chapí oscuro, vagabundo, hambriento ayer, sentado hoy en el trono de la música española y repartiendo sus mercedes al pueblo, cuyo pan hubo de salvarle, *in illo tempore*, de la muerte por inanición.

Mientras llega ese momento déjenme Uds. hablarles de Chapí al correr de la pluma, ya que la baja de los fondos, y las fantásticas tarifas de penetración, y el cambio del oro, y los anuncios de crisis, todas las mixturas de la política y los emplastos todos de la Hacienda, acaban de ceder ante el chispeante é inagotable ingenio del zarzuelero *á outrance*.

El Mismo Demonio es una de sus obras y el mismo demonio es él, tan pronto tempestad como bruja, como fantasía morisca y gnomo de la Alhambra, de parto continuo, en plena luna de miel, con la gracia, con el talento, con la inspiración.

El terrible Voltaire (Arouet, como le llamamos ahora los que nos preciamos de eruditos) dijo que la esterilidad, en todo género, es un vicio de la naturaleza ó un atentado contra la naturaleza.

Ruperto Chapí no conoce el vicio, ignora

el atentado. Produce en casa y produce en el teatro, como Juan Sebastián Bach, Bach el Grande, que tuvo veinte hijos y escribió veinte mil obras, salvo error.

La abundancia de Chapí asusta, su laboriosidad admira. ¡Qué hermosa existencia! ¡Cantar con el pueblo y para el pueblo! ¡Vivir de él y darle toda su vida!.....



¿Saben Uds. lo que ha escrito, hasta ahora, Chapí?

Su primera obra fué una zarzuela, en dos actos, titulada *Abel y Caín*, estrenada en 1872. El año siguiente señala, en la carrera del maestro, la revelación del artista futuro: la *Fantasia morisca*.

Vienen después tres óperas: *Las Naves de Cortés*, *La Hija de Jefté* y *Roger de Flor*; las dos primeras en un acto, la última en tres.

Todas ellas se ejecutaron en el Teatro Real, gracias á Tamberlick, al artista *italiano* más *español* que ha pisado las tablas del regio coliseo.

Chapí estudió el éxito de sus óperas, ob-

servó al público que se surte en la gran tienda de ultramarinos italianos, y vió claro en seguida.

Dejó los macarrones y se volvió á los garbanzos. ¡*Excelsior!* Aquel día se salvó y salvó á la música española. Dos pobres se enriquecieron mutuamente.

La popularidad vino enseguida con *Música clásica*, esa deliciosa *bluette* que Chapí escribió para el teatro de la Comedia, donde Barbieri rejuveneció su ingenio con *Artistas para la Habana*.

Después... Después, cuenten Uds., si pueden: zarzuelas en tres actos: *Las dos huérfanas*, *La Tempestad*, *La Calle de Carretas*, *La Bruja*, *Un Milagro de la Virgen*, *El Rey que Rabió*, *La bala del rifle*, *Los Mostenses*.

En dos actos: *Madrid y sus afueras*, *El codrilo*, *Las hijas del Zebedeo*, *El fantasma de los aires*, *El Mismo Demonio*, *El domingo gordo*, *Los lobos marinos*, *Juan Matías el Barbero*.

En un acto: *Nada entre dos platos*, *La calándria*, *La flor de lis*, *El país del abanico*, ¡*Ya pican!*, *Término medio*, *Felipe*, *Noche de feria*, *Exposición universal*, *El esclavo*, *A casarse*

tocan, El figón de las desdichas, Ortografía, Las doce y media y sereno, Los nuestros, Los alojados, Nocturno, Las tentaciones de San Antonio, Pan de flor, El país de los insectos, Los trabajadores, La leyenda del monje, Para hombres solos, El organista, Los gendarmes, La raposa, Vía libre, El reclamo.

Todo va *pêle mêle*, sin orden cronológico, en ese vértigo de producción que confunde y asombra.

Además, una ópera española, *La Serenata*; una *sinfonía* en cuatro tiempos, una *Polaca de concierto*, un oratorio *Los ángeles*, y un poema sinfónico, *Los Gnomos de la Alhambra*, y tres motetes, y seis melodías para canto y piano.

Total: *cincuenta y una* obras teatrales, que suman *setenta y ocho* actos, sin contar la *Fantasia morisca* ni *Los Gnomos de la Alhambra*, ni el oratorio, ni la *sinfonía*.

No sé si me equivoco, porque en tocando á sumar me hago un lío, y el montón de producciones de Chapí me aterra como las tarifas de penetración.

¡Y todavía tiene el valor de guardar entre papeles una ópera inédita, *La muerte de*

Garcilaso, y un poema sinfónico, *Escenas de capa y espada!*

¡Y todo eso en veinte años de trabajo, y á los cuarenta de edad!.....



¡Qué hermosura! ¡Dar al teatro de la patria, á la música española, cincuenta y una obras teatrales, setenta y ocho actos, en veinte años, y además ser el autor de la *Fantasta morisca*, de *Los Gnomo de la Alhambra*, del oratorio *Los ángeles* y de la sinfonía en cuatro tiempos!

¡Haber probado su talento en todos los géneros con éxito brillante! ¡Haber derramado su sangre en el papel rayado! ¡Haber hecho del arte un deber, un consuelo, una expansión! ¡Y vivir feliz, querido, admirado, célebre, popular! ¡Oír la música en todos los labios, como un desinfectante de los miasmas del día!.....

En esa inmensidad de notas que contienen las obras que he enumerado palpita una existencia, hay un artista y un patriota, se encierran una inteligencia y un corazón que piensan y sienten en España y con sus hijos.

La patria no ha sido ingrata con Chapí; no

podía serlo con quien tan bien le ha servido, con quien le ha dedicado todas sus actividades, con quien le ha rehecho una virginidad musical en estos tiempos de barraganía artística en que la música vive con vilipendio, huyendo del techo conyugal, buscando los estupros de Wagner.

El hijo del pobre barbero de Villena la ha mantenido pura en el ambiente popular, sin encanallarla, airosa, limpia, artística. La musa de Chapí no lleva los bajos sucios; se recoge las faldas coquetamente y cruza el arroyo sin que la salpique el barro.

Por eso las musas sucias han muerto, y la de Chapí vive. El charco se secó; la fuente sigue corriendo.....



A los siete años sabía el solfeo; á los diez y siete se moría de hambre en las calles de Madrid; á los veintiuno obtuvo el primer premio de composición; á los veintidós escribió la *Fantasia morisca*; á los treinta y uno *La Tempestad*.

Cuando todos se vuelven al extranjero, él se ha quedado en España al servicio de la zar-

zuela; y la ha remozado, la ha hecho grande, mediana, chica, lo que ha querido, estirándola y encogiéndola, dándole fuerza lo mismo con un batallón de instrumentos que con cuatro soldados y un cabo, artista de verdad, artista siempre, igual en lo mucho que en lo poco, dejando en cuanto toca su mano la marca de fábrica, lo bonito sin cursería, lo gracioso sin chocarrería, lo bello sin afectación.

No conoce la ampulosidad, no sabe el amaneramiento, ha hecho de la zarzuela su cosa y su casa, la domina, y ella sufre ese dominio como buena burguesa; ama á su hombre porque la mantiene generosamente y no gasta la paga fuera del hogar.

Y así se enriquece en España, mientras otros se arruinan llamando al extranjero. *Ars, labor, patria*, tal es su divisa. Con alas pequeñas en la apariencia, vuela muy alto, porque son alas que tienen la ligereza del aire y la consistencia del hierro. Que otros pretendan ser condores y se rompan la crisma; él es un canario y tiene por jaula á toda España; canta para España y los españoles le llenan de alpiste el comedero.

El año 1876 me mandaba desde Milán un cuaderno *in folio*, de apretada letra, setenta cuartillas, un libro que llevaba en la primera página el título siguiente: *Apuntes sobre mis veinticinco primeros años*.

Este libro, que es un tesoro, un documento humano, cuya lectura arranca lágrimas, termina así:

“Si al volver á Madrid encuentro trabajo, y con él el pan de mi familia, estoy salvado. Mi ambición es modesta; no quiero sino vivir en un gran aislamiento para entregarme en cuerpo y alma á mi arte y proseguir así la obra comenzada. ¿Y si no encuentro trabajo? Este pensamiento me intranquiliza frecuentemente; pero tengo esperanzas de que Dios no nos abandonará en los momentos supremos. De todos modos, cúmplase su voluntad.”

Esa voluntad se ha cumplido, porque Dios no abandona jamás á los que tienen talento y trabajan. Por algo es el talento un destello de la Divinidad.





MUSICA VERANIEGA

SR. D. FELIPE PEDRELL.

Barcelona.

Querido maestro, ¿se enojará Ud. si, dando de mano á todo asunto serio—suponiendo, y es demasiado suponer, que existan asuntos serios en España—dedico á Ud. este *allegro giocoso*, con perdón de los lectores de la ILUSTRACIÓN MUSICAL?

Hablar de música á estas alturas, cuando la casta Euterpe toma baños y se limpia el cutis, sería un *hors d' œuvre* de gusto deplorable, sobre todo si fuese á ocuparme de ello con la gravedad de un bayreuthiano en agraz.

Vayan, pues, á la ligera algunos apuntes de arte exótico, y deme su ayuda Dios para no

hacerle llorar á Ud., proponiéndome precisamente todo lo contrario.

Hay quien dice que San Sebastián es el pueblo de los *tipos*, el pueblo donde existe el mayor número de chiflados, de tocados, de idos y de *mermos* de todas castas, linajes y categorías que en el mundo han sido.

Y es una verdad como un templo. Si me propusiese recorrer la escala de los chiflados indígenas, podría intentar una fisiología del chiflado en general, y proporcionar copiosos documentos á la psiquiatría moderna.

Hay aquí, sin ir más lejos, quien está cinco años metido en su casa y tarda otros tantos en volver á ella no bien pisa la calle.

Hay quien, con sesenta primaveras en la espalda, se va todos los años *á pie* á Pamplo-
na por San Fermín, y vuelve tan templado.

Hay quien siendo sargento de caballería carlista, en la última guerra civil, firmó con su nombre y apellido el recibo siguiente:

“Vale por catorce raciones de paja y cebada para el caballo que suscribe.”

Hay pescadores fantásticos que se pasan las noches, ora en el puente de Santa Catalina,

ora en las penumbras del muelle, sin que nadie recuerde jamás haberles visto coger el pez más diminuto.

Hay una Sociedad de distinguidos jóvenes, titulada *Euskal-Batzarre* (Reunión de vascongados) que organiza expediciones agradabilísimas del siguiente tenor:

“Día 30 de Julio.—Salida de los expedicionarios á las 7'15 de la tarde. Llegada á Irún á las 8. Cena á las 9, después se descansará hasta las 12 de la noche, hora en la que se tomarán los coches para el fuerte de Erlaiz donde se llegará á las 2 de la madrugada, y desde este punto ascensión á pie hasta la cima de la Peña de Aya, denominada Churrumurru, con el objeto de ver la salida del sol y contemplar el vasto y hermoso panorama que desde allí se divisa.”

¡Dígame Ud., amigo Pedrell, qué panorama se contemplará desde Churrumurru, si no es el de las agujetas, la disnea y la reventadura universal, después de verificar á pie una ascensión al lado de la cual la del Himalaya es tortas y pan pintado!

Hay, en fin, quien se venga de un mozo de

cuadra, dirigiéndole, siempre que lleva las bestias al abrevadero ó al baño, este saludo admirable: "¡Adiós, señores!...,"

La música no podía librarse de chiflados, ella que los atrae como el acero al imán.

Hay aquí un eximio zapatero y chiflado por la música á la vez, en cuya tienda brilla un cartel que dice: "Se compone música y calzado.,"

El anfibio en cuestión dirige una banda y no repara en pelillos. Lo mismo le da á él tirar de pez y de lezna que abrasar su numen en el fuego sagrado de la inspiración musical.

Este Hans Sachs easonense ha compuesto una atrocidad de pares de botas y otra atrocidad de polkas, valeses y habaneras, sin contar una gran sinfonía titulada *La tranquilidad*. ¡Y se ha quedado tan tranquilo!...

Hay otro delicioso bohemio que posee la especialidad de los dúos de pitos. Se mete uno en la nariz como si fuese á darse una inyección de aire, silba al propio tiempo con la boca, y larga unas serenatas rechinantes de terceras y de sextas, capaces de hacer reir á un muerto y dar dentera al lucero matutino.

Pero todos estos tipos individuales quedan oscurecidos, ú obscurecidos, como escriben ahora los septembristas del lenguaje, ante la egregia colectividad que me proporciona serenatas gratis todos los días de fiesta, en la plaza de Guipúzcoa (donde tiene Ud. su casa), frente al café de Colón.

Es una banda contratada por el dueño del susodicho café como reclamo de parroquianos, y á cuyo son bailan que se las pelan las pitilleras gentiles y los infanzones de pró.

El director toca el cornetín con maestría que envidiara el mismísimo Arbán, y lleva el compás y ejecuta á la vez variaciones superfinas, delicia y arrobamiento de las aves de toda casta que duermen en los árboles de la plaza de Guipúzcoa.

De pieza á pieza—y tocan generalmente seis—los músicos se esparcen por los establecimientos de bebida cercanos, donde Baco pone remedio á los estragos laríngeos de Euterpe y da al concierto entero un atractivo progresivo y especial.

Cuando se oye la primera pieza todo va perfectamenté; hay empaste, hay afinación y

la gente baila discretamente y sin alboroto, como si comprendiera que, ante aquella ejecución aristocrática, los desplantes están demás.

En la segunda tocata comienzan ya á notarse ciertos borrones en el ritmo, y el prurito de soplar fuerte que aqueja á los bajos del instrumental.

Llega la otra pieza y la situación se agrava por momentos. Baco empieza á dominar á Euterpe, los *moros* asoman de vez en cuando y se oyen sus disparos de espingarda.

Como los intermedios son cada vez más largos y el hijo de Júpiter y de Semelé ejerce sobre los músicos de la banda una presión superior á la de la pobre musa, cuando llega la cuarta pieza ya se dibujan los horrores de Sedán.

Esta cuarta pieza es siempre la misma, un *Schotisch*, cuyo trío está encomendado al cornetín del director. ¡Hay que oírlo para saber lo que es matizar!

El hombre suelta allí todo cuanto tiene y posee la *morería*, notas rasgadas, un madapolán en música, gallos que hacen cantar á to-

dos los de la vecindad, eructos pantagruelianos de metal puro y sin manchas, bostezos de gigante, convulsiones histéricas de cornetín desquiciado, una fantasmagoría de desafinaciones y de cuchilladas sin fin que hace estremecerse á toda la Plaza de Guipúzcoa y chillar á cuantos patos existen en el estanque de la misma.

Hay veces en que el egregio solista se declara vencido y corta por lo sano como un Velasco ó un Pean. Llega el trío y se escucha al mugir del acompañamiento abajetado.

¿Dó está la melodía? En los profundos abismos del cornetín. Allí descansa rendida y de allí no la extrae más que el Supremo Hacedor de todas las corcheas.

Y como el Supremo Hacedor es en aquel instante el propio *ejecutor* de la melodía, no ha nacido quien la saque á flote, porque el hombre hace el barbo y no hay más que hablar.

No quiero extenderme en análisis fisiológico-musicales. Cuando suena la penúltima pieza, los instrumentos que cantan lo hacen en modo mayor, y los que acompañan en me-

nor ó viceversa. Baco ha empuñado su cetro y ¡á morir!

El *mot de la fin* es una jota que debe de ser la que tocaban las brujas del Hartz en las noches de aquelarre. La cosa suena como una maldición entre nubarrones de polvo que levantan los infanzones de pró y las pitilleras gentiles.

Los patos graznan, los peces del estanque se escurren asustados, los pájaros huyen por bandadas á más hospitalarias regiones, y yo cierro el balcón y me retiro por el foro, refrescado por aquel ambiente inenarrable que representa una admirable mancha de color, una serenata pintada por Goya é ilustrada por Zola, el oasis del naturalismo en el desierto del arte andrógino que cultivamos en España.

Prefiero esas serenatas características á los conciertos anodinos que se estilan actualmente, porque entre la verdad enmascarada y lo malo sin disfraz opto siempre por lo último en materias artísticas.

Y basta de música veraniega y de serenata de cornetín. Otro día hablaré á Ud. quizá

de cosas más sustanciosas, y por lo tanto más aburridas, si es que éstas no han dado al traste con la paciencia de Ud. como lo teme su siempre devotísimo amigo y admirador.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

San Sebastián y Julio á 30 de 1886.





Las despedidas de "Lagartijo."

Rafael Molina (Lagartijo)

MATADOR DE TOROS

S. D.

Cuando estas líneas se hayan publicado en *La Epoca* (1), Rafael Molina *Lagartijo* habrá entregado ya en Zaragoza su primera tarjeta de despedida.

Después vendrán Bilbao, Barcelona, Valencia, últimamente Madrid, donde el día del Corpus dirá para siempre adiós á la arena de sus triunfos el glorioso creador del romanticismo en el toreo.

Ha dividido su coleta en cinco trozos; ha repartido su sepelio artístico en cinco capitales, caso único en la historia del arte; pero allá él con las plazas preteridas, y acá nosotros

) 7 Mayo de 1893.

para escuchar piadosamente los últimos acordes del majestuoso *Requiem*, y convertirlo en triunfal *Hosannah in excelsis, Raphael!*

Abandono inmediatamente este tono, que muchos creerán satírico, y cambio de modo, para declarar paladinamente que no puedo ocuparme de las despedidas de *Lagartijo* sin sentir honda emoción.

Y es que Rafael Molina, lo mismo que *Fras-cuelo*, trae á mi mente un mundo de memorias, me hace volver la vista atrás y contemplar entristecido las ilusiones de la juventud, que yacen esparcidas como cadáveres en el campo de los recuerdos.

No quiero enternecerme, lo cual quiere decir que no quiero parecer cursi á nadie. Y, sin embargo, sospecho que no podré evitarlo, porque es imposible apartarse del sentimiento cuando el interesado en primer término es el corazón.

¡Qué remedio si el destino me llevó á tomar parte activa—desde la barrera, se entiende—en la sin igual competencia entre Rafael y Salvador! ¡Cómo huir de las emociones, si han despertado tantas en mí y en millones de

españoles esos dos colosos del arte de torear!

Cuando dediqué á Salvador un artículo de despedida en *La Correspondencia de España*, me fué imposible de todo punto separar su nombre del de Rafael. Ahora que se trata de *Lagartijo*, me encuentro en el mismo caso.

He dicho antes que Rafael Molina ha sido el creador del romanticismo en el toreo, y no sé por qué extraña asociación de ideas vienen á mi mente las palabras romanticismo y realismo, acordándome ahora de Rafael y de Salvador, como fundadores de las dos modernas escuelas aplicadas al arte de Francisco Montes.

Fundadores es demasiado en verdad, pero creo que no sería exagerado afirmar, en lo que respecta sobre todo á *Lagartijo*, que, tomando por fundador del romanticismo á *Curro Cúchares* (yo buscaría el manantial en Montes, pero esto me llevaría demasiado lejos), el gran torero de Córdoba depuró la escuela quitándole toda grotesca aleación y trayéndola á un terreno verdaderamente artístico, plástico por mejor decir, en que la gallardía y la elegancia formaron, con la serenidad y el arrojo, un conjunto ideal.

La competencia se inició terrible y duró veinte años, porque *Frascuelo* representaba el principio opuesto, y de estos dos dogmas incompatibles de todo en todo, tenía que surgir forzosamente una guerra sin cuartel.

Lagartijo y *Frascuelo* eran—¡perdonadme, oh dioses la comparación!—el Teófilo Gautier y el Emilio Zola del toreo. Si los lagartijistas no se contentan, llegaré á concederles que su ídolo era Flaubert; pero, entendámonos, no el autor de *Madame Bovary* y *L'éducation sentimentale*, sino el de *Herodias* y *Salammbô* (!!!).

Hay, sin embargo, entre el novelista y el torero una diferencia notable, y es que el refinamiento de estilo de aquél obedecía á ideas estéticas particulares, y costábale gigantescos trabajos, mientras que el estilo de Rafael ha sido siempre natural y lógico, casi inconsciente, producto de un temperamento especial que halló en el toreo su más adecuado medio ambiente y brilló con luz más intensa por virtud del contraste que ofrecía con la naturaleza de Salvador.

¡El estilo! Ese es el secreto de los grandes, no la manera peculiar de expresarse de cada

uno, sino la expresión única en todo su relieve, en toda su belleza, en toda su originalidad.

Esa ha sido la suprema cualidad de *Lagar-tijo* y de *Frascuelo*, y por ese concepto puede desde luego colocarse al primero al lado de Flaubert, porque el torero ha llevado en los pliegues de su muleta y de su capote todas las filigranas fascinadoras del festín de *Salammbô*, los rayos ardientes del sol de Mediodía, las palpitaciones de nuestra sangre árabe, todos los colores vivísimos, los esplendores bárbaros, pero dramáticos, bellos, atractivos de nuestra fiesta nacional.

Y el mérito indiscutible del maestro de Córdoba, lo que le ha hecho superior á sus predecesores, está en que su arte no se ha separado jamás del buen gusto más depurado, en que ha sido siempre el mismo desde el principio hasta el fin, modelo de elegancia y de seriedad al propio tiempo, majestuoso y gallardo á la vez, arte andrógino, en suma, que ha reunido los encantos y las coqueterías, las nerviosidades felinas de lo femenino, y la fortaleza, la severidad, el aliento macho del ser iril.

Yo he conocido como toreros alegres al *Curro* y al *Gordito*, como toreros serios y elegantes al *Tato* y á Cayetano Sanz, *Cúchares*, coloso como lidiador, era mal formado y saciaba los apetitos groseros de la plebe con desplantes de payaso; Antonio Carmona, el verdadero maestro de Rafael, cayó también muy pronto en la *clowneria*, Cayetano tenía siempre ante los toros la rigidez del diplomático, y Antonio Sánchez, inutilizado prematuramente, había concentrado el *ángel* que llenaba dentro de sí, en una adorable sonrisa, con la cual vencía á todos.

Lagartijo ha tenido exteriormente la alegría de su maestro y de *Cúchares*, sin caer jamás en las chocarrerías de ambos, y poseído además el *ángel* del *Tato*, la corrección de formas, sin llegar al estiramiento, de Cayetano Sanz.

No he conocido á José Redondo, de quien dicen que brillaba en su rostro una expresión cautivadora, pero dificulto que jamás, desde que el toreo existe, haya pisado una plaza lidiador de reses bravas á quien haya caído la ropa de torero mejor que al maestro de Córdoba.

Su toreo ha tenido como condición sobresaliente la plasticidad. El cuerpo de Rafael, su capote y su muleta han ido siempre juntos, y la ductilidad de aquél ha corrido parejas con los medios de defensa del torero, formando una armonía que, lo repito, saldrá de la plaza con *Lagartijo* para no volver jamás.

Matador de ventaja lo fué desde la cogida que estuvo á punto de hacerle perder un brazo; pero esa ventaja la ha empleado como nadie, y constituyó un resultado, mientras los modernos la emplean como un fin.

He escrito bastante, y aun demasiado, sobre el particular para que me detenga el temor de repetirme á cada paso. Además, hoy no se trata de hacer críticas, sino de saludar al gran torero que va á retirarse después de más de treinta años de carrera y veintiocho de matador de cartel.

Nadie como él podrá preciarse de haber sojuzgado á los públicos, de haber dominado á los más rebeldes con los encantos de una maestría incomparable de lidiador.

Nadie como él podrá jactarse de haber reunido en torno suyo mayor número de idóla-

tras dispuestos á defenderlo con la lengua y con la pluma, quemando el incienso con entusiasmo inagotable, siguiéndole, ciegos, en sus amistades y en sus rencores, arrollándolo, mimándolo con caricias filiales, respetos de apóstol y hasta humillaciones de esclavo.

Yo, que he sido ¡ay! el punto negro de esa apoteosis, puedo dar fe de que no exagero, porque he sentido más de una vez estrellarse contra mí las olas del fetichismo lagartijista, y algún día podré referir cosas muy sabrosas con respecto al particular.

Hoy no se trata de eso, sino de consignar, rindiendo tributo á la justicia, que Rafael Molina deja, al retirarse, un nombre único en la historia del toreo, nombre que conservarán, como una reliquia, lo mismo sus partidarios acérrimos que los que se han detenido al llegar al estoqueador, que en lo demás todos hemos estado conformes.

La historia de Rafael, encierra, como la de Salvador, en sus páginas, un pedazo de nuestra vida, el uno se fué y el otro se va; pero ese pedazo queda en nosotros como tesoro que conservaremos todos en el fondo del corazón.

Y cuando *Lagartijo*, después de la corrida de Madrid, se haya cortado la coleta, ¡adiós toreo! ¿Qué queda ya? Guerrita, sólo Guerrita, un retoño del maestro, sin competencia posible, dueño absoluto de un campo donde pronto nacerán las zarzas, porque sin lucha no hay emociones, sin emociones no hay interés y sin interés no puede haber público.

Basta que un torero cualquiera descuelle una miajita para que los aficionados modernos lo eleven sobre el pavés y crean en la venida del Mesías.

El *Espartero* subió así, y así ha subido Reverte, pero los valientes y el buen vino se acaban hoy más pronto que nunca, y los Mesías de nuevo cuño se convierten enseguida en Antecristo.

Y no puede menos de ser así. Toreros como *Lagartijo* y *Frascuero* usan el arte, lo envejecen, lo esquilman; se marchan del jardín llevándose todas las flores. Hace falta tiempo para que vuelvan á brotar.

No es que el toreo muera; lo que ha muerto es una fase del toreo, pero tan brillante, tan nueva y tan lozana, que el tronco del árbol

queda resentido y hace falta una poda para que las ramas tornen á reverdecer.

Es una reacción necesaria, pero que requiere tiempo, por lo cual es inútil hacerse ilusiones acerca del porvenir.

La retirada de *Lagartijo* es la retirada de toda una época que han llenado con sus hazañas *Frascuelo* y él. Y representa tanto la actividad gastada por ellos y por nosotros, que lo mismo el arte que los aficionados necesitan, como un pájaro cansado, meter el pico entre las alas y reposar.

La mayor gloria de los dos grandes maestros está ahí: en que han acaparado una etapa larguísima, la más larga que registrará en sus anales la historia del toreo, y la han recorrido ambos sin decaer, trayendo al arte de Montes *documentos* nuevos, un soplo original, una evolución que nació con ellos, y con ellos ha dado fin indudablemente.

¿Qué mucho que, después de cerrar la puerta, se lleven la llave? Que sea de oro la que *Lagartijo* emplee en sus despedidas, es lo que le deseo, ¡aunque él no lo crea! de todo corazón.



La pesadilla de una noche de verano

A mi amigo Roque F. Izaguirre.

A las once de la noche el hormiguero del parque de Alderdieder, la terraza del Casino llena, millares de almas que aplauden los fuegos artificiales, cuyos resplandores derraman una claridad lívida sobre la inmensa muchedumbre; la animación en todos los cuerpos, la alegría en todos los semblantes; el palacio de Miramar destacándose entre las sombras del Antiguo, iluminado por dos potentes focos de luz eléctrica que rielan en las tranquilas aguas de la Concha; el *boulevard* resplandeciente, la Zurriola funcionando con su estrépito ensordecedor de feria; San Sebastián ébrio de gozo, en suma, vestido de gala, bajo un cielo de ve-

rano, sin una nube, en el cual brillan las estrellas y se ostenta la luna como regocijados testigos de la expansión popular.

Dos horas después, á la una de la madrugada, gritos, silbidos ¡vivas!, el rumor de una multitud en marcha, que avanza tumultuosamente, con ese ruido extraño, con esas palpitaciones sordas y violentas, batidores del huracán.

Al poco tiempo, frente al Hotel de Londres, imprecaciones, ¡muertas!, pedradas, ruido de cristales rotos, y, una hora más tarde, la pesadilla en todo su horror.

Una descarga, otra después, otra luego; las balas que pasan silbando, los fogonazos de los fusiles que, como fuegos fatuos en un cementerio, bailan fatídicamente detrás de la verja del hotel; exclamaciones de angustia, aullidos de espanto, chillidos, carreras, desmayos, todo el espantoso caos que debe reinar á bordo de un trasatlántico, echado instantáneamente á pique por tremenda cuanto inesperada colisión.

¿Quiénes tiran? No se sabe á punto fijo, porque han penetrado sigilosamente en el hotel y disparan ocultos detrás de los árboles.

¿A quiénes tiran? Al primero que alcancen. El pavor de las sombras lo envuelve todo; el terror de los unos, la indignación de los otros, la sorpresa de todos, flota en el silencio de la noche, vibra airadamente en la oscuridad.

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Asesinos!—Estas voces desgarran la horrible niebla y contestan como rugidos de fiera acorralada á las descargas de la guardia civil.

Un hombre cae en la esquina de la calle de Churruca y de la Avenida de la Libertad. Otro hombre se precipita á socorrer al caído.

—¡Auxilio! Es un herido. ¡No tiréis, no tiréis, por Dios!—grita desencajado.

Y el hombre cae también, herido de dos balazos, uno en la rodilla, otro en el tobillo; cae al lado del otro, cuya masa encefálica salta hecha pedazos y queda pegada en la esquina, como un emplasto de sangre.

En medio de la penumbra divísase á un gigante, á un aldeano vestido con blusa y boina azul. Blande en la mano derecha una rama enorme, medio árbol, que levanta al aire y flamea como sagrado pendón, entonando con voz estentórea *Guernikako arbola*.

A las descargas contesta en vascuence ¡Bota, bota! ¡Bota onerá! (¡Tirad, tirad! ¡Tirad aquí!) Y cuando pasan silbando las balas, arrojándose el aldeano y elevando al cielo la inmensa rama de árbol, vuelve á cantar *El árbol de Guernika*. ¡Y la voz de aquel hombre repercute en el espacio con aterradora majestad, domina á la muchedumbre, y se esparce en ondas sonoras, tranquila, reposada, llena de unción, con acentos solemnes de *Te Deum*!...

. * .

Cesaron los tiros, la multitud se ha dispersado, reina en el pueblo un silencio de muerte.

¿Ha terminado todo? Todavía no; la pesadilla sigue.

En los arcos de la plaza de Guipúzcoa, donde se halla situado el gobierno civil, guardias á pie y polizontes de la ronda secreta esperan á los temerosos, á los que han permanecido ocultos hasta entonces, huyendo de las balas, y vuelven á toda prisa al hogar.

Otra vez lamentos, otra vez gritos de dolor que hielan el alma. Es la caza del hombre por

los hombres: ocho, diez, veinte contra uno, éste inerme, aquéllos con fusiles y garrotes.

Si el indefenso corre, los guardias gritan ¡fuego! Y no se oye ninguna detonación, sino el golpear de los palos y de las culatas que caen sobre un cuerpo humano y suenan en el silencio de la noche como chasquidos de un látigo brutal.

Una voz angustiosa clama:

¡Ay amá! ¡ay amá! ¡Ni echerà nua! (¡Ay madre, ay madre! ¡Yo me voy á mi casa!) Y los garrotes caen de nuevo y los fusiles vuelven á sonar sobre el cuerpo del desventurado á quien los polizontes y los guardias meten á empellones en los sótanos de la prevención.

—¡Basta! Así no se maltrata á los hombres—dice indignado un altísimo personaje.

—¡Duro con ellos!—contesta otro personaje de menos elevación.

Y el altísimo personaje se retira “por no ver aquello”, mientras el otro continúa contemplando los apaleos, que duran una hora próximamente.

A las tres, las herraduras de los caballos

hieren con su golpear metálico el empedrado de la plaza de Guipúzcoa.

—¡Alto! ¿Quién vive?

Son las únicas voces que rasgan el vacío, allá en lotananza, y se esparcen, como eco angustioso, por la desolada ciudad.

En una camilla va el cadáver de un hombre; en otra el cuerpo de un agonizante; otra más transporta inanimados restos.

Es la carne que yacerá mañana en el Camposanto, las víctimas de una pesadilla que no tiene despertar...

Al amanecer, San Sebastián se despierta estupefacto, se restrega los ojos, trata de apartar de sí la horrenda visión; y cuando llega la noche, la pesadilla continúa.

La guardia civil, á caballo, reparte tajos y mandobles; el pueblo hace cesar la música en el *boulevard*, interrumpe la representación en el Teatro del Circo protestando contra los que se divierten cuando las viudas y los huérfanos lloran y los heridos gimen en el hospital.

A las doce, calma completa. La ciudad parece una tumba, no se oye sino el trotar de los

caballos, no se divisa sino el fulgor de los sables.

Llega la mañana y San Sebastián despierta otra vez anonadado; trata nuevamente de apartar de sí aquella inverosímil visión; y, cuando llega la noche, la pesadilla continúa.

La benemérita torna á repartir tajos y mandobles, como si persiguiese bandidos en la trocha, suena una descarga, los caballos penetran en un café, un general de brigada increpa á la fuerza que quiere atropellarle, los transeuntes huyen despavoridos, y una voz estentórea pronuncia la cadencia final.

Es un jefe de la guardia civil montada. Lleva tras sí una docena de individuos que, á las doce de la noche, se dispone á salir de onda.

—Al que silbe ¡trabucazo! — dice *textualmente* la voz.

*
* *

El 30 de Agosto—fecha memorable—el pueblo de San Sebastián suplica al gobernador civil resigne el mando en el vecindario, el cual se compromete á restablecer inmediatamente el orden.

La madre amantísima pide la abdicación á

la madrastra y responde, á ese precio, de la su-
misión del hijo rebelde.

Accede la madrastra, retira la policía, reti-
ra la guardia civil, y San Sebastián se convier-
te en el acto en *Donostía*.

Un gentío inmenso invade por la noche el
boulevard. La banda municipal está en el kios-
co; á un lado la blusa y la boina, á otro el som-
brero y la levita.

Cuando la banda comienza á tocar, reina en
el paseo una paz octaviana, pero flota en el am-
biente cierta opresión, una ansiedad indefini-
ble, una formidable tensión de nervios que va
creciendo rápidamente y espera una ocasión
para estallar.

De pronto suenan grandiosas, imponentes,
sublimes, las inmortales notas del *Guernikako*
arbola, y centenares de voces, conmovidas por
la explosión, entonan electrizadas el santo
himno de Euskaria.

Aplausos delirantes, gritos ensordecedores
atruenan el espacio y hacen que retiemble el
boulevard.

Repítese el himno, repítese la ovación y por
tercera vez suenan los acordes del preludio.

Entonces se descubre el maestro Guimón, director de la banda, y descúbrese enseguida todos los músicos, como si batieran marcha á algo grande que nos domina á todos y ante lo cual los vascongados tenemos que doblar la rodilla con santa devoción.

La levita y el sombrero, la blusa y la boina se unen instintivamente, descúbrese todas las cabezas, ábrense todos los corazones.

Hay en la atmósfera una corriente magnética que nos acerca los unos á los otros, que nos subyuga como fuerza irresistible, ante el sentimiento común de nuestra honra.

Y todos á una, chicos y grandes, pobres y ricos, entonamos la plegaria genial de Iparra-guirre, nos bañamos en aquellas ondas de inspiración tierna, sencilla, grandilocuente, que refrescan el pecho lacerado; todos aplicamos al alma el sublime bálsamo que nos predica la paz, la concordia, el amor.

Otra vez aplausos delirantes, otra vez exclamaciones de entusiasmo acogen el *Guerni-kako arbola*, cuyas últimas notas se pierden allá arriba en las alturas de aquel templo ideal que tiene por bóveda el firmamento.

El hijo que ayer maldecía á la madrastra,
llora ya, se desahoga en el seno de la madre, y
los sollozos de los dos purifican la ciudad como
un desinfectante.

*¡Adoratzen zaitugu,
Arbola Santuba!*

San Sebastián ha despertado. ¡La pesadilla
terminó!





La última corrida de «Frascuero»

El día anterior, 11 de Mayo de 1890, había soplado un Noroeste frescachón, acompañado de chubascos frecuentes.

Un cuarto de hora antes de la fijada para que comenzara la función, Salvador estaba en la Plaza, reconocía el piso, y convencido de que no permitía una lidia normal, suspendía la corrida de toros.

Estuve en casa de *Frascuero*, le ví marcharse con su cuadrilla y volver á la media hora, inquieto, sombrío, de mal humor, porque la suspensión había disgustado á una parte del público.

Se quitó el traje de luces que vestía, y poco después salió de su cuarto, llevando en la mano

dos anónimos que me entregó y conservo.

Había recibido el primero el día anterior, el segundo aquella misma mañana. En aquél lo ponían en las nubes, y se despedían con frases entusiastas y cariñosísimas *los buenos aficionados que le adoran*, según la firma rezaba.

El segundo era un escrito imbécil, en el cual se llamaba á *Frascuelo* "charrán".

Los anónimos le habían perseguido encarnizadamente durante su azarosa carrera, insultándole unos, ensalzándole otros, y venían á dar su nota característica, nota de ardientes entusiasmos y de odios implacables, en los instantes de la última hora, en las solemnidades del postrer adiós.

El día siguiente, 12, mientras los aficionados corrían en tropel á la Plaza de Toros, en medio de una animación, de una algazara indescriptibles, yo, que había formado el firme propósito de no asistir á los funerales artísticos de Salvador Sánchez, me dirigí como el día anterior al domicilio de *Frascuelo*, atraído por la nota del sentimiento, dispuesto á presenciar su última *toilette*, y á acompañar á la fami-

lia durante la ausencia del incomparable matador.

¡Lo habían traído tantas veces herido! ¡Habíase despedido de los suyos tantas veces, alegre como unas Pascuas, y marchándose á la Plaza de Toros como á una romería, y había vuelto en una camilla, con el traje y la piel agujereados y manchados de sangre!...

La hora fijada para la corrida era la de las cuatro. Llegué á la plaza de Santo Domingo, 18, á las dos y media.

Lo mismo que la víspera, Salvador se había echado después de almorzar, dando orden de que lo despertaran á las tres.

Á esa hora entramos en la alcoba la mujer del diestro y yo, y allí, en una cama inmensa, le ví *profundamente dormido*, y lo despertamos.

Se levantó, púsose un pantalón y una chaqueta, cubrióse los pies desnudos con unas zapatillas, y salió desde la alcoba al gabinete, una estancia coquetona, con piano, tocador, armario de luna y chimenea, encima de la cual se amontonaba multitud de chirimbolos.

Se sentó enseguida enfrente del tocador, silencioso, mustio, como soñoliento. Los demás

callamos atemorizados por aquel medio ambiente que tenía algo de solemne y triste, que cortaba la palabra y oprimía el corazón.

De vez en cuando llegaban hasta nosotros los agudos chillidos de la turba que comenzaba á invadir la casa. Y las explosiones de aquella granujería ansiosa de ver salir al matador y de aclamarlo por vez postrera penetraban llenas de descoco, sonando á bateo, en el gabinete, y rasgaban sus penumbras como vivísimo rayo de luz.

Eran las tres y cuarto cuando el tocado del diestro ¡el último tocado! comenzó. La esposa de Salvador le hizo la coleta, trenzando con sumo cuidado aquel pelo rizado y abundante, en que ya blanqueaban las canas.

Lavóse enseguida la cara *Frascuelo*, y se peinó; después, en calzoncillos y almilla, se puso las medias blancas de hilo, que con las cintas de los calzoncillos ató fuertemente; luego, sobre aquéllas, las de seda, color carne, y enseguida las zapatillas de torear.

Inmediatamente vistióse los calzones bronce y oro é hizo el doble nudo en los cordones para sujetar las segundas medias; hecho lo

cual se levantó de la silla y se puso una camisa sencilla, ató los tirantes y se colocó la moña.

La cuadrilla de Salvador llegó en aquel instante, y saludó al jefe, que salió del gabinete y pasó á la sala, donde se ciñó la faja, una faja mitad blanca, mitad azul, que sujeta fuertemente por un criado, y girando sobre sí mismo el matador, quedó apretadísima en la cintura.

Enganchó entonces la punta de la faja en el tirante izquierdo, se vistió el chaleco y la chaquetilla, echóse al hombro el capote de paseo, besó con efusión á su hijo y á sus dos hijas, y salió acompañado de la cuadrilla y varios amigos.

Nos abalanzamos al balcón. Una multitud de chicuelos, de hombres y mujeres de pueblo, invadía la acera y cercaba el landó. Subió Salvador, oyóse en la plazuela un formidable estallido de voces, de vivas, de gritos; partió el coche, seguido por aquella muchedumbre compacta, y desapareció enseguida por la esquina de la calle de Preciados.

Un momento después la plazuela de Santo Domingo había recobrado su aspecto normal.

Quedamos solos en la casa la familia de *Frascuelo* y yo. Parecía vacía completamente, sola, triste, inundada de tinieblas.

Nos dirigimos á la capilla, y allí, ante la imagen de la Virgen de la Soledad, resplandeciente, allí, ante la madre del Salvador, espléndidamente iluminada, doblamos la rodilla todos y elevamos nuestras plegarias fervientes para que el valiente diestro salvara aquellas tres horas de mortal angustia, que habían de traer para siempre la tranquilidad del hogar.

Aquel por quien rogábamos estaba en la Plaza de Toros, ante catorce mil almas que invadían el Circo, bañadas de sol, ébrias de alegría, deseosas de aclamar al matador maravilloso que durante veinticinco años había hecho en aquella arena, más de una vez tinta en su sangre, despilfarro inverosímil de vergüenza torera, de arrojo y de temeridad.

Iba á despedirse, iba á torear por postrera vez en la Plaza de la corte, su plaza idolatrada, teatro de hazañas inolvidables, calvario del hombre y pedestal de la gloria del torero.

¡La Plaza de Madrid! Era en verdad y fué siempre, la amante de *Frascuelo*, tanto más

querida cuanto eran mayores las infidelidades que cometía al bravo matador.

Cuando se separaba de ella—y alguna vez lo hizo por mi consejo—la nostalgia se apoderaba del torero, y no le dejaba vivir. Quería volver siempre, volver á luchar, volver á sufrir, porque su temperamento loco le atraía hacia las conquistas difíciles, y lo entregaba á los toros en un desquiciamiento insensato del amor propio, en un deseo inacabable del más allá.

Los triunfos de provincias le halagaban, sobre todo los de Sevilla, Valencia, Bilbao y San Sebastián; pero le sonaban á hueco.

Echaba de menos las grandes injusticias madrileñas; la guerra sin cuartel de los lagartijistas en la Plaza y en la prensa, todo aquel rumor imponente de batalla que le espoleaba el ánimo y enardecía el corazón.

Allí había conquistado palmo á palmo el trono de matador de toros; allí luchado cara á cara y frente á frente con su implacable rival; allí había impuesto la verdad haciéndola brillar rodeada de dieciséis cicatrices; y allí volvía siempre, porque en el atropellado prurito

de lucha que le dominaba, morir en la Plaza peleando, hubiera sido gozar.

Y mientras él jugaba la última carta; mientras se celebraban los funerales del torero en el gran Coso donde el entusiasmo popular se desahogaba en ruidosas ovaciones, nosotros estábamos en la capilla, arrodillados ante la Virgen, con los ojos en el suelo, en un recogimiento fúnebre, unidos tiernamente por la oración.

Salimos de la capilla y transcurrieron dos horas en una tensión nerviosa que no nos dejaba prolongar ninguna conversación. Calculábamos lo que ocurriría en la Plaza.

—Ahora habrá matado el segundo toro; el primero se lo habrá cedido á *Lagartijillo*, á quien da la alternativa. Ahora estará en el tercero; dos seguidos. Cuando mate el quinto vendrán noticias. ¿Le pasará algo?

Y volvíamos á la capilla maquinalmente, como á un refugio, y nos arrodillábamos de nuevo y de nuevo fijábamos los ojos en la santa imagen, pidiéndole con el alma que trajese ileso á Salvador.

De pronto llamaron á la puerta y corrimos locos á abrir. Era un amigo leal que llegaba de-

salado, jadeante, con el semblante lleno de alegría, á pie desde la Plaza de Toros.

—¡Ya ha matado el último! ¡Un buey! ¡De una hasta la mano! ¡Un poco caída! ¡No lo merecía el manso! ¡Gran ovación!

El hombre balbuceaba más que hablaba, en entrecortadas frases, sudando, tembloroso, lleno de júbilo por ser el primero en comunicar la nueva feliz.

Lo rodeamos todos; le abrazamos y le hicimos contar punto por punto la corrida...

—¡El coche!

Me quedé solo, solísimo en la sala: la mujer, los hijos, el amigo, todos apretaron á correr, bajaron las escaleras y aparecieron al poco rato rodeando á Salvador, riendo, llorando, besándolo, locos de felicidad.

Llegó sereno, con aire más bien reservado y triste, el capote plegado en el hombro derecho y ostentando, como siempre, su característica rigidez.

Nos abrazamos fuertemente sin pronunciar una palabra, y el desfile de amigos empezó. Venían en tropel, le felicitaban ardientemente en frases cariñosas y conmovedoras, y él las

oía imperturbable, dando las gracias sin énfasis, con áspera sencillez.

De repente entró en la sala un hombre de unos cincuenta y tantos años, alto, seco, con la cara curtida por el sol, un hombre del campo vestido de paño burdo y con un inmenso pavoro en la cabeza.

En cuanto vió á *Frascueto*, abrió los brazos, se arrojó materialmente sobre él, y diciendo con indefinible acento ¡Salvador! comenzó á besarle, sollozando, anegándolo en lágrimas.

Miré á *Frascueto*. Se mordió los labios, abrazó desesperadamente á aquel hombre, le oí balbucear algunas palabras, y ví que cerraba con furia los ojos para enjugarse sin duda la humedad.

—¡Gracias á Dios que siquiera una vez en mi vida le he visto á usted emocionado!—dije á *Frascueto*.

Me dirigió entonces una mirada indefinible, y murmurando —¡es verdad!—volvió hacia el hombre, que continuaba sollozando como una criatura.

Pregunté quién era; me contestaron que un guarda de la posesión de Salvador; volví á

abrazar á éste, salí de la casa, y supe al día siguiente por *La Correspondencia* que, en el testamento taurino, *Frascuelo* me legaba la montera con que había toreado la última corrida



Este es el recuerdo indeleble que conservo de la despedida de Salvador. Desde entonces me acuerdo muchas veces de la capilla particular del diestro, en que rezamos durante la última corrida, y por asociación de ideas tengo en la memoria la capilla de la Plaza de Toros, en la que ví con tanta frecuencia entrar á *Frascuelo* y saludar á la Virgen, diciéndole sencillamente, con acento filial:

—¡Buenas tardes, Madre mía!

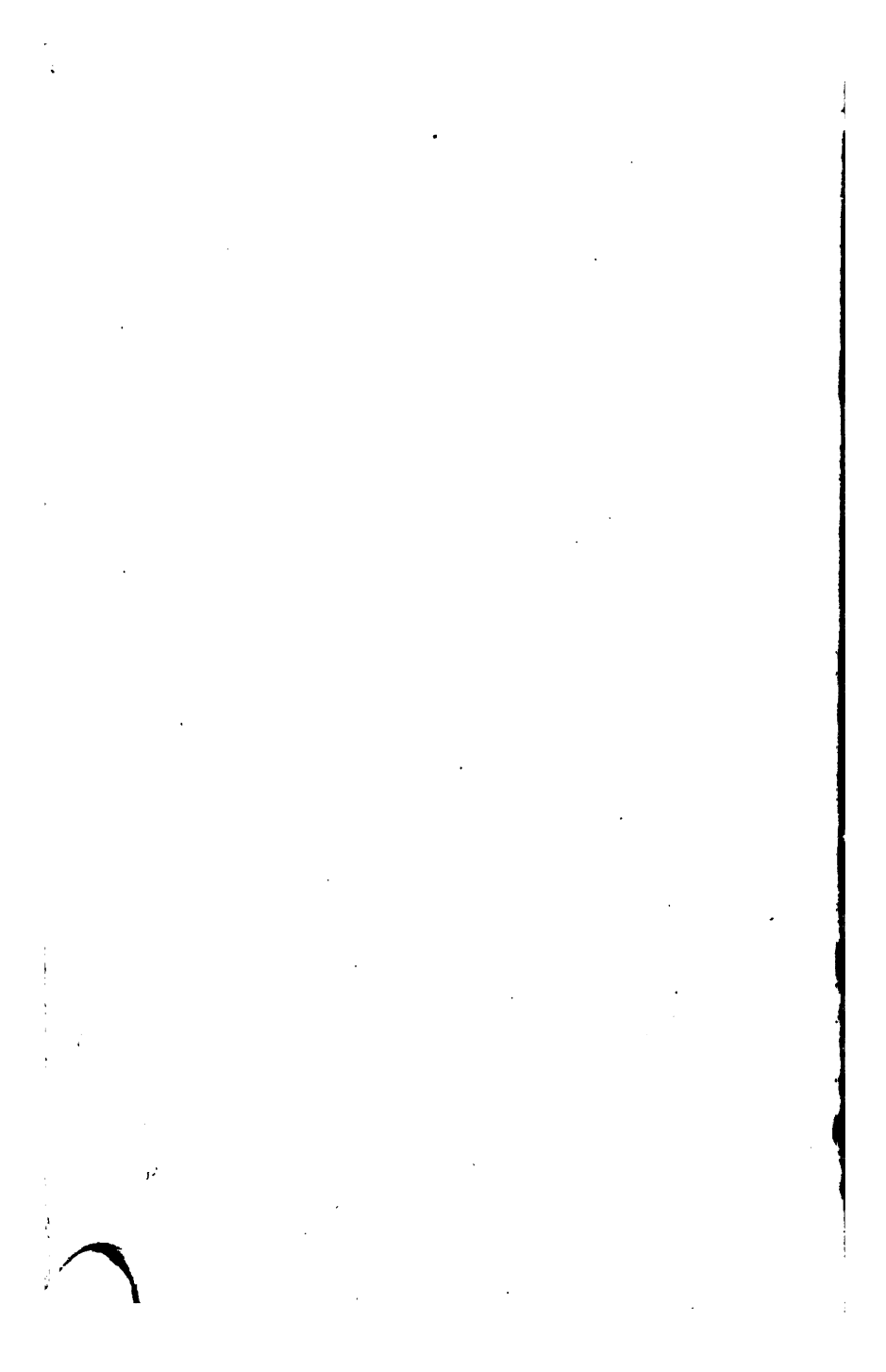
Yo, que toreo con la pluma, se lo digo ahora de vez en cuando á la Virgen de la Soledad.

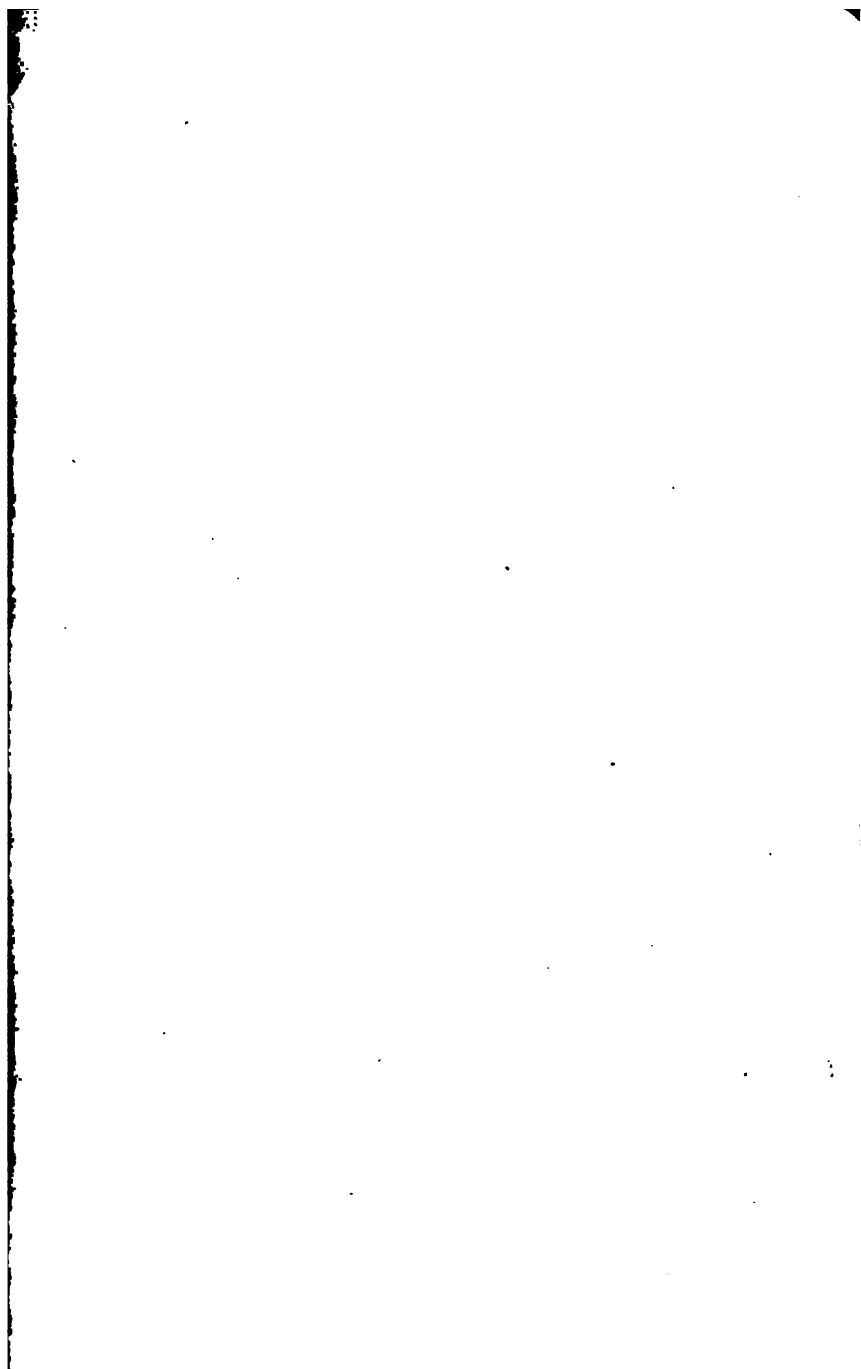
Marzo de 1894.



INDICE

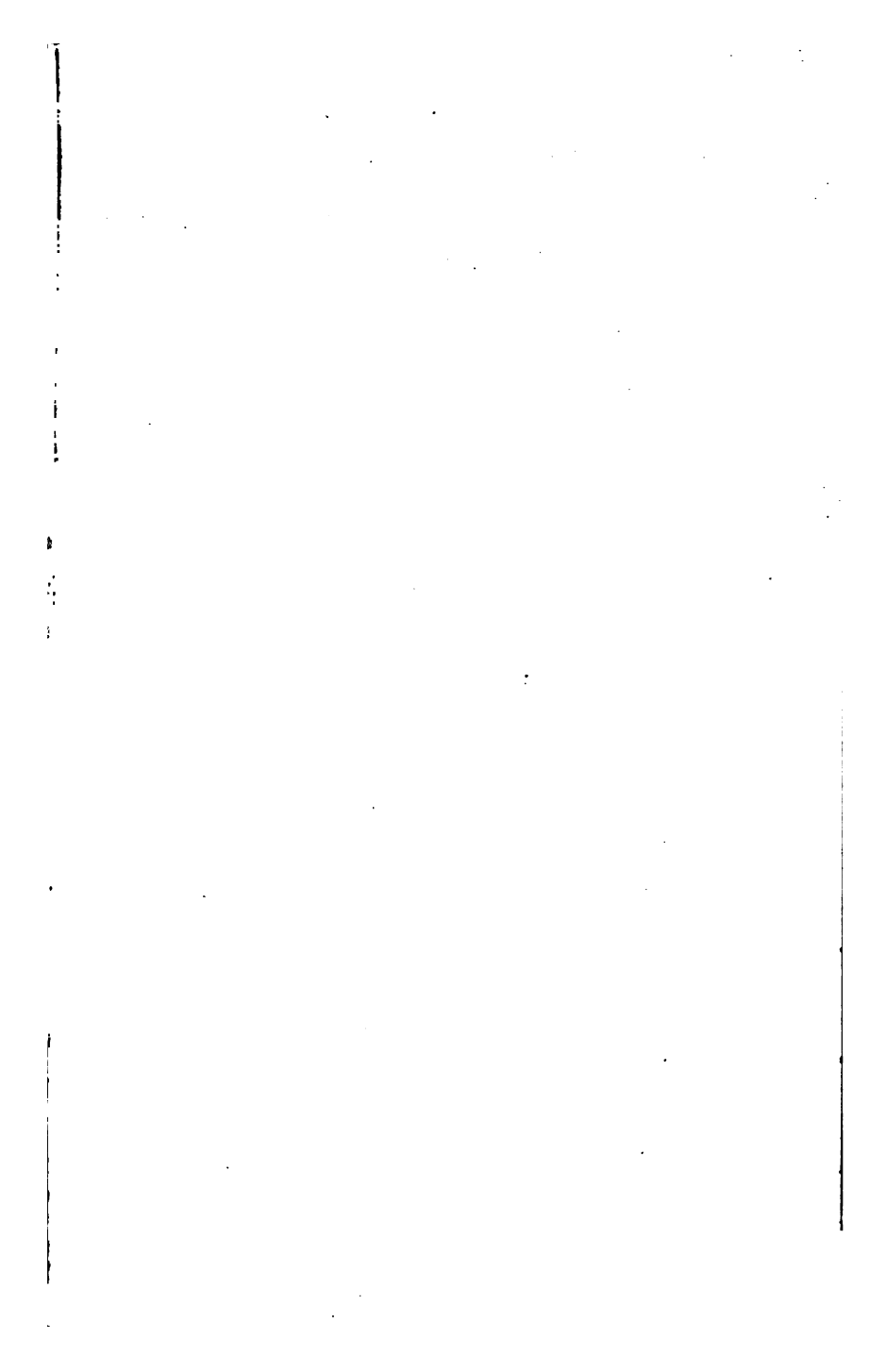
	<u>Página</u>
Mi retrato.....	1
La despedida de <i>Frascueto</i>	23
Pro domo nostra.....	39
Un literato bilbaino.....	51
El centenario de Rossini.....	65
Luis Carril.....	81
El Bebe.. .. .	89
La Infanta Isabel.....	113
Iparraguirre.....	129
Un acontecimiento musical	151
El Amigo de los Niños.....	163
Las heridas de <i>Frascueto</i>	173
La Semana Negra.. .. .	181
Ave, Verdi!.....	195
La Nochebuena en Guipúzcoa.....	205
El bacarrá.....	217
A bordo del <i>Destruñtor</i>	227
Los emigrantes.....	243
El mismo demonio	255
Música veraniega.....	265
Las despedidas de <i>Lagartijo</i>	275
La pesadilla de una noche de verano.....	285
La última corrida de <i>Frascueto</i>	295

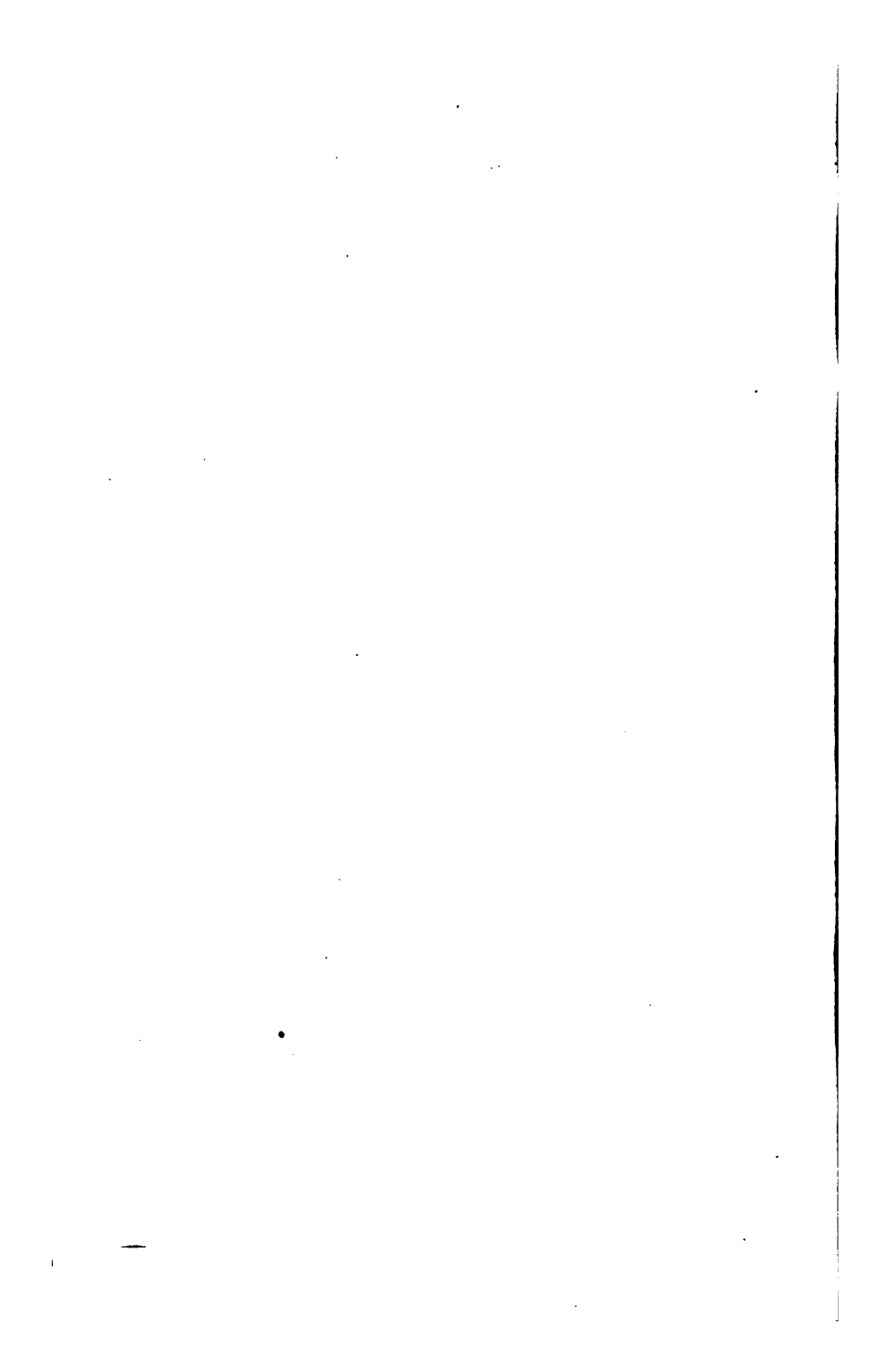


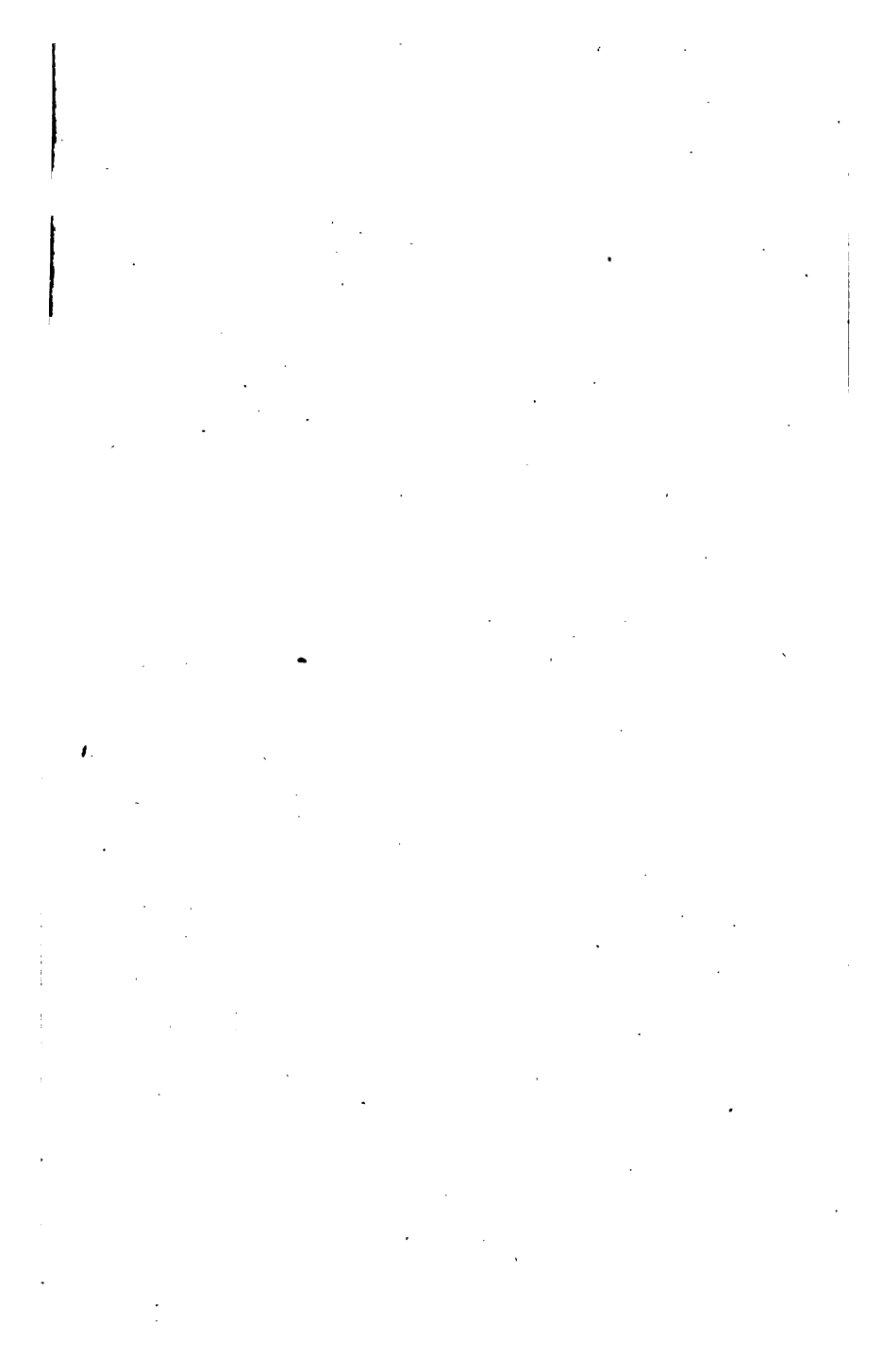


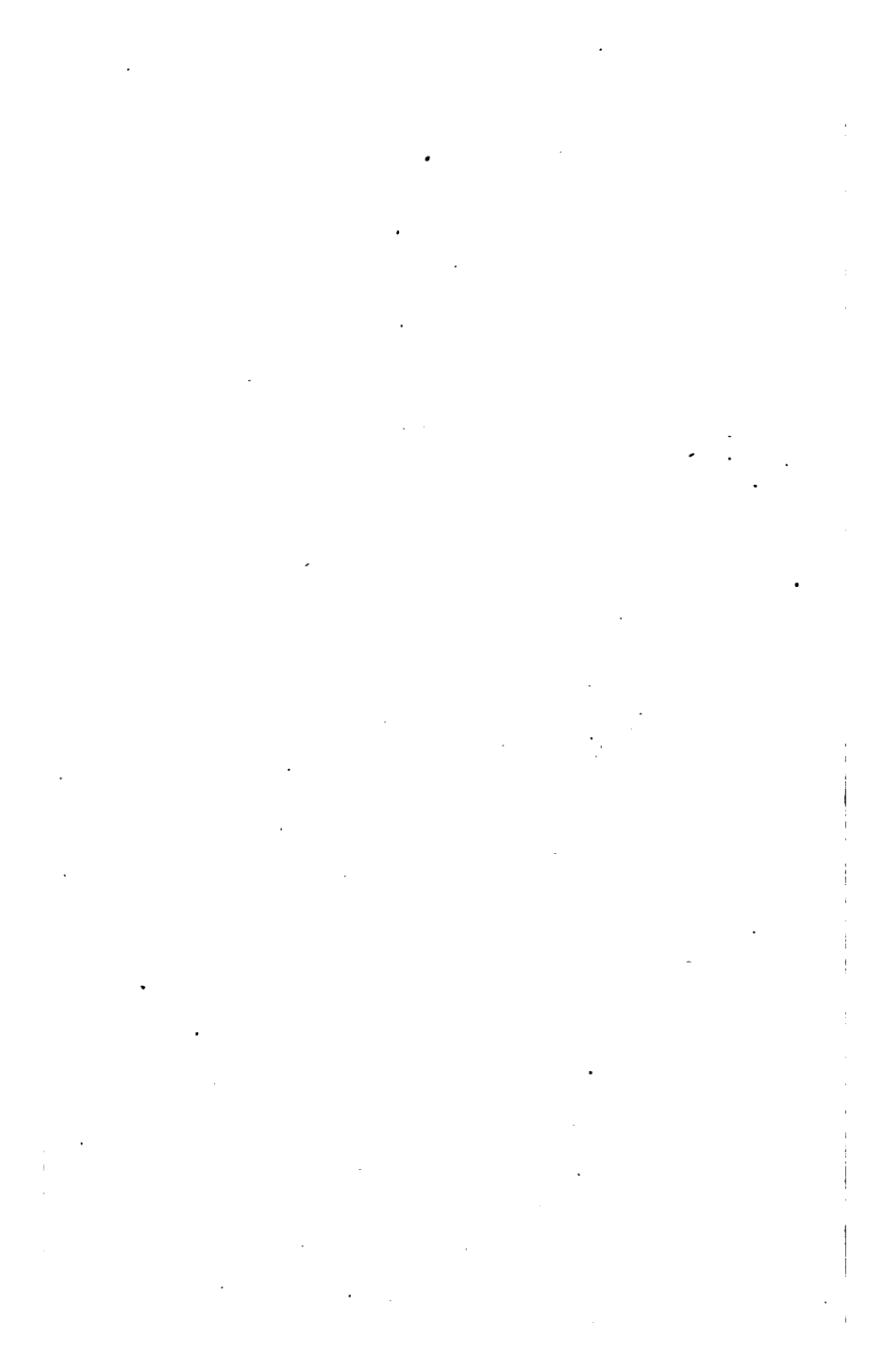
Este libro se halla de venta en todas las librerías, al precio de **tres pesetas** ejemplar.

Los pedidos al autor, calle de la Biblioteca, número 4, segundo izquierda.









This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.